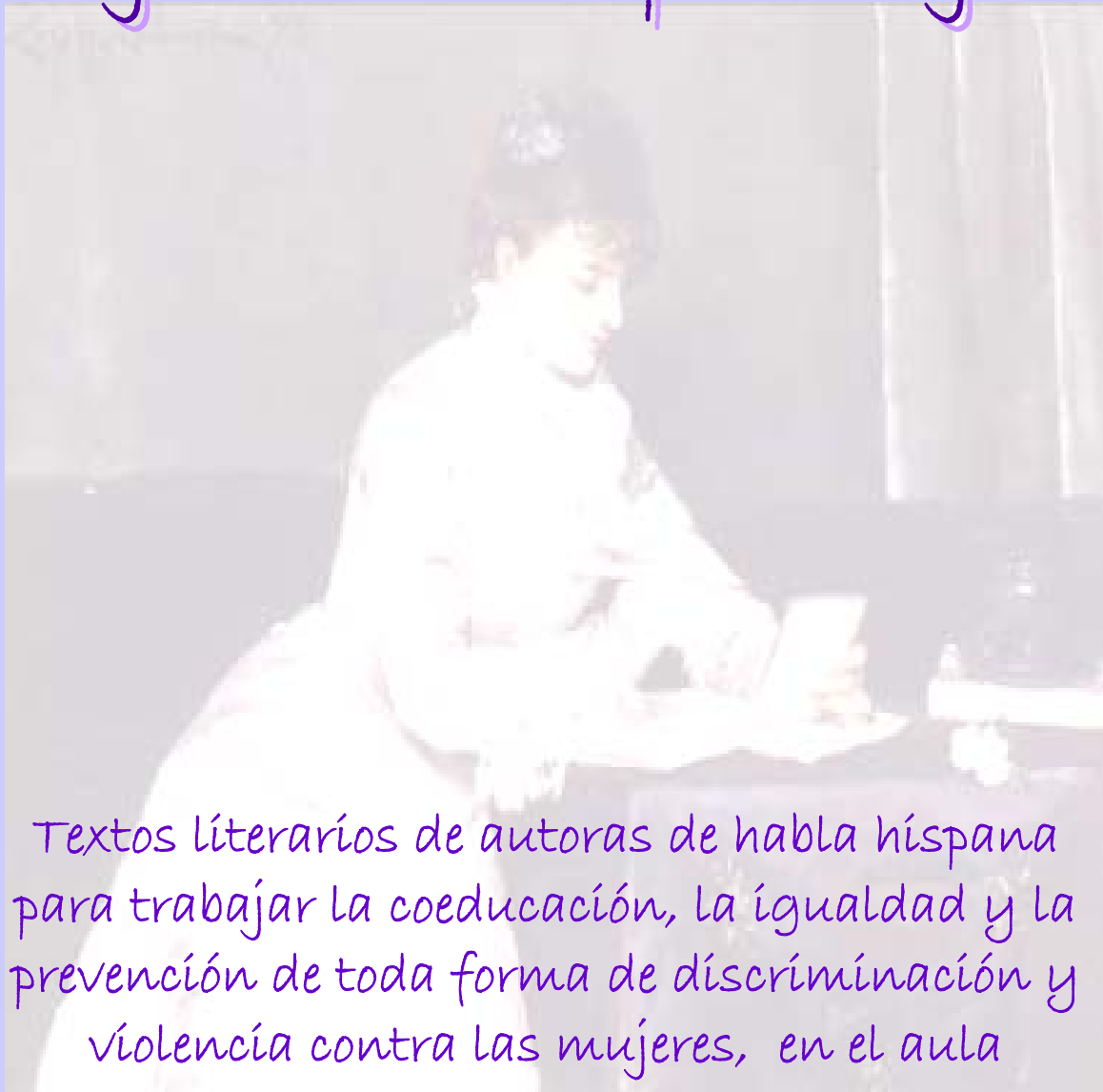


# Mujeres vistas por mujeres



Textos literarios de autoras de habla hispana para trabajar la coeducación, la igualdad y la prevención de toda forma de discriminación y violencia contra las mujeres, en el aula

**Pilar Iglesias Aparicio**

## Índice

Índice.....	2
Introducción.....	3
<b>VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES .....</b>	<b>4</b>
1. Los huevos arrefaldados (1910) Emilia Pardo Bazán .	4
2. Sin pasión (1901) Emilia Pardo Bazán .....	9
3. La Plaza del Diamante. Mercè Rodoreda .....	12
4. El abuelo y la Regenta.- María Rosa Regás. ....	14
5. Luna lunera. Rosa Regás .....	17
6. Caza menor (1951). Elena Soriano. ....	20
7. Algún amor que no mate. (1996) Dulce Chacón .....	22
8. Helena. Renée Ferrer (Paraguay 1944) .....	25
9. SOBRE ASCUAS.- Margarita Sánchez.....	27
<b>DIFERENTES FORMAS DE DISCRIMINACIÓN DE LA MUJER EN EL ÁMBITO FAMILIAR Y SOCIAL .....</b>	<b>32</b>
1. El ovillo.- Renée Ferrer.....	32
2. Entre visillos. (1957) Carmen Martín Gaité.....	39
3. Una se va quedando.- Hebe Uhart. ....	43
4. El limbo Elena Poniatowska. ....	47
4. La fuente de los faunos. Andrea Blanqué.....	59
<b>LA DOBLE VIOLENCIA CONTRA LA MUJER EN SITUACIONES DE GUERRA, GENOCIDIO, EXILIO... ..</b>	<b>69</b>
1. Gitana. Sylvia Lago .....	69
2. Walimal. Isabel Allende.....	73
3. Mujer en guerra. Más masters da la vida. (1999). Maruja Torres.....	79
<b>CUERPO DE MUJER.....</b>	<b>81</b>
1. Y Dios me hizo mujer. Gioconda Belli .....	81
2. Inmensamente eunice.- Andrea Blanqué. ....	83
<b>MUJER Y LIBERTAD .....</b>	<b>91</b>
1. El castillo de tres murallas (fragmento). Carmen Martín Gaité .....	91
2. La mancha de mora. Dolores Soler-Espiauba .....	94
3. La tía Cristina, Ángeles Mastretta .....	95
4. La tía Charo. Ángeles Mastretta .....	100
<b>POEMAS. ¿QUÉ SIENTEN LAS MUJERES?.....</b>	<b>104</b>
1. No quiero. Ángela Figuera.....	104
2. María encadenada. Juana Castro .....	105
3. Madrugada. Juana de Ibarborou .....	106
4. Yo no quiero que a mi niña. Gabriela Mistral .....	107
5. O estrena patines contra el viento. Anabel Torres .....	108

# MUJERES VISTAS POR MUJERES

**Textos literarios de autoras de habla hispana para trabajar la coeducación, la igualdad y la prevención de toda forma de discriminación y violencia contra las mujeres, en el aula**

**Pilar Iglesias Aparicio**

## Introducción

Este documento tiene como objetivo, proporcionar al profesorado materiales que le permitan acercar al alumnado a la lectura de textos literarios en lengua castellana, y trabajar aspectos educativos tales como el fomento de una actitud crítica y activa de rechazo a toda forma de discriminación de las personas en función de su sexo u orientación sexual; la actitud crítica y el rechazo a toda forma de violencia de género; el desarrollo de actitudes positivas para fomentar el reparto equitativo de tareas domésticas y de cuidado, la educación de chicos y chicas en igualdad que permita el pleno desarrollo profesional, social, mental, intelectual y afectivo-sexual, de chicas y chicos, más allá de los estereotipos de género;

Se incluyen textos de importantes autoras de literatura en habla española, que tienen a la mujer como protagonista, o se refieren a situaciones muy relevantes en la vida de las mujeres.

Se han agrupado los textos en grandes bloques: Violencia contra las mujeres en el ámbito familiar y de relación afectivo-sexual; diferentes formas de discriminación de la mujer en el ámbito familiar y social; la doble violencia contra la mujer en situaciones de guerra, genocidio, exilio, etc.; mujeres y libertad; el cuerpo de las mujeres; lo que sienten las mujeres.

Los textos van acompañados de una ficha de trabajo, con sugerencias sobre su explotación en el aula.

## VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES

### 1. LOS HUEVOS ARREFALFADOS (1910) Emilia Pardo Bazán (España 1851-1921).

[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46882731215359617422202/p0000002.htm#I\\_32](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/46882731215359617422202/p0000002.htm#I_32)

¡Qué compasión de señora Martina, la del tío Pedro el carretero! Si alguien se permitiese el desmán de alzar la ropa que cubría sus honestas carnes, vería en ellas un conclave, un sacro colegio, con cardenales de todos los matices, desde el rojo iracundo de la cresta del pavo, hasta el morado oscuro de la madura berenjena. A ser el pellejo de las mujeres como la badana y la cabritilla, que cuanto mejor tundidas y zurradas más suaves y flexibles, no habría duquesa que pudiese apostárselas con la señora Martina en finura de cutis. Por desgracia, no está bien demostrado que la receta de la zurra aprovecha a la piel ni siquiera al carácter femenino, y la esposa del carretero, en vez de ablandarse a fuerza de palizas, iba volviéndose más áspera, hasta darse al diablo renegando de la injusticia de la suerte. ¿Ella qué delito había cometido para recibir lección de solfeo diaria? ¿Qué motivo de queja podía alegar aquel bruto para administrar cada veinticuatro horas ración de leña a su mitad?

Martina criaba los chiquillos, los atendía, los zagaleaba; Martina daba de comer al ganado; Martina remendaba y zurcía la ropa; Martina hacía el caldo, lavaba en el río, cortaba el tojo, hilaba el cerro, era una esclava, una negra de Angola..., y con todo eso, ni un solo día del año le faltaba en aquella casa a San Benito de Palermo su vela encendida. En balde se devanaba los sesos la sin ventura para arbitrar modo de que no la santiguase a lampreazos su consorte. Procuraba no incurrir en el menor descuido; era activa, solícita, afectuosa, incansable, la mujer más cabal de toda la aldea. No obstante, Pedro había de encontrar siempre arbitrio para el vapuleo.

Solía Martina desahogar las cuitas y penas domésticas con su compadre el tabernero Roque, hombre viudo, de tan benigno carácter como agrio y desapacible era el de Pedro. Oía Roque con interés y piedad la relación de la desdichada esposa, y se desvivía en prodigarle sanos consejos y palabras de simpatía y compasión.

«Aquel Pedro no tenía perdón de Dios en tratar así a la comadre Martina, que después de haber echado al mundo cinco rapagones, era la mejor moza de toda la aldea y hasta, si a mano viene, de Lugo. Y luego, tan trabajadora, limpia como el oro, mansita como el agua. ¡Ah, si él hubiera tenido la fortuna de encontrar mujer así, y no su difunta, que gastaba un geniazos como un perro!» Martina entonces rogaba al compadre que intentase convertir a su marido, que le hablase al corazón, y el tabernero prometía hacerlo con mucha eficacia y alegando mil razones persuasivas.

-Pero, compadre, escuche y perdone -interrogaba la pobre apaleada-. ¿Qué quejas da de mí mi marido?

-Como quejas, nada; fantasías, antojos, rarezas... Que el caldo estaba salado, y a él le gusta con poca sal... Que el pan estaba medio crudo... Que le faltaba un botón al chaleque...

-Yo me enmendaré, compadre... A fe que de hoy en adelante no ha de notar falta ninguna.

Y, en efecto, redoblando el cuidado y el cariño, Martina se descuajaba por quitar pretexto a las atrocidades de su hombre.

La casa marchaba como trompo en uña: la comida era gustosa, dentro de su pobreza; los suelos estaban barridos como el oro, y ni con poleas y cabrias se podían arrancar los botones del chaleque del tío Pedro. Así y todo, éste encontraba ingeniosos recursos en que fundan la consuetudinaria solfa. Por poco que duerma la buena voluntad, anda más despierta la mala, que nunca pega ojo.

Sin embargo, como también las costillas doloridas y brumadas infunden sutileza, Martina, a fuerza de paciente estudio, de hábil observación, de minuciosa solicitud y de eficaz memoria, llegó a amoldarse a los menores caprichos, a las más ridículas exigencias de su cónyuge, bailándole el agua de tal manera, que el tío Pedro no acertaba ya a buscar pretexto para enfadarse. Mas no era hombre de reparar en tan poco, y he aquí lo que discurrió para no dar reposo a la estaca.

Consistía, generalmente, la cena de los esposos en una taza de caldo guardado de mediodía y unos huevos fresquitos, postura de las gallinas del corral. Deseosa de complacer al amo y señor, Martina se esmeraba en variar el aderezo en estos huevos, presentándolos unas veces fritos, escalfados otras, ya pasados, ya en tortilla. Pero el tío Pedro empezó a cansarse de tales guisos y a pedir, con sus buenos modos de costumbre, que se los variasen; y una noche que gruñó y renegó más de la cuenta, su mujer se atrevió a decirle, con gran dulzura:

-Hombre, ¿qué guiso te apetece para los huevos?

La respuesta fue una terrible guantada, mientras una voz cavernosa decía:

-¡Los quiero arrefalfados! ¡Arrefalfados!

Con el dolor y el susto, Martina no se atrevió a preguntar qué clase de aderezo era aquel; pero a la noche siguiente preparó los huevos por un estilo que le había enseñado una vecina, ex cocinera de un rico hacendado lugués.

El plato trascendía a gloria cuando entró el carretero muy mal engestado y se sentó sin contestar a su mujer, que le daba las buenas noches. Con mano trémula depositó Martina sobre el artesón que servía de mesa el apetitoso guiso... Y su marido, ¡siniestro presagio!, callado, fosco, sin soltar la aguijada con que picaba a los bueyes de su carreta. Al divisar el guiso, una risa diabólica contrajo su rostro; apretó la vara, y levantándose terrible, exclamó:

-¡Condenación del infierno! ¿No te tengo dicho que los quiero arrefalfados?

A estas frases acompañó un recio varazo en las espaldas de Martina, seguido de otro que se quedó un poco más cerca del suelo; y tal fue la impresión, que la infeliz hubo de exclamar, con voz de agonía:

-¡Váleme, San Pedro! ¡Váleme, San Pablo!

Algún efecto produjo en el carretero la invocación, porque conviene saber que en la parroquia se profesaba devoción ferviente a las imágenes de estos grandes Apóstoles, dos efigies muy antiguas que adornaban la iglesia desde tiempo inmemorial. Pero poco duró el respeto religioso, pues el marido, volviendo a enarbolar la vara, alcanzó a su mujer de un varazo en la cintura, tan recio y cruel, que Martina hubo de echar a correr, exclamando:

-¡Ay, ay, ay, ay! Socorro, vecinos... Que me mata este hombre.

Disparada como un venablo atravesó la aldea, hasta refugiarse en la taberna del compadre Roque, a quien encontró disponiéndose a trancar la puerta, porque a semejante hora de la noche no contaba ya con parroquianos. Causóle gran sorpresa la llegada repentina de la comadre, y viéndola tan sobresaltada y fatigosa, se apresuró a brindarle «una pinga, que no hay otra cosa como ella para espantar los disgustos». Bebió Martina, y ya más confortada, refirió, entre hipo y sollozos, la tragedia conyugal.

-Mire, ahora sí que estoy convencida de que aquel infame no tiene temor de Dios, ni caridad, ni vergüenza en la cara, y tira a acabar conmigo, a echarme a la sepultura... Que me reprendiese y me pegase tundas cuando notaba faltas, andando... Pero amañárselo todo a voluntad, matarme a hacerle bien la comida y los menesteres, y ahora inventar eso de los huevos arrefaldados, que un rayo me parta si sé lo que son Compadre, por el alma de quien tiene en el otro mundo, me diga cómo se ponen esos huevos.

-Nunca tal guiso oí mentar, comadre -respondió el tabernero, ofreciendo a la desconsolada otra pinga-. Es una bribonada de ese mal hombre, porque no encuentra chatas que poner y quiere arrearle. A fe de Roque que ha de llevar su merecido. Comadre, déjeme a mí. Usted calle y haga lo que yo le diga. Y ahora no piense en volver allá hasta mañana por la mañana...

-¡Asús bendito!

-Lo dicho, no vuelva... Quédese aquí, que mal no le ha de pasar ninguno -profirió el tabernero, mirándola con encandilados ojos-. Cena para los dos la hay, y más un vino de gloria, y castañas nuevas. Que no lo sepa en la parroquia ni el aire... En amaneciendo se va a su casita. Guíese por mí; descanse en el compadre Roque. Que me muera, si dentro de dos o tres días no ha de estar aquel brutón más amoroso que la manteca. Ya me dará las gracias.

-¿Y si pregunta?

-Ya cavilaremos lo que se ha de contestar... Usted sosiegue, que yo tomo el negocio de mi cuenta.

Tan cansada, dolorida, asustada y hambrienta estaba Martina, que se dejó convencer, y saboreó el mosto y las tempranas castañas. Antes de ser de día, envuelta en el mantelo, llamaba con temor a la puerta de su casuca. El corazón le pegaba brincos, y creía sentir ya en los hombros el calor de la vara, o en los carrillos los cinco mandamientos del indignado esposo. ¡Cosa rara, y explicable, sin embargo, por ciertas corrientes psicológicas a que obedecen las oscilaciones del barómetro conyugal! El tío Pedro la recibió con una cordialidad gruñona, que en él podría llamarse amabilidad y galantería.

-Mujer o trasno, ¿de dónde vienes? Como vuelvas a marcharte así, ya verás... ¿Onde dormiste?

-En el monte.

-¿En el monte, condenada?

-Por cierto, junto al puente, donde está la tejera de Manuel.

-El diaño que te coma, y allí, ¿qué cama tenías?

-Las espinas de los tojos, mal hombre; pero Dios consuela a los infelices y castiga a los sayones judíos como tú; ya te llegará la tuya, verdugo.

-Demasiado hablas -refunfuñó el carretero, queriendo desplegar gran aparato de enojo, pero subyugado indudablemente por el tono y el acento de su mujer-. ¿Quién te ha dado ese gallo que traes?

-Quien puede.

-Como yo sepa que andas en chismes con las vecinas y aconsejándote de brujas..., te he de brear.

-No fue bruja ninguna, ladrón; no fue sino Dios del cielo, que ya se cansa de aguantar tus perradas...

-Mismamente Dios te vino a ti con el recadito.

-Dios, no; pero San Pedro y San Pablo, sí; que los vi tan claros como te estoy viendo, y con la mar de angelitos alrededor, y unas caras muy respetuosas, y unas barbas que metían devoción; y me dijeron que ya te ajustarán ellos las cuentas por estarme crucificando.

-A callar y a tu obligación, lenguatera.

Atónita Martina de ver que su tirano no pasaba a vías de hecho, obedeció y se ocupó en labores domésticas, mientras el carretero, algo cabizbajo y mohíno, preparaba su carro para acarrear leña a Lugo.

El mismo camino tomó el tabernero Roque, y apenas llegado a la ciudad, se dio a buscar a un su amigo, barbero por más señas, con quien celebró misterioso conciliábulo; y entre tajada de bacalao y copa de aguardiente, trazaron la broma que habían de ejecutar aquella misma noche. Para el objeto se procuraron una sábana blanca, una manta colorada, dos barbas postizas, dos pelucones de cerro y una linterna. La hora del anochecer sería cuando el tabernero y barbero se apostaron cerca del puente por donde el carretero tenía que pasar a la vuelta con el carro vacío. Ya se habían disfrazado los dos cómplices, riendo a carcajadas y auxiliados por Martina, que ajustó al uno las barbas blancas y el manto rojo de San Pablo, y al otro, la sábana y el pelucón del primer pontífice. Y cuando ambos apóstoles, empuñando sendos garrotes, o, mejor dicho, claveteadas *mocas*, se ocultaron a corta distancia del puente, Martina tuvo un escrúpulo, y les dijo, con suplicante voz:

-No me manquéis a mi hombre, que al fin él es quien gana el pan de los rapaces. Escarmentailo un poco, para que sepa cómo duele.

Al paso tardo de los bueyes, que mugían de nostalgia conforme se acercaban al establo, adelantaba el tío Pedro por el caminito estrecho y escabroso que limitaba de una parte el monte y el río Miño de otra. Apuraba al ganado, porque, sin explicarse la razón, aquel día deseaba verse en su hogar despachando su cena, y la noche se había entrado muy pronto, como que corría entonces el solsticio de invierno. El carretero aguijaba a la yunta con la misma vara que le había servido para medir el costillaje de su esposa el día anterior. La luna, asomando por entre negros nubarrones, alumbraba medrosamente el paisaje, el agua triste del río, el monte próximo, los árboles decalvados por la estación invernal. Un estremecimiento de pavor heló el espíritu del carretero al acercarse al puente y ver blanquear las tapias de la

tejera en la falda de la colina. De repente, el carro se detuvo, y al resplandor lunar, dos figuras tremendas, saliendo de la sombra que proyectaba el arco del puente, se plantaron en mitad del camino. Eran los mismos apóstoles del retablo de la iglesia: San Pablo, con sus barbazas hasta la cintura y su manto colorado; San Pedro, rechoncho y calvo, con su cerquillo de rizo y su blanca túnica sacerdotal. Solo que, en vez de espada y las llaves, los apóstoles enarbolaban cada tranca que ponía miedo, y a compás las dejaban caer sobre los lomos del cruel esposo, gritando para animarse más al castigo:

- ¡Pega tú, San Pedro!
- ¡Pega tú, San Pablo!
- ¡Estos son los huevos...!
- ¡Arrefalfadoos!

El carretero se arrastró hasta su casa gimiendo, sin cuidarse de carro ni de bueyes. Llevaba las costillas medio hundidas, la cabeza partida por dos sitios, la cara monstruosa. Quince días pasó en la cama sin poderse menear. Hoy anda como si tal cosa, porque los labriegos tienen piel de sapo; y lo único en que se le conoce que no pierde la memoria de la zurra es en que, cuando Martina le presenta cariñosamente el par de huevos de la cena, preguntándole si «están a gusto», él contesta, aprisa y muy meloso:

-Bien están, mujeríña; de cualquier modo están bien.



## 2. SIN PASIÓN. (1901) Emilia Pardo Bazán (España 1851-1921).

Edición crítica de Juan Paredes Núñez Cuentos completos, La Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa, 1990, t. III, pp. 89-91.  
[http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12036186417815940654213/p0000001.htm#I\\_1](http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/12036186417815940654213/p0000001.htm#I_1)

El defensor, el joven abogado Jacinto Fuentes, se encontraba desorientado. Si el mismo defendido le desbarataba los recursos empleados siempre con tanto provecho..., se acabó; no había manera de sacarle absuelto, y tal vez entre aplausos de la muchedumbre.

-¿Qué trabajo le cuesta a usted decir la verdad? -preguntaba insistente al asesino, que, con la cabeza baja, el demacrado rostro muy ceñudo, estaba sentado sobre el camastro de su tétrica celda en la Cárcel Modelo-. Confiese que se encontraba..., vamos, enamorado de la mujer, de la Remigia...

-No, señor. ¡Ni por soñación! -exclamó sinceramente el criminal-. Pero... ¿qué iba yo a andar namorao de la pobre de Remigia, que parece una aceituna aliñá, tan denegría como está de carnes, con lo que el marido, mi víctima, le arreaba a todas horas? Lo digo como si me fuese a morir: en ese caso de arrimarme, primero me arrimo a un brazao de leña seca que a la Remigia. Por éstas, que no se me ha pasao nunca semejante cosa ni por el pensamiento.

El abogadito, de recortada y perfumada barba, que había realizado tantas conquistas en sus años, relativamente pocos, se quedó confuso al notar que aquel hombre vigoroso y mozo también no mentía. Acostumbraba Fuentes explicárselo todo o casi todo por la atracción que ejerce sobre el hombre la mujer, y viceversa, y sus derroches de elocuencia los tenía preparados para el caso natural de que el oficial de zapatero Juan Vela, Costilla de apodo, hubiese matado a Eugenio Rivas, alias el Negruzo, por amores de la señá Remigia, mujer de este último y dueña de un baratillo muy humilde en la calle de Toledo. Sólo con la clave amorosa podía el defensor reconstruir el drama lógicamente. Vela era huésped de los esposos Rivas. Nada más infalible que la inclinación o el «lío» entre el huésped y el ama. El marido, bruto y vicioso, desloma a golpes a su mujer, acaso por celos. En la casa hay un hombre que lo presencia y que está prendado de la mártir. La pasión le exalta; el espectáculo le es intolerable, y un día, ante tratamientos más horribles, al ver que el marido enarbola una silla para descargarla a la mujer en la cabeza, se interpone, ve rojo, empalma la faca y la sepulta, una, dos, tres veces, en el cuerpo del verdugo. ¿Quién no hubiese hecho lo mismo? ¿Quién, ante el martirio de una mujer que se ama, no se arrojaría a matar, ciego, anulada la voluntad, suprimido el albedrío, impulsado irresistiblemente por la violencia de la pasión que todo lo arrolla? ¿Quién responde de sí mismo en tales ocasiones, ante tales conflictos del alma?

Por estos caminos contaba dirigir su brillante peroración forense el abogado, seguro -a poco que apretase por varios lados, especialmente en algunos

periódicos donde disponía de amigos- de un triunfo más sobre los ya obtenidos en su carrera refulgente, que le llevaba hacia un bufete lucrativo. Y he aquí que toda la combinación se venía a tierra, y a la poesía del crimen pasional, ardiente, típico, sustituía la prosa de un vulgar asesinato.

-Entendámonos -murmuró, haciendo con la mano derecha la señal de esperar-. Usted no tenía nada con la Remigia; la Remigia... no le seducía a usted. Bueno. Y entonces, amigo Juan, ¿cómo me explica usted el hecho de autos? ¿Por qué montó usted al Negruzo? ¿Había mediado entre ustedes alguna cuestión?

-No, señor. Cuestión, ninguna. Al contrario; en el taller nos llevábamos perfectamente. Aquella mañana, la del día en que pasó el «disgusto», estuvimos echando unas copas en la taberna del Pelele, y me las pagó, por cierto, él.

-¿Estaban ustedes, o uno de ustedes, embriagados cuando ocurrió el hecho?

-Tampoco, tampoco. Yo nunca lo he tenido por costumbre, y el Negruzo, que la cogía a menudo, entonces no la cogió, porque total fueron dos copillas, y de mañana, y la cosa pasó al retirarnos.

-Siendo así, ¿cómo se comprende...?

-Fue de esas cosas..., vamos, de esas cosas que hace un hombre..., sin saber muchas veces ni por qué las hace. Verá usted... Yo tomé posada en ca el Negruzo porque él se empeñó, diciéndome que estaría muy bien y muy bien. Tocante al hospedaje, no tengo na que decir: su buen cocido, su buena cena, la cama aseá, y todo según corresponde. Pero a mí me llevaba el demonio viendo el trato que le daba aquel tío a su mujer delante de mí. Que la matase allá en su alcoba, malo será; pero nadie tié que meterse; para eso era su señora. En mi cara... era cosa de avergonzarme. Estar un hombre presenciando que a una mujer la hacen tajás, y dejarlo... vamos, que se le requema a uno la sangre. Yo en jamás le levanté la mano ni a mi madre ni a mis hermanas cuando vivía con ellas. Es mala vergüenza para un hombre el sacudir a las hembras, y más si son como la Remigia, que se cae de puro honrá.

Así se lo dije al Negruzo muchísimas veces, y si hubiese quedado con vida él no lo negaría, que por amonestao no quedó. ¿Sabe usted, don Jacinto, lo que me contestaba el fresco? Que la Remigia era tan fea, que le chocaba que la saliesen defensores. «¿Para qué se quieren las feas y las flacas esmirriás en el mundo?», era lo que decía. Y yo le replicaba: «Pues mira: cuando atices leña a la Remigia, procura que no esté yo elante, porque un día me atufó y hago una barbaridá»; y se reía, se reía a carcajadas: «Anda, que le ha salío un galán a la Remigia.» Y usted dirá -prosiguió el asesino- que siendo la Remigia tan buena, no se entiende por qué la pegaba su hombre... Pues ahí está lo que me sacó de mis casillas. Ver que no había motivo; pero ¿qué motivo?, ni como el que dice tanto así de la sombra de pretexto. Que si la sopa de fideos era un

engrudo..., que si los garbanzos estaban duros..., que si los chicos lloraban..., que si faltaba un botón a la blusa... Todo mentira las más veces...; y un descuido lo tiene cualquiera, me se figura. En fin, que el día de la cosa..., de la desgracia..., porque en medio de todo, desgracia fue..., pues el Negruzo entró en su casa de mal talante, y sin reparar que estaba yo allí, y también el mayor de los niños, una criatura de ocho años, la tomó con la Remigia, y por primera providencia le pegó dos puñetazos en el pecho. Y como ella se echó a llorar, la dio una patá en una pierna que la tiró al suelo, y ya que la vio en el suelo, alzó una silla para darla Dios sabe dónde... Y entonces, un servidor...; na..., el demonio... Me lo hubiese comido, vamos; le di tantas, sin saber lo que estaba haciendo, que me contaron después que hasta le «seccioné» una oreja y tres dedos de la mano... No, por avisado no fue; que se lo advertí veces. ¡Y no hubo más!... ¡Ah! Sí. El chico pequeño, cuando yo me harté de dar, vino a mirar a su padre, que ya no se movía, y me dijo muy calladito: «¡Bien hecho!»

El abogado, silencioso y ceñudo, reflexionaba:

-Se hará lo posible... Pero como no se trata de un crimen pasional, no me atrevo a que usted esté muy esperanzado... ¿Por qué no dice usted, cuando llegue el caso, que andaba usted prendado de la Remigia?

-Porque sólo con verla, señor, no lo creerán... Y tampoco es mu regular eso de calumniar a una mujer decente.

«Pues lo que es éste, de presidio no se escapa», pensó el defensor malhumorado, y resolviendo ya, en su interior, no «apretar» en aquel asunto borroso y deslucido.

### 3. LA PLAZA DEL DIAMANTE. Mercè Rodoreda (España 1908-1983)

Club. Editor (Ariel). Barcelona, 1962 (fragmento tomado de *LA MUJER EN LOS TEXTOS LITERARIOS*)

A media semana me volví a pelear con el Quimet por aquella manía que le había cogido al pastelero.

- Si le vuelvo a ver mirándote el trasero con aquellos ojos, entraré y me va a oír- gritaba. Estuvo dos o tres días sin aparecer, y cuando volvió, le pregunté si se le había pasado y se me puso como un gallo de pelea y dijo que había venido a pedirme explicaciones, porque me había visto paseando con el Pere. Le dije que me habría confundido con otra. Dijo que era yo. Le juré que no era verdad y él juraba que sí. Al principio se lo discutí normalmente, pero como no creía me hizo gritar y me dijo, al ver que gritaba, que todas las mujeres estaban locas y que no valían ni un real y entonces le pregunté en qué sitio me había visto con el Pere.
- En la calle.
- ¿Pero en qué calle?
- En la calle.
- ¿Pero en cuál? ¿Pero en cuál?

Se fue dando grandes zancadas. No dormí en toda la noche. Al día siguiente volvió y me dijo que le tenía que prometer que no saldría nunca más con el Pere y para acabar de una vez y no oír más aquella voz, que cuando estaba rabioso no parecía la suya, le dije que no saldría más con el Pere. En lugar de ponerse contento se enfureció como un demonio, me dijo que ya estaba harto de mentiras, que me había puesto una trampa y que yo había caído en ella como un ratón, y me hizo pedirle perdón por haber salido a pasear con el Pere y por haberle dicho que no había salido y al final me hizo llegar a creer que había salido con el Pere y me dijo que me arrodillase.

- ¿En medio de la calle?
- Arrodíllate por dentro.

Me hizo pedirle perdón arrodillada por dentro por haber salido a pasear con el Pere, al que, pobre de mí, no había visto desde el día que reñimos.

FICHA DE TRABAJO

*¿Qué tipo de violencia ejerce el Quimet? ¿Cómo se sentirá Colometa tras esta escena? ¿Qué tipo de relación se establece? ¿Qué efectos puede tener sobre la salud física y mental de la protagonista?*

#### 4. EL ABUELO Y LA REGENTA.- María Rosa Regás. **VIENTO ARMADO.**

Edit. Planeta. Barcelona, 2006. (fragmentos)

Decía el abuelo: “El abuelo tiene hambre. El abuelo tiene sed. El abuelo se va a Barcelona. Es la hora del bicarbonato del abuelo.” **No se apeaba del tratamiento** ni en los frecuentes y violentos ataques de ira con los que nos mantenía asustados y sumisos, ni cuando interrumpía impaciente los cotilleos de su prima, la tía María, más vieja aún que él: “Al abuelo, ¿qué le cuentas?”, decía, y añadía: “Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí?” Porque, viniera a cuento o no, no perdía ocasión de deslizar una frase bíblica para conferir a su discurso el tono patriarcal que su físico le había negado: muy a su pesar el abuelo no era ni alto ni llevaba una larguísima barba blanca. Era, eso sí, un señor muy rígido que incluso en verano vestía camisas de cuello duro, corbata y americana, y que paseaba impaciente después de cenar, esperando a que en las cocinas se hubiera terminado de fregar los platos para reunir a la familia, al servicio y a los invitados en la capilla donde nos tenía a todos arrodillados, rezando el rosario y padrenuestros después y jaculatorias por todos sus muertos. (pags. 90-91)

.....

Convencido como estaba de su **omnisciencia**, por nada del mundo habría reconocido que no había leído una novela en su vida. Por eso, en prueba de su extrema bondad, desde muy pequeños nos dejó escoger los libros que íbamos a leer, pero como al mismo tiempo defendía a ultranza que habíamos venido al mundo a sufrir, en cuanto descubría que íbamos por la mitad, se dedicaba **sistemáticamente** a sustituirlo por otro, y escondía el nuestro en un **agujero negro** de su dormitorio sombrío y **monacal**, donde desaparecía para siempre. (92-93).

.....

Un día vino un canónigo de la catedral de Tarragona a celebrar la misa. Era el aniversario de la muerte de tío Miguel, “el preferido del abuelo”, susurraba Francisca, la cocinera que había sido en su juventud el ama de mi padre y sus hermanos. El tío Miguel, que se había alistado al principio de la guerra en el Tercio del Requeté de la Virgen de Montserrat, había caído en la batalla del Ebro luchando contra **los rojos**. Mi padre, que era republicano, acababa de llegar del exilio clandestinamente y vivía semiescondido en casa del abuelo, asistió a la misa de pie en un rincón de la capilla, pero a la hora del desayuno, se negó a sentarse a la mesa con un cura **fascista**, dijo.

.... El abuelo **era como un vendaval**. Ante una desobediencia tan **flagrante** y un ataque tan directo a él mismo, que al estallar la guerra se había pasado a Burgos con **los nacionales –los sediciosos**, decía mi padre-, se le inyectaron los ojos en sangre, y bramando como un poseso y poniendo a Dios por testigo de lo que había tocado sufrir en esta vida y de lo mucho que había hecho por todos nosotros sin que lo mereciéramos en absoluto, se puso a dar zancadas arriba y abajo del gran comedor donde se había preparado la mesa para una ocasión tan solemne. Retumbaban las vigas de madera y **cantaban las**

**lágrimas** de las lámparas: las tías, calladas y recogidas en un segundo plano hacían pucheros; el canónigo, cada vez más aterrado, seguía al abuelo intentando calmarlo pero sin atreverse a hablar y sin comprender todavía cómo en la casa de ese santo varón podían darse escenas como aquella. (95)

..... Después del desayuno, cuando el abuelo todavía enfurruñado hubo dado las gracias al Señor por los alimentos recibidos, los invitados **se desperdigaron subrepticamente** por la casa y el jardín, y el canónigo, **azuzado** por el remordimiento de habernos dejado sin **bollos**, entró en la biblioteca, adonde nos habían enviado al acabar el pan con tomate.

“¡Qué escena edificante!”, dijo frotándose las manos y sonriendo babosamente al vernos sentados leyendo.

Ninguno lo miramos, y él, en un intento de iniciar una aproximación, preguntó a Georgina:

“¿Qué lees, niña?”

“*La Regenta* de Leopoldo Alas Clarín”, contestó ella de malos modos, y volvió a la lectura tras un gesto de profundo desagrado.

“ ¡*La Regenta!* ¡*La Regenta!* ¡Santo Dios! ¡*La Regenta!*” y salió corriendo, **congestionado de pavor**.

El abuelo se disponía en aquel momento a descender la escalera cargado **mayestáticamente** con todo el peso de su infinito dolor para salir al jardín e iniciar su paseo matinal.

“Señor Regás, señor Regás, esa niña está leyendo *La Regenta*, usted no debe permitirlo, ese libro está en **el Índice** ¡en el **ÍNDICE!** Está prohibido, usted será el responsable, ¡quíteselo de las manos!”.

El abuelo, que jamás había aceptado ni un consejo, ni siquiera una sugerencia, ni lo habría hecho aun viniendo del papa, a quien por supuesto respetaba más que a nadie, al oír aquella orden que le daba a voces un simple canónigo de provincias, volvió a **montar en cólera**. Levantó un brazo en un gesto de terrible autoridad y como un Moisés del Maresme que rompiera furibundo las tablas de la ley, lo dejó caer rasgando el aire y **bramó** con la voz del trueno:

“Aquí no hay más índice que el abuelo!”, con tal potencia y movido de una fuerza interior tan brutal e inesperada que el canónigo fue **achicándose** y retrocediendo hasta que encontró la puerta del jardín y dio un salto atrás que a poco lo incrusta contra la palmera.

... “En cuanto a ti”, aulló el abuelo entrando en la biblioteca **como una tromba**, “el abuelo te ordena que sigas leyendo *La Regenta*. Ha llegado la hora de que

comencéis a familiarizaros con la historia.” Y añadió, condescendiente: “Aunque sea la historia de la familia real española.” (96-97)

## FICHA DE TRABAJO

¿Qué significan, en el texto, los términos en negrita?

¿Con qué adjetivos podríamos describir al abuelo?

**autoritario   sincero   orgulloso   generoso   inculto   simpático   egoísta  
violento   iracundo   maleducado   religioso   afectuoso   cariñoso  
fanático   rencoroso   inteligente   liberal   fascista   comprensivo  
amable   abierto   ignorante   dominante   flexible   rígido   impetuoso  
obcecado   impulsivo   grosero**

Dibuja un retrato del abuelo y descríbelo físicamente.

Busca términos y frases que expresen la ironía con que la autora se refiere a los personajes y las situaciones.

En grupos, vais a presentar un personaje (real o imaginario) a través de la descripción de sus comportamientos, hábitos, acciones, etc. El trabajo final se puede presentar a la clase en forma de dramatización, con dibujos, etc.

A partir del relato, ¿qué papel se reserva las mujeres de la familia? ¿qué tipo de educación reciben los niños y niñas?



## 5. LUNA LUNERA. Rosa Regás (España 1933-).

Plaza & Janés. Barcelona, 1999 (fragmento)

Aquel domingo la abuela, que había llegado el día anterior para pasar unos días en Tiana aprovechando que llevaba unas semanas sin ataques de nervios y que su tristeza no sobrepasaba los límites de la salud, se detuvo con la señorita Inés y con tía Emilia en la pastelería a comprar ensaimadas. (pág.137)

.....  
Nosotros tres seguimos al abuelo y al llegar a la casa subimos con él al comedor a esperar las ensaimadas. Al poco rato llegó la abuela con el paquete, la mantilla doblada y el misal que dejó sobre el bufete. Apareció Francisca a desenvolverlo y a poner las ensaimadas cuidadosamente en una bandeja en el centro de la mesa. Todo estaba en orden y el comedor soleado tenía un aire de fiesta dominical. El sol brillaba sobre la monumental higuera del patio, asomaban las hojas verdes por el alféizar de las ventanas y los trinos de las golondrinas, que año tras año hacían sus nidos en las vigas del claustro, llenaban el cielo de agosto. Las chocolateras y la fuente de ensaimadas prometían la felicidad tras tantas horas de ayuno como nos obligaba el sacramento de la eucaristía, aunque ni Alexis ni yo habíamos hecho todavía la primera comunión. De pie, esperábamos impacientes a que el abuelo se sentara para hacerlo nosotros también, y de pronto comprendimos que todo se había venido abajo porque el abuelo, al ver las ensaimadas, había enrojecido y las mandíbulas se le habían puesto rígidas.

¿Por qué has traído ensaimadas? Gritó enfurecido volviéndose hacia la abuela.

A la abuela comenzó a temblarle el labio superior y con la voz hecha añicos rozando el silencio explicó que creía que esto es lo que había que comprar.

¿No sabes que siempre tomamos bollos?, aulló el abuelo.

No, respondió ella haciéndose más pequeña, no lo sabía.

¿No lo sabías o no lo quería saber?, y sus ojos se clavaron en ella como un acero y se le abrieron las fosas nasales. Tomó aire y con él se llenó los pulmones.

La señorita Inés, Francisca y tía Emilia desaparecieron. Las puertas se cerraron y nosotros nos retiramos hacia un rincón del comedor. EL abuelo seguía mirando a la abuela mientras se le iba poniendo la cara más roja, los ojos más vidriosos, las mandíbulas más contraídas. Y de pronto, como el relámpago que revienta en un trueno, concentró toda la furia en el brazo que en un instante, sin que pudiéramos saber cómo lo había levantado, descargó un

golpe seco y contundente sobre el rostro de la abuela. Ella se llevó las manos a la cara gimiendo y se dejó caer doblada sobre la mesa. Con la cabeza le dio a una de las chocolateras que se balanceó un instante, cayó y se vertió el chocolate sobre el mantel. Nosotros nos apretujamos más contra el rincón y el abuelo entonces con la misma cara transfigurada que tenía la tarde que le abrió la puerta de su casa a nuestra madre, o como la que se le ponía cuando anunciaba que iba a rezar un último padrenuestro por todos los que tendrían que estar y no están, como si no la viera a ella sino que se le hubiera aparecido de pronto el ángel de las tinieblas con el que tendría que luchar, se quitó la americana de hilo blanco que dejó sobre una silla y se quedó en mangas de camisa sin desviar ni relajar la ira de su mirada. Luego, lentamente, con los ojos fijos en la abuela aunque sin verla, se desabrochó el cinturón, tiró de él, hasta que se desprendió de la última trabilla y sin darse el menor descanso azotó una vez y otra y otra la espalda de la abuela que seguía echada sobre la mesa, con la cabeza oculta entre los brazos, sin osar moverse. Nosotros, con los ojos cerrados, oíamos el silbido del cuero rasgando el aire y los gemidos breves y sincopados de la abuela tras cada azote. ¡Estás loca!, bramaba, ¡no eres más que una pobre loca!

Todo esto no es verdad, gimió Alexis en voz baja.  
Calla, calla, susurró Elías.

En aquel momento una nubecilla de verano debió cubrir el sol porque de pronto se oscureció el comedor y un golpe de viento hizo chocar el batiente de una ventana abierta.

El abuelo sudaba, resoplaba, respiraba a golpes y a estertores hasta que, cuando enfurecido hasta el delirio iba a levantar otra vez el cinturón, nos descubrió apretujados en el rincón. Fue un relámpago que no logró detener la ira pero sí desviarla y la mesa fue la que recibió el latigazo de tal intensidad que lo dejó a él doblado sobre sí mismo, incapaz de enderezarse. Convulsionado aún por la marea de su cólera, su propia voz, ronca y oscura, fue deshaciéndose en un gemido entrecortado y un tartamudeo de sonidos inconexos. Empapada la camisa y los pantalones en sudor, rojos los párpados y la nariz, derrotada la vista, su cuerpo chorreaba humores.

Nos echamos a llorar quedamente. Pero nos tragamos las lágrimas petrificados cuando él recobró el sentido y se incorporó para tomar conciencia al fin de que habíamos sido testigos de su delirio.

¡Fuera! ¡Fuera!, bramó entonces como un poseso. Fuera de mi vista, mal nacidos, hijos de mala madre. Ella es la culpable. Ella. Ella. Y sin poder contenerse se echó a llorar arrimado a la pared, ella, ella, murmuraba con las manos sobre los ojos cubiertos de lágrimas, más solitario aún que en la debilidad de lo que había estado en la exhibición de su despotismo, y ajeno a la abuela que seguía inmóvil sobre la mesa, temblando su cuerpo vencido, los puños apretados, el moño deshecho y los cabellos empapados en lágrimas y en chocolate.

Nos escurrimos hacia el vestíbulo por una puerta que se había abierto con el viento y luego escaleras abajo salimos al jardín y nos escondimos temblando detrás de la capilla en el cuarto de las herramientas donde permanecemos sin atrevernos a hablar en voz alta, apretados unos contra otros. Alexis fue el primero en romper el silencio:

- Se ha hecho pipí.
- No es pipí, es que sudaba, susurró Pía tras de mí.

Elías sonrió con suficiencia.

- No es pipí ni sudor, dije yo. Es la rabia que no puede dominar y le sale del cuerpo en forma de espuma, como los epilépticos de la Fundación Albá. No se puede dominar.

- No es espuma, dijo Elías sin perder la sonrisa, ni rabia tampoco, yo sé lo que es. Pero no lo dijo. (págs. 138-140)

### FICHA DE TRABAJO

*¿Cómo se sentirá la abuela?*

*¿Cuáles serán las consecuencias de un trato de este tipo a lo largo de su vida en común?*

*¿Qué daños físicos y psíquicos habrá sufrido?*

*En la novela de Rosa Regás sabemos que el abuelo mantiene a la abuela encerrada en un casa de salud mental alegando que está loca, ¿creéis que está realmente enferma? ¿quién es realmente un personaje desequilibrado?*

*¿Cómo pueden sentirse la narradora y sus hermanos?*

## 6. CAZA MENOR (1951). Elena Soriano. (España 1917-1996)

Castalia. Instituto de la Mujer. Edición a cargo de Concha Alborg. Madrid, 1992 (fragmento tomado de *LA MUJER EN LOS TEXTOS LITERARIOS* (págs. 171-172

La cena fue rápida y silenciosa. Emilio se negó, con un gesto de cabeza, a compartirla. Continuaba sentado en el mismo sitio, la cabeza hundida entre los hombros y los brazos colgantes entre las piernas, como en estado de inconsciencia. Pero se dio buena cuenta de que su mujer concluía de comer, pues rompió el absurdo silencio para decirle:

- ¡Ale, a dormir!- su voz era apagada, premiosa, empastada, expelida a duras penas todavía.
- No tengo sueño... - balbució Ana, atónita. ¿Acaso iba con ella la cosa?
- ¡Arriba he dicho! Insistió él con cierta energía.
- Bueno...- accedió con una sonrisa incomprensiva y humillada.

Estaba extrañadísima y, al mismo tiempo, intrigada. Y esperaba que, cuando estuvieran a solas, él le hablaría de algún conflicto familiar: intereses, de seguro... Pero apenas entraron en la alcoba la cogió por los hombros, no muy rudamente –no se lo permitía su extrema lasitud-, y, quedósela mirando, sin proferir palabra, muy de cerca, arrojándole al rostro el aliento avinado. Ella no pudo evitar un movimiento de repudio y una exclamación airada:

- ¡Estás borracho!

Simultáneamente, con velocidad repentina y violenta, como por obra de resorte, la mano derecha de Emilio, ancha y dura, cayó sobre la mejilla izquierda de Ana.

- ¡Dios mío!- dijo ella sólo, mirándole de hito en hito.

Y en su ser hubo el tremendo derrumbamiento que experimenta una mujer normal ante la primera bofetada del esposo y cuya trascendencia suele ignorar el hombre.

No hubo más. Se desvistieron en absoluto mutismo, preñado por ambas partes de dolor, de incomprensión mutua y de asombro de sí mismos.

Ana se acostó al borde mismo del gran lecho, de canto, dando la espalda a su marido, rígida y fría, de alma como de cuerpo. Lo sintió removerse unos minutos y respirar sofocadamente... Y ella, en cambio, no pensaba nada, no sentía nada, pero no podía dormir: más que nunca, la desvelaba su estrepitoso roncar, que iba en crescendo, en crescendo, de un modo insoportable,

exasperante, desquiciador... Y al fondo, igualmente continuo y angustioso, el rumor del viento en la fronda del pinar. ¡Echaría a correr taponándose los oídos, huiría lejos, lejos, en un ansia histérica de sueño, hasta donde existiera un silencio puro, perfecto!

No se quedó dormida hasta rayar el alba.

### FICHA DE TRABAJO

*Lectura del Ciclo de la Violencia, completo o en resumen.*

*¿Cómo habrá sido la relación anterior hasta este momento? ¿Cómo podemos predecir que será la relación en el futuro si no se produce algún tipo de reacción o intervención terapéutica?*

*Análisis del comportamiento de Emilio. Podría ser interesante completar con un trabajo sobre la película Te doy mis ojos.*

*Qué análisis podemos hacer de esta situación y de su repercusión en la relación de la pareja en el futuro.*

*Si uno de los protagonistas (o ambos) os pidiera una orientación, ¿qué aconsejaríais que deben hacer? Orientación para la mujer; orientación para el hombre.*

## **7. ALGÚN AMOR QUE NO MATE. (1996) Dulce Chacón (España, 1954-2003).**\_Edit. Planeta, booklet, 2002. (fragmentos)

\*\*Adiós mi amor:

Principio y fin. Tú y yo tuvimos un principio. He encontrado un trabajo lejos de aquí. Todo tiene un final. No te reprocho nada. Sé que la culpa, si es que hay culpables, es toda mía. Nunca debí consentir que me anularas así, me negué a mí misma, me he perdido de vista. Me pediste tiempo y te di toda la vida. Todo lo hice por amor, te quise hasta ese punto, hasta éste. Ahora ya no. Voy a aprender a quererme de nuevo, lejos de ti, lejos.

Cuando pase el tiempo suficiente, cuando te pierda el miedo, te mandaré nuestra dirección para que puedas visitar a tu hijo.

Te quise hasta la locura. Ni un paso más. (146)

---

Descansa en paz, Prudencia.

Sé que vas a morir. Pero ahora ya no me das pena. Me has dado pena durante toda tu vida. He tenido que vivir con la compasión, como si fuera un vestido que llevara puesto por dentro y no me lo pudiera quitar. Ahora sé que te vas a morir. Y tú lo sabes también. Por eso me diste las pastillas, para que me muriera contigo. A mí no me importa. Si con eso logro no verte más. No ver nunca la amargura de tus ojos, siempre tristes, siempre. Estoy cansada. Deja que me desnude de ti. Déjame descansar. No quiero que me confundan contigo nunca más. ¿No te das cuenta de que les estás trastornando a todos? Incluso mi marido me llama Prudencia. ¿Le oyes? Me está llamando Prudencia. Quiere despertarme. También me pide perdón. Te pide perdón. Prudencia. Tengo sueño, duerme. Tú también tienes sueño. Descansa. Ya duermes. Siento cómo me abandonas y tengo frío. Tantos años juntas y te vas sin decirme una sola palabra. Has sido la única que no me ha pedido perdón, te lo agradezco. Sí, ya duermes. Ahora que te has ido me encuentro muy sola. Dormir. Yo también me abandono. Me dijo ir, en silencio, como tú. Ya duermes. Mi marido no se ha dado cuenta de que acabas de morir. Ya duermo. Sigue gritándome: ¡Despierta, Prudencia, despierta! (158-159)

---

Los hombres necesitan de mucho mimo y mucho cuidado. Son como los niños, que si no los tienes bien atendidos se te echan a perder. O como las plantas con eso de que hay que regarlas, también son así.

Yo disfruto teniendo a mi marido limpio y aseado. Cuando se enfada si no le tengo listo un pantalón, el que quiere ponerse, aguanto la bronca, porque sé que me la merezco. Y es que, como él dice, no tengo otra cosa que hacer y es mi obligación. Soy yo la primera que siente no haber averiguado que era el

único que estaba sin planchar. Entonces tiene fácil solución porque se lo plancho en un momento.

Lo malo fue aquella mañana que justo quería la única camisa que tenía sucia. No me quedó más remedio que admitir que soy una descuidada, pedirle perdón y decirle que no volvería a pasar. Sin rechistar ni esto cuando me obligó a lavarla a mano con agua fría a las siete de la mañana, delante de él, secarla con el secador de mano, plancharla y guardarla en el armario bien dobladita, mientras él se ponía la que yo le había preparado;

Es mejor estar al tanto para que estas cosas no sucedan, espabilar y tenerlo todo al día, para que él no se disguste y no tenga que irse al trabajo de mal humor. (49-50)

---

\*\* Perdonarte más:

Te dije que atravesábamos una frontera peligrosa. Ya lo has visto, la segunda vez es más fácil: ya sabes que puedes hacerlo, y que yo consiento que lo hagas. Sé que pierdes el control y que sabes que te quiero, que vas a pedirme perdón y yo te voy a perdonar. Quizá por eso te atreves a maltratarme así. Volví a perdonarte la segunda vez, y la tercera, y la cuarta. Pero la herida es profunda, y queda.

No es bueno que te tenga miedo. Ni es bueno que sienta vergüenza delante de tu madre, estoy segura de que lo oye todo, ser vecina tiene muchas desventajas.

Ayer sentí terror cuando me escondí debajo de la mesa de la cocina. Estaba temblando, recordaba la última vez que me pegaste con el cinturón. Debajo de la mesa me tapé la cabeza como entonces, agachada me protegía con las rodillas y los brazos, y era incapaz de gritar. Ayer no quería salir de mi escondite, aunque hubieras soltado el cinturón después de azotar la mesa con furia. No quería salir, porque los golpes retumbaban y me dolían como si me los dieras a mí, aunque te oyera llorar y pedirme perdón jurando que me amabas. Me seguía sintiendo acorralada por la violencia con que me gritabas tu amor, la misma violencia con la que me amenazabas. Te dije que te fueras, sin abrazarte, sin decirte que te perdono porque sé que ése no eres tú, que cuando te pones así es como si fueras otra persona. Te pedí que te marcharas porque no podía salir, me quedé paralizada y estuve en la misma postura llorando hasta que llegó el niño del colegio.

No puedo explicarte lo que siento porque ni yo misma lo sé. Sólo decirte que no me gusta tenerte miedo. Te quiero demasiado para tenerte miedo. Ahora sé que me atrevo a escribirte lo que pienso pero no a decírtelo, por si te enfadas, y esto no puede ser.

Me has prometido que no volverá a pasar, ayer cuando te ibas lo juraste. Espero que sea cierto, por nosotros, lo espero.

Amor, te perdono

### FICHA DE TRABAJO

*En un relato breve Dulce Chacón supo crear un retrato fiel de las actitudes de un maltratador y del proceso de destrucción física y psicológica de las mujeres maltratadas. Dos mujeres, la esposa (Prudencia) y la amante, serán víctimas del maltrato. Y la autora nos presenta dos formas de respuesta, Prudencia llega a la locura y el suicidio, tras soportar años de humillación y vejaciones de todo tipo. La amante es capaz de romper con el maltratador y buscar su libertad y su dignidad lejos de él.*

*Los dos primeros fragmentos nos presentan las decisiones finales de estas mujeres. Los segundos nos dan una visión de situaciones frecuentes en los casos de maltrato.*



## 8. HELENA. Renée Ferrer (Paraguay 1944) LA SECA Y OTROS CUENTOS.

Ediciones Alta Voz.Asunción, 2005.

<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02460064211137162922202/p0000001.htm#15>

Las sábanas se le pegaban a las carnes que humedecidas giraban de un lado a otro sobre el colchón apelmazado del camastro sin encontrar acomodo. Cuando se filtró el alba por las rendijas, supo que se había pasado otra noche sin dormir, y que pronto comenzarían las mismas faenas desabridas de siempre.

El viento le golpeaba las mejillas, allí en el patio, y las manos cuarteadas le dolían al sumergirlas en el agua helada de la latona; le picaba el jabón en las cutículas y las yemas de sus dedos flacos se le volvían rugosas como pasas de uva. De cualquier manera el tiempo nos hace andar ligero. Pronto se despertarían sus hijos con los mocos colgando y para entonces debía terminar el lavado del día.

Helena no era fea: descarnados los pómulos prominentes bajo la piel manchada, la boca grande de sonrisa fugaz y unos ojos, muy adentro, que habían adquirido con el paso del tiempo el tinte borroso de la tristeza. Vivía en el conventillo del bajo con Ambrosio, y aunque no estaban casados, nunca la dejaba del todo. Se había arreglado para hacerle en el vientre un hijo por año, y a ella le parecía bien.

En su cuerpo delgado la barriga mostraba el ombligo saltón bajo la tela gastada del vestido. Le gustaba lavar porque podía cerrar los ojos mientras refregaba la ropa, dejándose estar ahí un rato, como si no hiciera nada. Sólo sus manos continuaban el movimiento silencioso. Aquel día no pudo terminar el lavado sin ir por agua al río. Entonces, tomó su resignación a cuestras, y después de mirar a sus hijos que dormían entreverados en el catre, se fue bamboleando lentamente su preñez hacia el barranco, con un balde en cada mano.

El acarreo del agua por las calles arenosas fue siempre lo más pesado para ella. En verano, la tierra le calcinaba los pies, y ahora, el frío se le metía hasta el hijo que dormía ovillado en su vientre. Ya de vuelta: hervir el puchero, barrer el cuarto, planchar los guardapolvos, y todo con la golpiza y los celos de Ambrosio sobre la espalda. No le importaba, aunque le doliera sus hijos irían como se debe a la escuela: bien comidos, y con los delantales almidonados.

Helena no se aburría nunca. Cocinar, lavar, agenciarse su dinerito fregando pisos en casas de familia no le dejaba tiempo para el tedio. Los días se sucedían sin alboroto, como calcados, salvo cuando Ambrosio llegaba de madrugada destilando caña blanca. Entonces se ponía violento; le pegaba por un motivo que averiguaba al día siguiente o la poseía sin más, semidormida, dejándole las carnes doloridas por las impetuosas arremetidas del deseo. Y ella

se quedaba ahí, muy quieta, con las piernas laxas, semiabiertas, mirando el techo en la oscuridad, y pensando que la quería, que eso debía ser el amor, y que así nomás eran estas cosas.

Ambrosio no era malo, en realidad: la usaba cada noche y sólo la golpeaba de vez en cuando, A veces, cuando ganaba en el truco, le traía un generito. Si estaba sin trabajo se la pasaba recostado en la cama mirándola hundir los brazos hasta el codo en el agua jabonosa de la palangana, mientras se limaba las uñas con un cortaplumas. Varias veces la tuvo a la intemperie toda la noche para usar el catre con otra, mientras dormían sus hijos en un rincón del cuarto; pero a eso ya estaba acostumbrada.

Listones de luz rayaron el aire de la celda. Acostada en su camastro del Buen Pastor pensó una vez más en Ambrosio antes de que sonara la campana que levantaba al día. Extrañaba a los niños, las idas al río, la charla crepuscular con las vecinas. Parecía que el encierro le hubiera agrandado los ojos y oscurecido las manchas en la piel. En el fondo estaba contenta. Cuanto más pensaba, menos se arrepentía de haber forcejeado con Ambrosio aquella noche, empujándolo con violencia hasta que cayó dando con la nuca en el braceró. A mis hijos, ni el propio padre les pega si vuelve borracho, se repetía. Por lo menos mientras ella estuviera cerca.

## FICHA DE TRABAJO

### *Preguntas de comprensión y reflexión sobre el texto*

- ¿Cómo era la vida de Helena?*
- ¿Cómo cuidaba a sus hijos?*
- ¿Cómo se comportaba su marido con ella?*
- ¿Qué hizo Helena?*
- ¿Por qué lo hizo?*
- ¿Dónde está ahora Helena?*
- ¿Por qué está allí?*

## 9. SOBRE ASCUAS.- Margarita Sánchez (España NI ARIADNAS NI PENÉLOPES. QUINCE ESCRITORAS ESPAÑOLAS PARA EL SIGLO VEINTIUNO.

Editorial Castalia. Madrid. 2002

ANTONIO.- ¿Y desde cuándo vas al médico sola?

PEPA.- Hace mucho tiempo que hago muchas cosas sola.

ANTONIO.- No me contestes, ¿eh?...

PEPA.- No te contesto, es que... es que...

ANTONIO.- ¿Es qué? ¿Qué? Siempre te he acompañado al médico, ¿o no? Vamos a ver, ¿no te he acompañado al médico siempre que te has puesto mala? ¿Quién ha cuidado de ti siempre, eh? No. Explícamelo.

PEPA.- No tengo ganas de discutir (*Pepa va hacia la carbonera y prepara una pala de carbón*)

ANTONIO.- Que sea la última vez que vas al médico sin mí. ¿Me oyes? (*Pepa recoge las dos tazas que están encima de la mesa y las mete en el fregadero. No contesta a Antonio*). ¿Qué si me oyes?

PEPA.- ¡Sí!.....!

ANTONIO.- A lo mejor te estás preparando para cuando yo falte. ¿Es eso? Tú crees que no volveré del hospital, ¿verdad?

PEPA.- No digas eso.

ANTONIO.- Lo crees porque yo también lo creo Pepa, y cuando yo falte no sé qué será de ti, ¿te casarás?

PPA.- A lo mejor.

ANTONIO.- ¿Quién iba a querer cargar contigo, con lo fea que eres? Si ni siquiera sabes cocinar.

PEPA.- (*Pone una plancha encima del fogón*). Si no me quiere nadie, me las apañaré sola. Trabajaré.

ANTONIO.- Trabajarás... ¡en el alambre! Si no sabes leer ni escribir.

PEPA.- Tú tienes la culpa. Voy a prepararte las cosas, se te va a hacer tarde.

ANTONIO.- Nunca has tenido cabeza para los estudios.

PEPA.- Meteré un par de mudas, (*Saca una maleta de debajo de la cama y va metiendo algunas cosas que saca del armario*).

ANTONIO.- Con siete años todavía no habías aprendido a leer. No. Que hay gente que vale y gente que no. Tú desde luego no valías.

PEPA.- Me sacaste del colegio porque te dio la gana. Estaba aprendiendo.

ANTONIO.- ¿Porque me dio la gana? Lo hice por ti.

PEPA.- Por mí... No me hagas reír. Lo hiciste por ti, porque necesitabas una criada. Una criada que no te costada dinero y a la que enseñarías a no replicarte. ¿No es eso? ¿No me has convertido en eso? Cuando ella se fue necesitabas otra criada.

ANTONIO.- (*Se levanta de la silla y se dirige hacia Pepa. La zarandea*) No hables de ella en esta casa, ¿Me oyes?

PEPA.- Estoy harta. Harta de que me trates como a ella.

ANTONIO.- Me he matado toda la vida para daros todo lo que necesitabais. Una vida cómoda... una casa

PEPA.- (*Separándose de Antonio*). ¡Ja! Una casa.. Una pocilga.

(*Antonio persigue a Pepa por la casa*)

ANTONIO.- Repite eso si tienes narices.

PEPA.- Me sacaste del colegio para meterme en esta pocilga y para ser la criada del cerdo que vivía dentro.

(*Antonio corre hacia Pepa y comienza a pegarla. Pepa recibe los golpes cubriéndose pero sin defenderse*)

ANTONIO. - Desagradecida. Puta. Eres igual que la otra, lo llevas en la sangre.

PEPA.- Pégame. Pégame si quieres. Me he acostumbrado a tus golpes y ya no me hacen daño.

ANTONIO.- Debí haberte dejado en el colegio toda la vida. Lo único que pretendía era hacer de ti una buena mujer. Y lo que he conseguido es que seas una golfa contestona. Te enseñé todo lo bueno de ella, y tú sólo aprendiste lo malo.

PEPA.- También me has enseñado a ponerme encima de ti, como lo hacía ella, Antonio, ¿o prefieres que te llame papá?

ANTONIO.- ¡Calla de una vez!

PEPA.- Eso no te importaba, ¿eh? Eso no te importaba que lo hiciera como ella aunque fuese malo. (*Antonio deja de pegarla*). Venga sigue. Sigue pegándome. Mátame. Llevo mucho tiempo esperando este momento. Me he acostumbrado a tus golpes y he visto cómo te vas quedando sin fuerzas. (*Antonio se va hacia la cama, se sienta*) Chillabas como un cerdo y la llamabas. Decías mi nombre pero la llamabas a ella. Era muy pequeña y no me daba cuenta de nada. Cuando crecí ya no dejaste que me arrepintiera. Incluso llegué a quererte. Incluso llegó a gustarme. Me enamoré de ti, Antonio. Del primer hombre que conocí. Pero un día hiciste que me sintiera culpable de amarte. Ahora me das asco.

ANTONIO.- No me hables así. Estoy enfermo. No merezco esto.

PEPA.- Mi madre se fue porque quería una vida mejor.

ANTONIO.- Cállate. Tu madre está muerta.

PEPA.- No está muerta. Eso es lo que has tratado de hacerme creer durante todo este tiempo. Yo he jugado a que te quería, como he jugado a ser tu esposa.

ANTONIO.- Después de tu madre, tú has sido lo único que me ha importado en la vida. Cuando nos abandonó me quedé destrozado.

PEPA.- Y en venganza, ¿tenías que destrozarme a mí? A mí que lo único que hice fue demostrarte que ella no supo quererte. Pero lo único que te importaba es que nadie supiera que compartíamos esa cama, como algo más que padre e hija.

ANTONIO.- Nunca te he obligado a nada. Lo siento de verdad. Lo siento. Te pareces tanto a ella...

(*Pausa*)

PEPA.- Sé que cuando salgas por esa puerta ya no volveré a verte.

ANTONIO.- Me estoy muriendo. Ya no sirvo para nada. Ni para trabajar. Lo dicen los médicos.

PEPA.- En el hospital cuidarán de ti mejor que yo.

ANTONIO.- Yo he trabajado toda mi vida como un cabrón para terminar mis días en la cama de un puñetero hospital. ¡Mierda de vida! Dejándome la salud en aquella puñetera fábrica y a lo único que tengo derecho es a morirme en la cama de un hospital.

PEPA.- Porque has vivido con una venda en los ojos. Porque pudimos haber sido felices y a lo único que te has dedicado es a joderme la vida. Yo sí te llegué a querer y no te diste cuenta.

ANTONIO.- Pepa, perdóname. No quiero morirme así.

PEPA.- (*Busca el regazo de Antonio*). Yo también tengo miedo. Sólo sé cuidarte. Sólo me has enseñado eso. Pero a escondidas he aprendido a vivir sin ti. Mira la lumbre. Mira qué bien tira ahora. (*Pausa*) (*Pepa se mece en los brazos de Antonio*) ¿Sabes una cosa? Estoy aprendiendo a leer y a escribir.

ANTONIO.- ¿Sí?

PEPA.- (*Orgullosa*) Sí. Ya sé escribir mi nombre. P-e-p-a.

(*Dibuja su nombre en la pared imaginaria*)

ANTONIO.- Pepa, o quiero ir a ese hospital. No me dejes ir.

PEPA.- Tienes que hacerlo.

ANTONIO.- Sabes que ya no volveré nunca más.

PEPA.- Ellos te cuidarán. A lo mejor hasta te pones bueno.

ANTONIO.- Sabes que eso no pasará. Quiero morirme aquí en casa. Sólo te pido eso.

(*Pepa se levanta y va hacia la carbonera. Echa otra palada de carbón. Vuelve con un carbón en la mano y juguetea con él. Se sienta frente a Antonio de rodillas*)

PEPA.- (*Sonríe*) ¿Te acuerdas cuando te pedía lapiceros? No querías comprármelos. ¿Te acuerdas? Aprendí a escribir a escondidas, con esto. (*Le muestra el carbón en alto*)

ANTONIO.- Deja que me quede

PEPA.- Un día busqué el modo de comprarlos, Y sin que te enteraras me puse a fregar estas escaleras. Noventa y ocho peldaños, desde el último piso hasta el portal, todos los jueves, y también a escondidas iba reuniendo el dinero por mi trabajo. Siempre con miedo a que pudieras encontrarlo. Ahora sé escribir mi nombre y estoy aprendiendo a escribir el nombre de mi hijo. (*Pepa termina de vestir a Antonio*). Si es niña se llamará Pepa, como mi madre y como yo. Y si es niño se llamará Antonio como su padre. Le enseñaré a escribir y le daré todo el cariño que un niño necesita para crecer. Le contaré que su padre era un buen hombre. Que trabajó duro toda su vida porque no supo hacer otra cosa, pero que era un gran hombre. (*Pepa va acompañando a Antonio hacia la puerta con la maleta*)... Y cuando crezca un poco, le enseñaré a escribir con este carbón. Como yo aprendí. Y cuando sepa escribir su nombre lo pondremos por toda la escalera, en letras muy grandes, desde el sexto hasta el portal. Llegaremos a la calle y correremos hasta que no podamos más. Nos

iremos de esta casa, lejos, muy lejos, a buscar la vida que tú te mereciste y que nunca pudiste tener.

*(Pepa cierra la puerta y Antonio queda fuera. Se queda inmóvil durante unos segundos apoyada en la puerta. Respira profundamente. Mira el trozo de carbón... la lumbre... sonrío u lentamente se va haciendo el oscuro.)*

### FICHA DE TRABAJO

*Se proporcionan estas preguntas al alumnado con anterioridad a la lectura del texto. Tras una lectura se pide que pongan en común las respuestas por equipos, nombrando una persona portavoz para la puesta en común en la clase.*

- ¿Qué parentesco existe entre Pepa y Antonio?*
- ¿Qué tipo de relación existe entre ellos?*
- ¿Dónde viven?*
- ¿Cómo viven?*
- ¿Qué sucedió con la madre de Pepa?*
- ¿Cómo la trataba Antonio?*
- ¿Cómo trata Antonio a Pepa?*
- ¿Qué tipos de abuso y violencia está sufriendo Pepa?*
- ¿Qué le sucede actualmente a Antonio?*
- ¿Qué decisiones ha tomado Pepa?*
- ¿Qué ha sido capaz de aprender Pepa?*
- ¿Qué ilusiones y proyectos de futuro tiene Pepa?*

*Actividades de continuidad: se pide al alumnado que recabe información sobre casos de abuso a menores dentro del ámbito familiar en prensa, televisión, datos estadísticos, etc. e instituciones donde se presta ayuda de distinto tipo a las víctimas de abusos sexuales dentro del ámbito doméstico. Se pueden organizar jornadas sobre el tema dentro de la escuela, con paneles informativos, invitación de profesionales que trabajen en este campo, etc. Proporcionar al alumnado información sobre lugares donde acudir para encontrar ayuda, actitudes a tomar, etc., ante este tipo de agresión.*

## FICHA DE TRABAJO PARA EL CONJUNTO DE TEXTOS RECOGIDOS EN ESTE EPIGRAFE

La violencia física, psicológica y sexual contra las mujeres es un crimen que se produce en todos los países del mundo, y en diferentes clases sociales y niveles culturales y socio-económicos. La visión secular de la mujer como un ser inferior, como cuyo destino natural es la sumisión al hombre, un ser que representa la causa de todos los males, está en la base de esta forma de terrorismo que es la violencia contra las mujeres en el ámbito familiar y de las relaciones afectivo-sexuales.

Todos los textos recogidos en este apartado presentan mujeres víctimas de abuso y violencia dentro del ámbito familiar (relación de pareja o paterno-filial), y diferentes formas de respuesta ante la misma.

Sugerimos trabajar todos o algunos de los textos, comenzando con la audición de alguna de las canciones sugeridas.

Lectura de alguno de los textos o fragmentos de los mismos.

Audición y comentario de canciones en español que denuncian esta lacra social: HOGAR, de Pedro Guerra, LO QUE ANA VE, de Revolver, EL CLUB DE LAS MUJERES MUERTAS, de Víctor Manuel, MALO, de Bebe, y DESDE MI LIBERTAD, de Ana Belén

Lectura del resto de fragmentos.

Trabajo en equipo: recogida de noticias en red sobre VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES. Búsqueda de información sobre la legislación en España y en Brasil. Preparación en equipo de murales con frases y fotos sensibilizando al resto de personas de la escuela. Escenificación de escenas.

Direcciones de Internet donde obtener información sobre prevención de violencia contra las mujeres, materiales en español, etc.

- ◆ Red estatal de organizaciones feministas contra la violencia de género  
[www.redfeminista.org](http://www.redfeminista.org)
- ◆ Campaña de Amnistía Internacional  
<http://www.amnesty.org/es/campaigns/stop-violence-against-women>
- ◆ Artículos sobre violencia en la página Ciudad de Mujeres  
[http://www.ciudaddemujeres.com/articulos/rubrique.php?id\\_rubrique=20](http://www.ciudaddemujeres.com/articulos/rubrique.php?id_rubrique=20)
- ◆ Instituto de la Mujer de España  
<http://www.mtas.es/mujer/violencia/index.htm#violencia>
- ◆ Actividades didácticas para la prevención de la violencia contra las mujeres y las niñas  
[http://www.educarenigualdad.org/Upload/Mat\\_127\\_Coeducacion%20%20Prevenc%20violencia\\_CEAPA%20\(2\).pdf](http://www.educarenigualdad.org/Upload/Mat_127_Coeducacion%20%20Prevenc%20violencia_CEAPA%20(2).pdf)
- ◆ No te lées con los chicos malos. Guía dirigida a chicas adolescentes para prevenir la violencia de género  
[http://www.educarenigualdad.org/Upload/Mat\\_8\\_Doc\\_5\\_Notelies.pdf](http://www.educarenigualdad.org/Upload/Mat_8_Doc_5_Notelies.pdf)

## DIFERENTES FORMAS DE DISCRIMINACIÓN DE LA MUJER EN EL ÁMBITO FAMILIAR Y SOCIAL

### **1. EL OVILLO.- Renée Ferrer. (Paraguay 1944- ). ESAS MALDITAS MUJERES. Cuentos de escritoras latinoamericanas contemporáneas. Selección, prólogo y notas de Angélica Gorodischer.**

Edit, Ameghino. Argentina, 1998. *LA SECA Y OTROS CUENTOS*. Ediciones  
Alta Voz. Asunción, 2005.

<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02460064211137162922202/p0000001.htm#15>

Frente a la claridad que recortaba la ventana, donde le colocaron la mecedora, sintió la puerta de calle al cerrarse y los pasos de su hija que volvía sobre el eco de las palabras preocupadas.

- ¿Qué le pasa a mi madre, doctor?
- Trastornos de la vejez, señorita.

La escuchó reunirse con las demás en la salita, mientras se mecía blandamente; los dedos concentrados en el tejido: meter la aguja por acá, envolverla correctamente con la lazada, sacarla por debajo, pasarla para allá y reincidir incansablemente en el mismo punto.

Hacía tiempo que tenía telarañas en las paredes de los ojos, dejándole la mirada borrosa. Meses que no pronunciaba una palabra, provista de aquella beatífica sonrisa en los labios apretados. Desde entonces no cesaba de hamacarse en el sillón, ni siquiera cuando se apagaban las lámparas en el resto de la casa. Tampoco dejaba de tejer aquel pullóver tan extraño, salvo que se quedara dormida sin darse cuenta. Unas manos separaban en su mente aquellas telarañas suavécitas, pegajosas y delgadas, como si nadasen entre los recuerdos. Se obstinaba en el silencio, resistiéndose a que la metieran en la cama. Tuvieron que dejarla en el sillón; colocarle una almohada detrás de la nuca; llevarla al baño cada vez; darle la comida. En la cámara silenciosa de su mente, las palabras de sus hijas rebotaban de un lado a otro.

-Es demasiado prematuro, doctor. Hace apenas unos meses estaba perfectamente.

-No siempre se puede saber por qué suceden las cosas. Clínicamente doña Melina no tiene nada.

-Pero no nos habla. Sólo sonríe. Se niega a comer por sí misma. Y se hamaca y se hamaca continuamente, empujándose con un pie, mientras teje ese pullóver. Haga algo, doctor. No puedo verla así.



Haga algo, doctor. No puedo verla así. Haga algo, doctor. No puedo verla así. Doña Melina marcaba levemente el compás sobre el piso moviendo el sillón. Todos corren ahora. No pueden verme así. Se perdió nuevamente en el trayecto de ese viaje hacia el fondo de sí misma. ¿Mamá, donde están mis cuadernos? Mamá, esta comida no me gusta. Mamá, que voy a llegar tarde. Este vestido es espantoso. Me está estirando el pelo. Pero si me dijo idiota. Basta. Basta. ¿No ven que llega papá? Hagan como si nada. Siempre traté de que hicieran como si nada.

- ¿Por qué será que mamá sólo sonrío?
- No lo comprendo.
- No parece triste, pero está hermética.

Cómo van a comprender, si todavía no vivieron lo suficiente. Aún no saben lo que es adecuarse a las circunstancias, aunque a una, las circunstancias la sofoquen. Melina, prepareme el café. Melina, este café está frío. Melina, mis alpargatas. Nunca ponen las cosas donde se debe. Melina, a esta camisa le falta un botón. No te ocupás de nada, Melina. No atendés los detalles. Siempre fui un poco distraída para los detalles. Para otras cosas, sin embargo, servía. Me usaban para todo y yo les dejaba hacer. Mamá, abrochame los zapatos. Mamá, servime la leche, Mamá, ayudame a estudiar. Lo mimás demasiado, Melina. Siendo el único varón deberías tratarlo como a un hombre. Lo vas a convertir en un marica entre tantas mujeres. Es como si hubiera sabido que lo perdería pronto. Después, sólo me quedaron las nenas, y el consuelo de llorar a solas. Melina, otra vez llorando. Lo que no tiene remedio, no tiene remedio. Tu hijo está muerto, y la vida continúa. Y la vida siguió arrastrando esa ausencia irremediable sobre el rebote de sus pasos. Melina. Melina. Melina. ¿Cómo te pudiste olvidar de comprar escarbadientes? Yo siempre me olvidaba de comprar escarbadientes.

Las voces de sus hijas como amarras tendidas hasta el borde de la habitación la volvían a la realidad de cuando en cuando.

- Recuerdo la noche en que mamá se quedó así.
- Fue algo horrible.
- Desde entonces no nos habla.
- Pero sonrío.
- Sí, sonrío, desesperadamente igual en todo momento. Es como si se hubiera puesto una máscara de felicidad.
- Y teje, y teje ese pullóver tan extraño.

Por la ventana entreabierta se colaba el aroma lozano de los malvones quebrados por el perro, una mezcla indefinida de perfume a pasto húmedo y atardecer. La blusa de batista de doña Melina navegaba sobre su respiración sosegada. El matrimonio es una larga batalla contra la rutina: una lucha cuerpo a cuerpo hasta que la muerte nos separa. Los momentos se tropiezan, entreverándose los malos con los buenos. Vení para acá, Melina. Sentate a mi

lado. Nunca me hacés compañía. Siempre ocupada con las nenas. Y cuando uno se está dejando ir, la calma se resquebraja y hay que alzar la guardia. ¡Las telas! Melina, por qué no miras el techo de vez en cuando y sacás las telas de araña. Yo soy el único que ve las cosas en esta casa. Las arañas, esas enemigas implacables de la mujer, trabajan más que cualquiera... pero ellas sólo tejen, en tanto que nosotras... Melina, Melina. Melina. ¿Por qué llorás, Melina? Los días se prolongan como babas pegajosas. La luz apagada acentúa un cansancio de plomo. Melina, sacate el camisón, que para eso fue el trato.

-Es extraño que mamá se quede mirando siempre al jardín, la vista quieta en el aire, y tejiendo de memoria más abajo.

-¿Te acordás cómo ponía madreselvas por toda la casa? Nos inundaba de fragancias al entrar.

-Solía cantar cuando estaba contenta.

-Siempre estaba contenta.

-Siempre estaba ocupada, diría yo,

De la mañana a la noche siempre estuve ocupada, trajinando, rebotando de una voz a otra voz, como si no hiciera nada, pero ocupada. Melina, no te olvides de las compras. Melina, este cuello está arrugado. Melina, arreglá este desorden. Melina. Melina. No te olvides. No te olvides. Se hacen muchas cosas, pero sólo se notan las que se olvidan.

Las que se olvidan. Las que se olvidan. Doña Melina continuaba empujándose mansamente con un pie. Y las nenas fueron creciendo. El dinero empezó a escasear cuando Pancho perdió el empleo. Las exigencias se hicieron mayores. Mamá, comprame un vestido para el cumpleaños de Rosita. A mí también, mamá, sé buena. Melina, se gasta demasiado en esta casa. Es todo lo que hay y arreglate como sea. Cuando las nenas se hicieron mujercitas hubo que celarlas. Melina, ¿dónde están tus hijas? Te dije mil veces que no quiero que vuelvan tarde. Y ellas me saltaban como perros cuando les decía algo. No nos tienen confianza, siempre están pensando que vamos a hacer algo malo. Sobre todo la mayor, que siempre tuvo carácter. Otra vez husmeando en mis cosas, mamá. Si quiero hacer algo lo voy a hacer sin tu permiso. Ustedes los viejos no saben nada. Vos tenés la culpa, Melina. Sos una floja. No te hacés respetar. No sabés cuidar a tus hijas. ¿Y cómo vas a saberlo, acaso no te acostaste conmigo cuando yo quise? Si les pasa algo te rompo la cara. Me faltaban el respeto, todos me faltaban el respeto.

La conversación le llegaba como en sordina desde la salita.

-¿Por qué mamá no deja de tejer?

-Se entretiene.

-Pero podría hacer otras cosas, o tejer algo con sentido. Ese pullóver es una aberración.

-El doctor dice que ella puede levantarse.

-Pero no quiere.

-Es penoso verla mirar siempre hacia el jardín.

Mirar hacia el jardín, disolverse en el jardín. No sentir la desconfianza como una marca a fuego sobre las espaldas. ¿De dónde venís, Melina? ¿Adónde vas, Melina? No me vas a decir que de siesta... A mí no me gusta que mi mujer ande por la calle como una cualquiera. Tenés que estar en casa con tus hijas. ¿Quién te mira, Melina? ¿A quién mirás, Melina? Me enfurece que andes de charla por ahí. Para que sepas. Disculpame, Melina. No le cuentes a las nenas que yo te pegué. Pero yo no miraba a nadie; nunca miré prolongadamente a nadie al fondo de los ojos. Temía ser libre. Ahora soy libre. No quiero que me oigan, ni que me usen, o me desusen. A mí no me vas a decir cuándo tengo que salir. Yo soy el hombre de la casa. Salgo cuando quiero y vuelvo cuando me da la gana, y no quiero escenas ridículas y celos estúpidos. Y si no te gusta ya sabés lo que tenés que hacer: ahí está la puerta y hasta luego.

Y hasta luego, y hasta luego, y hasta luego todos estos años. Aún lo veía haciéndole aquella venia con los dedos apretados.

El tejido había progresado mucho desde la noche que doña Melina empezó a hamacarse en el sillón. Desde entonces sus hijas le ponían flores en el cuarto todas las mañanas, y nunca se olvidaban de traerle lana para tejer. Todavía las escuchaba hablar en voz baja.

-¿Pero qué le pasó realmente a mamá? Fue aquella noche que nos regalaron el gato y ella estaba tejiendo frente al televisor.

-Sí, de pronto se quedó muy quieta, mirando fijamente cómo jugaba el animal con el ovillo. La mirada se le agrandó como cuando se comprende algo de repente. Seguía con los ojos azorados ese ovillo, que parecía como si le hablase. El gato lo traía y lo llevaba para todas partes, enredando la lana con sus zarpas suavitas. Era un ovillo mediano y blando que se dejaba manejar. ¿Se acuerdan?

-Sí. Nos estaba haciendo un pullóver a cada una, y el gato se apoderó del ovillo. Lo tiraba para aquí, lo llevaba para allá, aflojando la lana por un lado para estrangularla por otro.

-Nos reímos.

-Todos nos reímos. Y ella lanzó un grito. Se quedó muy tiesa mirando el gato mientras gritaba y el ovillo iba y venía para todas partes; rebotando de una pared a otra, de una silla a otra, y su grito no terminaba y temimos que se muriera gritando.

-Ahora ya no le tiene miedo al gato. Sólo lo acaricia con el pie de vez en cuando, sin perder el compás mientras se hamaca. Lo mira con una dulzura humedecida que me hace acordar la manera en que nos miraba a nosotras cuando empezamos a hacernos señoritas.

-Y teje, y teje ese pullóver tan extraño.

-Es como si se hubiera ido.

Como si se hubiera ido. Como si se hubiera ido. Por la ventana llegaba, desde el jardín, el aroma de azúcar desvalida de los laureles rosados, llenando

la habitación con un olor a muertecito amanecido. Doña Melina sonreía mientras seguía tejiendo ese pullóver para nadie. Ya llevaba hecho el cuerpo y ahora iba por las mangas. Era un pullóver desproporcionado, descomunadamente desproporcionado y grotesco, con las mangas tan largas que llegaban al suelo. Sí, con las mangas largas, muy largas, para abrazarlos a todos, para abrazarlos a todos, para abrazarlos a todos.

Cuando se apagaron las voces, doña Melina continuó hamacando sus pensamientos en el sillón

### FICHA DE TRABAJO

*Pre-lectura.- Se pide al alumnado que haga una lista de tareas domésticas (o se proporciona). Después se pide que la rellenen indicando quién hace cada una de esas tareas en su casa, si es hombre o mujer, o indicando qué persona de la familia.*

*Posteriormente, se les pide que elaboren una lista de las actividades que hace su madre, o su abuela, a lo largo de la semana. Se les puede pedir que coloquen una foto o hagan un dibujo de esta persona en el centro de una hoja y organicen alrededor frases cortas que indiquen las actividades... Pueden ponerlas en común.*

*En equipos, crean un personaje imaginario que llamaremos DOÑA MELINA. Elaboran el dibujo representando a este personaje con diferentes edades, 30, 40, 50... años y colocando a su alrededor "globos" con las diferentes actividades que han colocado individualmente. Se colocan estos murales en la clase, junto con fotos reales de mujeres o de grupos familiares (sacadas de periódicos, revistas, etc.)*

*Durante la lectura:*

*Diferenciar en el texto los pensamientos de la madre y las conversaciones que se mantienen a su alrededor.*

*Dentro de los pensamientos de la madre, diferenciar y señalar las frases que se refieren a sus propios pensamientos o comentarios y las que reproducen frases dichas por otras personas, fundamentalmente, su marido y sus hijas, en el pasado.*

*Diferenciar en el texto las frases que se refieren al momento presente y las que se refieren al pasado. Puede realizarse utilizando marcadores o bolígrafos de diferentes colores.*

*Responder estas preguntas (buscando la información en el texto):*

- 1. ¿Dónde está ahora Doña Melina?*
- 2. ¿Qué hace?*
- 3. ¿Habla? ¿dice algo?*
- 4. ¿Qué dice el médico?*
- 5. ¿Sus hijas están preocupadas?*
- 6. ¿Cómo fue su vida anterior?*
- 7. ¿Cuáles eran sus actividades?*
- 8. ¿Cuál era la relación que sus hijas e hijos tenían con ella?*
- 9. ¿Cómo la trataba su marido?*
- 10. ¿Cómo se sintió Doña Melina durante muchos años?*

11. ¿Entienden sus hijas por qué no habla?

En equipos comentar en qué se parecen **el ovillo de lana** y **Doña Melina**.

En equipos preparar un trabajo sobre estas preguntas:

- ¿Qué podría haber hecho Doña Melina?
- ¿Qué diría actualmente Doña Melina a sus hijas?

Imaginamos que tenemos el poder de volver al pasado y cambiar las condiciones de vida de Doña Melina y su familia. En equipos preparar diálogos y dramatizarlos en clase entre Doña Melina y su marido (años atrás); Doña Melina y sus hijas e hijos (años atrás).

### **TEMAS DE GÉNERO TRATADOS EN EL RELATO “EL OVILLO”**

El relato *El ovillo* es una auténtica joya de literatura feminista, en el que podemos analizar múltiples aspectos en que el género afecta a la vida de las mujeres.

El relato comienza presentando a la protagonista en completo silencio repitiendo obsesivamente un movimiento monótono y tejiendo y destejiendo una inacabable labor de punto, cual Penélope encerrada en un mundo inalcanzable. Silencio, tarea repetitiva, rutinaria y obsesiva.

En primer lugar, el silencio, el silencio al que ha sido (¿sigue siendo sometida?) la mujer en el ámbito público (prohibición de hablar, predicar, publicar, votar, estudiar, crear saber...) y en el privado. Recordemos que Renée Ferrer publicó una novela titulada *Los nudos del silencio*, en la que una mujer de la alta burguesía paraguaya viaja a París, acompañando a su esposo que se enriquece gracias a los servicios prestados a la dictadura. Obligada pro el marido, la mujer asiste a un espectáculo de strip-tease que terminará con un acto sexual en directo, acto sexual que el marido presupone heterosexual, pero que será en realidad una relación sexual entre dos mujeres. Durante el espectáculo, en absoluto silencio, la mujer hace un recorrido interior, y cuestiona toda su vida en un diálogo mudo con la mujer que se desnuda en el escenario, cuyos pensamientos también seguimos en la novela. Al final del show, y fruto de ese silencio reflexivo, fecundo, la mujer paraguaya burguesa tomará una decisión que transformará su vida.

A lo largo de la lectura de *El Ovillo*, tendremos ocasión de ver el silencio al que ha estado reducida la protagonista, sin voz ante la voz dominante del marido, y también la vida rutinaria, permanente dedicada a la realización de una serie de tareas repetitivas en servicio a su familia. El movimiento obsesivo en la mecedora y su inacabable tarea de tejido toman así el simbolismo de la asfixiante vida de la mujer dedicada a los cuidados del hogar y la familia, tareas no compartidas ni valoradas como se verá por las personas que se benefician de ellas.

Al recorrer la vida pasada de la protagonista a través de sus pensamientos silenciosos, tomamos conciencia de que ha vivido siempre dedicada única y exclusivamente a sus hijos y su marido, sin recibir la más mínima valoración ni agradecimiento. Y aparece el abuso verbal, la violencia psicológica y física, la doble moral sexual que lleva al marido a reprocharle el hecho de haber aceptado sus propuestas de relación sexual; el trágico papel de la madre que es obligada por el marido a convertirse en represora de la libertad y la sexualidad de sus hijas; el dolor por la pérdida de un hijo; el ocultamiento permanente de su malestar para mantener la unidad y la paz familiar a cualquier precio; la falta de autoestima y la anulación, en fin, de la protagonista, que nunca ha sido un ser para sí misma, que nunca ha podido dar voz a sus deseos, sino sólo un ser para los otros, utilizado e infravalorado.

El relato comienza en un universo de mujeres: la protagonista y sus hijas, después sabremos que existió un hijo que murió, y un marido-padre abusador que suponemos muerto, o ausente. Tan sólo una figura masculina, el médico, representante del saber, que manifiesta no entender las causas del comportamiento de la protagonista. La madre y las hijas nos llevan a las genealogías de mujeres, frecuentes en la literatura feminista (*La Casa de los Espíritus* de Isabel Allende, *Antigua vida mía* de Marcela Serrano, *Como agua para chocolate*, de Laura Esquivel, etc.) En este caso, las hijas parecen ignorar absolutamente el sufrimiento de su madre, pero una de ellas, cuando comentan lo feliz que siempre parecía la madre y lo contenta que estaba, comienza a cuestionarse la máscara, comienza a cuestionarse, y por ahí nos llega un mensaje de esperanza, la posibilidad de que las hijas, las mujeres del presente y del futuro, cuestionen los nudos impuestos por el género y comiencen a transformar su mundo.

Es muy interesante abrir un debate sobre la “decisión” de la protagonista, y el significado que puede tener su silencio, su reducción a la actividad absurda y repetitiva, su negación a alimentarse, su transformación en un ser necesitado de cuidado. ¿Autodestrucción? ¿Protesta? ¿Única forma de recibir la atención, el cuidado, que siempre dio a su familia? ¿Silencio que la lleva al fin a entrar dentro de sí y enfrentar toda su vida pasada? Sin olvidar el comentario sobre cómo empezó su “enfermedad”, su cambio de comportamiento.

## 2. ENTRE VISILLOS. (1957) Carmen Martín Gaité (España, 1925-2000).

Destino. Libro del bolsillo, 2003. (fragmentos)

(Elvira)

...Inclinó la cabeza contra las manos que había enlazado fuertemente. Lo que siguió lo entendí más confuso porque se puso a morderse los nudillos de los dedos, nerviosamente. Me contó que había estado a punto de ir a Suiza con su padre y que la noche anterior se desesperaba asomada al balcón de su cuarto pensando que eso ya nunca se podría remediar, que las cosas que podrían haber hecho en aquel viaje ya nunca las haría y la gente que podría haber conocido ya no la conocería; y que pensando eso no se podía consolar. Que un viaje le puede cambiar a uno la vida, hacérsela ver de otra manera y a ella ese año se la habría cambiado. Le pregunté que por qué no había ido, pero no me contestó directamente.

- Si usted no vive aquí- dijo-, no puede entender ciertas cosas. Hace poco que está aquí, ¿no?

- Tres días.

- Tres días- repitió-. No puede entender nada. Si le explico por qué no fui a Suiza se reirá, dirá que qué disparate, que eso no puede ser. Creerá que lo ha entendido, pero no habrá entendido nada. Solamente uno que vive aquí metido puede llegar a resignarse con las cosas que pasan aquí, y hasta puede llegar a creer que vive y que respira. ¡Pero yo no! Yo me ahogo, yo no me resigno, yo me desespero. (págs. 54-55)

Hablaba con rabia, con voz excitada, como si yo la estuviera contradiciendo. Había pasado de un tono a otro sin transición. Tuve miedo de que nos oyeran los de la habitación, porque se había ido desplazando hacia el hueco de la puerta y estábamos seguramente a la vista de las personas de dentro. Incluso parecía que ella se gozase en alzar la voz como si con sus últimas frases quisiera desafiar a alguna de aquellas personas, o tal vez a todas ellas. Se me ocurrió decirle que seguramente sacaba las cosas un poco de quicio bajo el peso de su desgracia, pero en seguida sentí que me había equivocado tratando de consolarla por ese camino. Lo vi en sus ojos casi furiosos.

- Aquí tendría que estar usted hace diez días de la mañana a la noche, aquí en esta casa, a ver si se ahogaba o no se ahogaba, como yo me ahogo. Oyendo cómo le dicen a uno de la mañana a la noche pobrecilla, pobre, pobrecilla. Día y noche, sin tregua, día y noche. Y venga suspiros y de compasión y más compasión, para que no se pueda uno escapar. Y compasión también para el muerto, compasión a toneladas para todos, todos enterrados, el muerto y los vivos y todos. Usted ¿qué cree?, ¿que un muerto necesita tanta

compasión?, ¿que necesita de los vivos para algo? Por lo menos a él, que lo dejen en paz, ¿no le parece? (pág. 55)

.....

Elvira las escuchaba sin entrar en la conversación, con los ojos vagando por la repisa de su cuarto. Tenía los pómulos salientes, las manos nudosas. Jugaba sobre su falda negra, quitándose y poniéndose un anillo de aguamarina.

- Te debías pintar un poco estos días, Elvira. Estás muy pálida.
- ¿Pálida? Yo la noto como siempre.
- Además, mujer, no se ha pintado nunca, ¿se va a pintar ahora? Parecería que estaba celebrando algo en vez de estar de luto.
- Claro, pero es que lo negro come tanto. Tiene mala cara, ¿no lo notáis? Yo decía una cosa discreta.
- Qué más da. Yo estoy bien. No lo hago por lo que digna, si tuviera ganas de pintarme, me pintaría.

El cuarto era pequeño, con cretonas de colores, bibelots y dibujos. Se veían por la ventana los árboles del jardín de las monjas, unas puntas oscuras.

- ¿Y el estudio, Elvi, no lo pones?
- Se ha caído el techo con la lluvia. Ya esperaré a que pase el invierno para arreglarlo.
- Mujer, no des la luz, se ve bien todavía.
- Es que me pone triste esa media llovizna, qué tarde tan fea... ¿qué película vais a ver?
- Una de piratas.

Elvira se levantó a echar las persianas y se acordó de que estaría por lo menos año y medio sin ir al cine. Para marzo del año que viene, no. Para el otro marzo. Eran plazos consabidos, marcados automáticamente con anticipación y exactitud, como si se tratase del vencimiento de una letra. Con las medias grises, la primera película. A eso se llamaba el alivio de luto. (113-114)

.....

Elvira se quedó sola. Se reveló el runrún de una charla en el cuarto de al lado. La voz de su madre. La de otra señora. Se tumbó en la cama turca. “Yo las envidio, Lucía, a las que son como usted- decía la visita-. Yo, cuando se murió mi hijo, ya ve la desgracia tan grande que fue aquella, pues nada, ni un día perdí el apetito, fíjese, y cada vez me ponía más gorda. Que era una desesperación aquello. Parecía que no sufría una.”

Elvira se fue al despacho de su padre. Anduvo un rato mirando los lomos de los libros a la luz roja de la lámpara. Oía a cerrado. A la madre le gustaba que estuvieran los balcones cerrados, que se notara al entrar de la calle aquel aire sofocante y artificial. Es una casa de luto”, había dicho. Elvira se asomó al balcón y respiró con fuerza. Se había levantado un poco de aire húmedo. Miró los árboles, la masa oscura de los árboles a los dos lados de la calle estrecha, iluminados de trecho en trecho por una luz pequeña y oscilante que quedaba



debajo de las copas. Ya era casi de noche. El aire arrastraba algún papel por las aceras. Enfrente estaba la tapia del jardín de las clarisas, alta y larga, perdiéndose de vista hacia la izquierda: un poco más allá blanqueaba el puesto de melones. Cerró los ojos, descansándolos en las palmas de las manos. Luego los escalones, el caño, la casa donde está la carnicería, la iglesia de la Cruz, la plazoleta, el andamio de la Caja de Ahorros. De niña, ¡qué grande le parecía la calle, los árboles, qué altos! Y el misterio, el miedo de perderse, el deseo también. Los llamaban a voces desde el balcón, cuando estaban en lo mejor, cuando empezaba a hacerse de noche: “¡Niños, niños!”, y ellos estaban siempre más allá, escondidos en los portales, sentados en los salientes, en los bordes, en los quicios, contando piedrecitas o mentiras, sumidos en un mundo extenso e intrincado. Había una calle muy cerca de la casa por donde no se podía bajar; “No vayáis por ahí, de ninguna manera”; tenía un farol a la entrada, y en lo poco que se veía desde fuera era ancha, de casas bajas, sin nada de particular. Entraba poca gente por allí, algunas mujeres y hombres desconocidos, seres privilegiados que habían desvelado el secreto. “El barrio chino- dijo un día una niña bizca que vendía el cupón con su abuelo-, el barrio chino, ja, eso es lo que hay ahí, ¿por qué lo miras?” y a Elvira le dio vergüenza estar apoyada en al tapia de enfrente, espiando algún acontecimiento maravilloso, separada de todos los niños, y le dijo a la chica: “Ya lo sé, ¿te crees que no lo sabía?”; pero todavía pasó mucho tiempo antes de que supiese que las paredes de aquellas casas no estaban decoradas como los mantones de Manila, y que la gente vivía pobremente, sin túnicas ni kimonos multicolores, que se llamaba el bario chino por otra cosa, qué sabe Dios por qué se llamaba así. Cuando venía el buen tiempo, cantaban una canción todos los niños, cantaban sobre todo aquella canción: “Mes de mayo, mes de mayo, mes de mayo primavera, cuando todos los soldados se marchan a la guerra...” La cantaban cogidos de las manos, cabalgando la calle inacabable. La terminaban y la volvían a cantar. Daban la vuelta cuando se acababa la calle. Daban la vuelta cuando se acababa la canción. Niño y niña. Brincaban, crecían, volaban; a tapar la calle nueva, la calle que nacía. Los niños agarraban muy fuerte de la mano: corrían más deprisa y no las dejaban soltarse a ellas. Y a Elvira, cuando empezaba a cansarse mucho, le gustaba echar la cabeza para atrás y dejarse arrastrar como en un carrusel de caballos, oyendo cantar a los otros y no sentía más que las manos de los niños que la cogían cada vez más fuerte. Era muy grande entonces la calle y estaba llena de maravillas. (págs. 122-124)

.....

Se inclinó hacia ella, y Elvira se dejó besar otra vez con un beso fugaz, medio mojado. Luego le vio volver la espalda y sintió la puerta de la calle que se cerraba. Se quedó un rato largo sin moverse, sin pensar en nada, mirando los libros de la biblioteca. Luego por la calle pasó alguien y el taconeo de sus suelas en el asfalto llenó la habitación. Todavía estaba el balcón entornado y se volvió a asomar, antes de cerrarlo. Los árboles, la tapia, la tienda del melonero, ¿por qué no se alzaban como una decoración? Era un telón que había servido demasiadas veces. Le hubiera gustado ver de golpe a sus pies una gran avenida con tranvías y anuncios de colores, y los transeúntes muy pequeños, muy abajo, que el balcón se fuera elevando y elevando como un ascensor sobre los ruidos de la ciudad hormigueante y difícil. Y muchas chicas

venderían flores, serían camareros, mecanógrafas, serían médicos, maniqués, periodistas, se pararían a mirar las tiendas y a tomar una naranjada, se perderían con sus compañeros de trabajo entre los transeúntes, irían a tomar un tranvía para llegar a su barrio que estaba muy lejos. (págs. 128-129)

## FICHA DE TRABAJO

Pre-lectura: Decimos al alumnado que vamos a leer sobre Elvira y sus amigas, un grupo de chicas de unos veinte años, que viven en una ciudad española. Pero no estaremos en la época actual, sino en los años cincuenta del siglo XX. Les pedimos que pregunten a sus abuelas, u otras mujeres mayores de su entorno, sobre cómo era su vida en su juventud: horarios, actividades, libertad, qué diferencia existía entre lo que les estaba permitido a ellas y lo que estaba permitido a sus hermanos, etc., qué obligaciones tenían, etc.

Lectura: ¿Cómo era la vida de Elvira cuando era pequeña? ¿A qué jugaba? ¿Jugaban juntos niños y niñas? ¿Qué recuerdos de infancia evoca Elvira desde el balcón del despacho de su padre?

¿Cómo es la vida de Elvira en el presente (de la historia)? ¿De qué habla con sus amigas? ¿Por qué no puede ir al cine? ¿Trabaja? ¿Tiene alguna profesión? ¿Estudia? ¿Cuál es su porvenir?

Se podría realizar un proyecto de trabajo con esta lectura de fragmentos de Entre Visillos, de Carmen Martín Gaité, y el relato La tía Cristina, de Ángeles Mastretta. Las dos protagonistas viven en sociedades similares: pequeñas ciudades, muy tradicionales, en que el único porvenir para una muchacha de clase media, es el matrimonio, bajo la aprobación de la familia. Elvira se siente descontenta, pero acepta esta situación sin encontrar ninguna otra salida. Cristina toma las riendas de su destino.

### **3. UNA SE VA QUEDANDO.- Hebe Uhart. (Argentina 1936- ). ESAS MALDITAS MUJERES. CUENTOS DE ESCRITORAS LATINOAMERICANAS CONTEMPORÁNEAS. Selección, prólogo y notas de Angélica Gorodischer.**

Edit, Ameghino. Argentina, 1998.

Justo a mí me tenía que tocar, porque me pasan todas. Volvía de una reunión en el pueblo donde remueven los perendengues de abajo para arriba, que las actas volantes, que el registro anual de matrícula... Si yo tengo veinte alumnos y los veo venir desde una legua. Y después ellas me miran desde los pies hasta el turbante, no soy turca ni hice voto de llevarlo: mi pelo es de paja y no puedo calentar agua para lavarlo porque el Negro se olvidó de bombear. Y Cucú se me había ido no sé dónde: cuando se va, no vuelve hasta que anochece. Quise igual ir a la reunión del pueblo; yo sabía que no estaba en las mejores condiciones, pero necesito ir al pueblo de vez en cuando: en el campo una se va quedando. También quería llevar al médico a Chinchín, pero el médico no estaba.

En Moreno se rehicieron las doce, la hora del puchero, así que lo arrastré de vuelta, pobre viejo, pero por lo menos recorrió toda la Escuela Número Uno hasta los techos. Le dije:

- Esta es la Escuela Número Uno, es la principal del pueblo. Aquí estudió tu mamá.

No terminé de hablar que Chinchín ya galopaba por los patios y yo pensaba:

“Que se familiarice con una cosa distinta de vez en cuando”. Volvía de esa reunión, digo, con las planillas cuatrimestrales, las anuales y las complementarias y veo en la puertita de entrada de mi escuela una figura grande, con traje gris de elefante, anteojos y un portafolios. A mí me tenía que pasar, era la de Artacho, la inspectora. Chinchín se había sacado los zapatos y venía descalzo; yo se los llevaba en la bolsa, con las planillas y el pan que habíamos comprado en “La Aurora” de Moreno. Ella me dijo:

- Soy la señora de Artacho.

No dijo “Artacho”, decía “Artasho”.

- Mucho gusto, señora, la conozco de vista- le dije.

Le dije y para qué te cuento: el caballo estaba adelante para comerse el pasto, que estaba muy crecido, el caballo deja todo liso, hecho una pintura: pero me pareció que la de Artacho le tenía miedo. Chinchín es muy chico para atar caballo y Cucú no volvía; por otro lado, mejor, pensé, porque vuelve más negro que el padre, tras que sale al padre, vuelve con nidos, ramas, y por un rato no hay quien lo calme. También al lado de la puerta de entrada estaba la víbora muerta pero por suerte no la vio, era una broma que le hicimos al jesuita jovencito. Él viene todos los jueves en bicicleta para dar religión; lo quieren mucho, pero a mí ya me venía cansando con esa cara de sol todos los jueves, así que les dije a los de quinto:

- ¿Vamos a hacerle una broma al curita?

Y ellos pusieron la víbora muerta en la puerta de entrada. Venía embalado, porque vine siempre con entusiasmo, pero esta vez vaciló, se bajó de la bicicleta, miró para todos lados. Nosotros lo espiábamos desde la ventana de la cocina; Cucú, Chinchín, los de quinto y yo. Dio un rodeo y por fin le vimos alguna vez la cara de otra cosa que no de perpetuo entusiasmo, y en vez de entrar en bicicleta sin manso haciéndose el canchero, entró a pie, arrastrando la bicicleta.

Bueno, la de Artacho entró con un portafolios grueso, con todos los folios, segura, y los infolios adentro; parecía un elefante con polleras. La de Artacho avanzaba hacia la escuela con el aire del que no tiene más remedio, ni miró los frutales. Chinchín me miraba a mí como diciendo “¿qué pasa, mamá?”

- Vaya con su padre- le dije.

Y entendió enseguida porque se fue, descalzo, a la cocina.

Ella dijo:

- Quiero ir a la Dirección.

La Dirección es más chica que el baño y en el cesto de los papeles duerme el perro. Cuando lo vio, me dijo:

- Saque eso de ahí.

Saqué a Puchi y lo llevé a la cocina, con el Negro y Chinchín. Cuando se sentó en la silla de paja que está al lado del escritorio, me pidió:

- Muéstreme el archivo.

No decía “archivo”, decía “arshivo” y ahí entré a temblar.

- No sé si lo podré abrir- dije.

En el archivo o arshivo puse una clueca con pollitos y ahora requería la ayuda del negro.

- Negro- le dije- hacé de cuenta que me ayudás a abrir el cajón de la clueca pero no lo abras.

El Negro, en caso de apuros, responde.

Camino del archivo la de Artacho miró algo y dijo:

- Aquí hay chenchos.

No decía “chinchos”, decía “chenchos”. Y seguía mirando alrededor.

Decía:

- ¡Qué sucio! Pero ¡qué sucio!

Con admiración, como si fuera una curiosidad.

Vino el Negro y no estaba muy presentable, una pena, con lo bien que queda mi Negro bien vestido y bien bañado. Cuando lo vio, ni lo saludó, se dirigió a mí y me dijo:

- Voy a hacer un informe.

Se sentó en la Dirección. Le pregunté si quería un vaso de agua. No quiso, me advirtió.

- Es necesario que abra el archivo.

Menos mal que el armario no estaba dentro de la dirección y por suerte ella no me preguntó por qué. Le dije:

- Un momentito, señora.

Fui a la cocina y le dije al Negro que arreglara un poco, por si a ese elefante se le ocurría entrar en al cocina, el Negro dijo que ésa era su casa, que la casa es un lugar de hospitalidad, el que entra tiene que sentirse contento con lo que ve, si es que entra con bondad. Yo lo hubiese matado,

pero no quise discutir porque las cosas no andaban muy bien con él. Le sugerí que fuera con Chinchín a lo de don Salvador y él me dijo que no tenía por qué irse de su casa. Pero era la casa-habitación del director de la escuela, que venía a ser yo, y la da el Ministerio, así que muy bien la de Artacho podía revisar la casa si quisiera.

Me volví a la Dirección y ella escribía y escribía. Mientras esa mole escribía sin hablarme, yo no sabía qué hacer: si debía sentarme a su lado o desaparecer, caminaba cerca de ella y pensaba: “Soy maestra, portera y directora todo junto, Directora de mi culo, y a veces”. Cuando terminó de escribir me dijo:

- Haga tres copias manuscritas y elévelas a la brevedad. Lo lamento, pero debo hacerle un sumario. Me retiro –y me dio una mano blanda y fría como una lagartija.

La tuve que acompañar hasta el portoncito, no fuera a ser que el elefante pisara un hormiguero y entonces la tendría de huésped obligada. Antes de irse me dijo, como si yo tuviera la culpa”

- ¡Ay, cuándo pondrán el asfalto!

- No sé, señora- le dije. Y pensé “Ojalá que el barro nos cubra hasta las orejas, así no te veo nunca más.”

Porque, cuando hay barro los inspectores no vienen. Caen cuando hay sol, cuando todo se empieza a secar y una salió del encierro de la lluvia, ahí caen.

Volví para ver qué había escrito:

“En el día de la fecha visito la Escuela Rural Número 42 correspondiente al Distrito Número 2, haciéndose presente la maestra y directora de la misma. Encuentro el edificio en notable estado de abandono. Me veo en la imposibilidad de refrendar las actas volantes, las planillas cuatrimestrales, las anuales de estadística y los partes semanales así como también los registros de asistencia, las planillas de calificaciones y las de perfil bio-socio-psicológico por ausencia del archivo, lo que constituye una falta grave”.

Al día siguiente me puse a copiar el informe por triplicado y me equivocaba. El Puchi estaba en el cajón de los papeles, tan tranquilo, como si nada hubiera pasado, yo tiraba al cajón pelotas y pelotas de papeles mal pasados, y como vi al perro tan tranquilo y que no me ayudaba en nada, le encaje una paliza de padre y señor mío, al Puchim, que es mi adoración. Pobre viejo, no se ofendió y eso me dio más pena todavía. Sí lloro, ni sé ya por qué lloro. Pensar que me eduqué en María Auxiliadora, llevaba cuello collarino, sobrecuello y de todas esas chinchas, ni me acuerdo.

## FICHA DE TRABAJO

*Pre-lectura: Se pide al alumnado que, en equipos, imaginen mujeres de diferentes profesiones, que se desenvuelvan en distintos medios sociales. Cada equipo elige una mujer, indicando edad, vida personal, profesión, lugar donde vive, lugar donde trabaja, etc. podemos colocar listas con nombres de diferentes profesiones. Los equipos elaboran murales presentando las protagonistas que han creado.*

*Antes de comenzar la lectura del texto se pide al alumnado que evoquen algún pueblo o zona rural que conozcan, o bien se presentan imágenes de zonas rurales, o se pide que busquen en la prensa o la televisión información sobre zonas rurales.*

*Lectura: Preguntas para guiar la comprensión de la lectura*

*¿Qué profesión tiene la protagonista? ¿Dónde vive? ¿Dónde trabaja?  
¿Cómo es la escuela? ¿En qué condiciones trabaja la protagonista?  
¿Cómo es su vida familiar? ¿Tiene hijos? ¿Cómo es su compañero?*

*Tras la lectura: preparar trabajos por equipos presentando un día en la vida de esta mujer: tareas en la escuela, atención a la familia, tareas domésticas... En equipos, recabar información y presentar trabajos sobre las condiciones de vida de diferentes mujeres: condiciones de trabajo, doble jornada laboral, responsabilidad compartida o no de las tareas domésticas y de cuidado, etc. Dificultad añadida para las mujeres de zonas rurales, familias carentes, etc. Organizar actividades que fomenten el reparto de las tareas domésticas y de cuidado dentro de la escuela.*

#### **4. EL LIMBO Elena Poniatowska (México 1932) En DE NOCHE VIENES.**

Plaza & Janés. Barcelona, 2002

La madre le sonrió, tranquila, al verla distraerse tan pronto de su reciente congoja: “Es joven, qué pronto pasa del llanto a la sonrisa, más rápido aún de lo que yo pensaba.” Volvía al engranaje, a la reverencia, esperaría sumisa el arribo del príncipe. Entretanto, cerraría ventanas con sus manos cuidadas; la acompañaría a té, visitas, cenas, pésames, habría manteles que bordar a la hora del crepúsculo. Mónica se despidió apaciguada y dio las buenas noches como de costumbre.

*(Qué había sucedido anteriormente? ¿Por qué había estado acongojada Mónica? ¿Cómo iba a ser su vida? ¿Cómo era su familia, su casa, la ciudad donde vivía? ¿EN qué época vivía Mónica? ¿Cuántos años tenía?)*

(Mónica se despidió apaciguada y dio las buenas noches como de costumbre). Pero ya en su cama mordió las sábanas; lloró una hora y otra; una hora suplantaba la otra y el llanto seguía embistiéndola; un borbotón que la drenaba hasta que la última lágrima hecha sólo de sal se le secó en la mejilla.

*(¿Por qué lloraba? En parejas, imaginar posibles razones por las que Mónica lloraba).*

Lloró porque podía tomar sopa, mientras una señora de abrigo café les comunicaba a otras que la incubadora se había quedado sin corriente eléctrica, lloró porque nunca fabricaría una bomba en el sótano de su casa, ni siquiera una molotov –su pólvora estaba mojada de antemano-, pero sobre todo lloró porque ella era Mónica y no otra, porque la muerte del pequeño de Rosa no era su muerte y no podía vivirla, porque sabía muy bien que el sábado bailarían con el vestido rojo, oh, Bahía ay, ay, rayando a taconazos el corazoncito del niño de rosa, bailarían encima de las mujeres a quienes los hijos se les caen de entre las piernas como frutas podridas, bailarían, mambo qué rico el mambo, bailarían muñequita linda de cabellos de oro, bailarían la raspa, la vida en rosa, las hojas muertas porque después de todo, la vida de uno es más fuerte que la de los demás.

*(¿Quién es Rosa? ¿Quiénes son las mujeres en quien piensa Mónica? ¿Qué ha sucedido realmente? ¿Qué ha descubierto Mónica? Buscamos las respuestas en la lectura del resto del cuento.)*

*Otras preguntas para trabajar durante la lectura:*

*¿Qué opina el médico de las mujeres que se encuentran en la situación de Rosa?*

*¿Qué ayuda ofrece la familia a Rosa?*

*¿Qué opina Hilaria de Rosa? ¿Cómo la trata?*

Este relato permite reflexionar sobre la doble moral sexual que carga la responsabilidad del embarazo sobre la mujer, el tratamiento a las empleadas domésticas, la falta de atención sanitaria y respeto a los derechos de mujeres

carentes; las enormes diferencias sociales entre la vida de Mónica, hija de familia rica, y Rosa, la mujer pobre que trabaja como empleada en su casa.

*(Relato completo. Se ha comenzado la lectura por la parte final del relato):*

¡Niña!

La voz se hizo apremiante.

- “Niña, niña, niña!

Mónica, reblandecida por el sueño, se irguió poco a poco en la cama.

- ¡Ay, niña! ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay!

La joven abrió bien los ojos. Frente a ella, Hilaria comenzó a tronarse los dedos.

- ¡Ay, niña, venga usted, apúrese usted, venga pero ahorita! Vamos al cuarto de la canija de Rosa. Que no la oiga su abuelita.

Hilaria le tendió la bata, acercó las pantuflas, bajaron por la escalera de servicio, los perros ladraron. Serían las seis, las siete de la mañana? Con ademán friolento, Mónica cruzó aún más la bata sobre su pecho. Al llegar al último peldaño, Hilaria detuvo a la joven, tomándola del brazo.

- Niña, anoche se enfermó la mustia de Rosa y se alivió.

- Por fin, ¿se enfermó o se alivió?

- Se alivió de su niño, la muy mustia.

- ¿De qué?

- De su criatura.

Mónica despertó de golpe o el sueño se le quedó congelado. Entraron al cuarto de la sirvienta. Rosa, vestida, yacía sobre el colchón, el rostro pálido, la respiración entrecortada; en la cama, ni una sábana, ni un sarape., nada. El puro colchón.

- Rosa

Rosa no contestó. Al poner su mano sobre el hombro de la muchacha, Mónica pensó que ésta respondería, pero continuó inmóvil. Lo único que se agitó fue el tablero de las campanillas enorme que colgaba de la pared. “Este timbrazo es insultante”, se molestó Mónica, “despertaría aun internado de proporciones gigantescas”. El Rin, Rin no cesaba.

- Dios mío, la señora, y ahora ¿qué hacemos? Ya despertó la señora, tengo que subirle el desayuno.

Mónica siguió a Hilaria fuera del cuarto.

- Oye, Hilaria, estás loca, ¿dónde está el niño? ¿Lo soñaste?

Hablaba en un tono superior, enojado; después de todo, aunque Hilaria tenía treinta años en la casa, no era más que una sirvienta, no era nadie o casi nadie, por eso encajaba sus uñas en el brazo, para que la sintieran antes de no ser nada, la pura nada, un envoltorio, un costal de piel y huesos que echarían a la fosa común.

- No, niña, no, allí tiene que estar, nomás que esta mujer ya hizo la limpieza. ¿Qué no se fijó en la mancha café toda restregada? Parió y se puso a restregar el piso, a remover la moronga para que no se notara.



- Voy a avisarle a mi abuelita.
- Ay, niña; no, ay, ¡qué apuración, no se le vaya a derramar la bilis a la señora grande, hoy le toca su huevo. ¿Cómo le irá a caer el desayuno si se entera?

Mónica no dejó de darse cuenta de su propia importancia.

Hilaria le había avisado sólo a ella y no a la señora grande. Apenas ahora estaba sucediendo algo emocionante, algo como se lee en las novelas, las de Carolyn Keene, los *thrillers* para jovencitas, que en la noche devoraba. A lo mejor no tendría que ir a la escuela. Regresó al cuarto de servicio.

- Rosa.

Olía mal. “Es el olor del pueblo”, la cama desnuda con ese cuerpo tirado en el colchón rayado daba una sensación de abandono, de estómago vacío, de chiquero. Con razón decían los de buena familia: “Estas gentes no tienen remedio; todo lo estropean, son unos salvajes.” Allí estaba la mancha descrita por Hilaria, pero... ¿El niño? Hilaria siempre les levantó falsos a las nuevas sirvientas y ya la casa tenía fama en la cuadra de que ni las falopinas, ni las mandaderitas duraban por culpa de sus celos.

- ¿Rosita?

Se acercó. Curiosa, puso su cara junto a la de Rosa. La mujer se estremeció. Mónica le repitió en voz baja: “Rosita” y luego le sopló en la mejilla: “¿Es cierto eso, eso que dice Hilaria, de que tuviste un niño?”

Rosa, desplazando toda una serie de malos olores, se volvió hacia la pared para darle la espalda a la joven. Después de un momento, con mucha dificultad, a empujones, susurró:

- Sí.

Mónica se quedó fría. Rosa se había rendido, agotada.

- ¿Dónde está?
- Se me murió
- Y ¿dónde está?
- En el ropero

¿Cómo se te quedó la cara, rota, catrina, hija de gente decente? A ver, trágate esa, pollita de leche, a ver, reacciona bestiecilla de salón. Mónica gritó. De miedo, De horror. Los perros volvieron a ladrar, pero la otra en la cama, no se movía. Mónica fue hacia el armario y con la inconsciencia de sus años niños lo abrió. Las sábanas ensangrentadas se amontonaban. Pero nada más.

- Y ¿el niño?

No tuvo respuesta. Seguramente, Rosa sentía que ahora le tocaba a la otra, a la ternera cebada, a la cochinita pibil, a la niña bien, a la chica novicia. Esta siguió buscando. Allí, en un rincón, envuelto en periódicos estaba un bultito rojo, blando, una materia floja. Mónica lo cogió como si fuera a desmoronársele entre los brazos. Rosa la miraba hacer con ojos apacibles. Puso el paquete en la cama, cerca de los pies cuadrados, chatos, groseros de Rosa. Levantó un poco el papel. Había una cabecita con el pelo muy negro pegado al cráneo.

- Tómalo, Rosa, cógelo.
- 

Como siempre, la abuela estaba recargada en sus cinco cojines de funda de encaje. No pareció indignarle el relato de Mónica, sólo ordenó:

- Háblenle al doctor.

- Hay que dar parte –insistió Hilaria con aires de experta, la delegación, el certificado.

Todo sucedió dentro de un remolino febril como en las novelas de misterio. Llegó el médico de la familia; llevaba en la boca un cigarro apagado que escupió a poca distancia de Rosa. Sus ojos beige miraban hostilmente a la criada, sus ojeras rosadas, casi fosilizadas acentuaban el desprecio en su rostro. Exploró el contenido del envoltorio para exclamar con frialdad:

- ¡Este niño vive!

Un borbotón de lágrimas se anudó en la garganta de Mónica y el apretado nudo se deshizo en sus ojos. ¡Esto era un milagro, un regalo del cielo! EL niño, todavía en los periódicos, respiraba; de su boca abierta salía un pequeñísimo aliento, apenas un soplo. El doctor se puso a limpiarlo. En las aletas de la nariz brillaba un poco de sangre coagulada.

- Hay que ponerle una inyección para evitar una futura hemorragia. ¿Qué le pasó a su hijo?

Rosa gruñó como si estuviera mascando las palabras, pero en su voz había algo de sollozo.

- Se me cayó de cabeza.
- Pero ¿cómo lo tuvo?
- Me acuclillé aquí a un ladito.

Hilaria preguntó, profesionalmente:

- ¿No le va usted a curar su ombligo?

El doctor no se dignó contestar y sólo procedió con manos rápidas. Luego, haciendo caso omiso de los presentes, inquirió por la señora de la casa.

La mayoría de estas mujeres, mi admirada señora, no quieren al hijo. Les resulta... cómo diré... un estorbo oneroso. Lo sufren como un castigo y luego... no necesito decirle. ¡Ignorantes, supersticiosas, pobrísimas, no saben qué hacer con él!"

Con razón, pensó Mónica, había marcas violáceas en el pescuecito del niño, tan delgado, listo para desprenderse. EL médico siguió hablando competente y rutinario. Todo tenía una explicación, y nada, en realidad, era importante.

- Quien sabe si el niño dure. Esa mujer le dio una buena maltratada. Voy a mandar a una enfermera para asear a la madre.

Al levantarse, besó la mano de la señora grande, tomó su maletín de la silla de bejuco y salió con su aire cansado de hombre que escucha las desesperanzas de los demás.

Mónica cogió las sábanas de su cama de muñecas. Era aquello lo que más se parecía a cosas de niño de que pudiera disponer. Las llevó al cuarto de Rosa y envolvió al niño de verdad. Rosa la miraba hacer, atenta como una perra que súbitamente reconoce al cachorro. El niño, tan a la mano, parecía una pobre maraña de tejidos, de venas, de trapitos.

"Dios míos, Dios mío, ayúdame", rezó Mónica. Se sentía torpe, sin recursos. Hubiera querido soplarle en la boca para que su pecho se ensanchara, hacerlo respirar, amacizarlo, recubrirlo con su propia carne. Tener tanta vida por dentro y no poder darla. Jaló la cobija en torno al tambache a que quedara lisita y de pronto se detuvo... Rosa la miraba entre desafiante y lastimera y de sus ojos

rodaron gruesas lágrimas. Mónica, entonces, colocó aquel bultito a su lado, en el hueco del brazo materno. La mujer siguió llorando, mientras atraía al hijo.

¡Había un niño en la casa, un niño chiquito! Se necesitaban pañales, camisitas, baberos, una almohada diminuta, una cobija con borregos pintados, qué ajeteo. Habría que sostener toda la frágil estructura de su cuerpo con frazadas. Mónica se puso a acomodar la canastilla en el aire; aquí las chambritas, allá el aceite y el algodón, todo limpio y blanco, imposible no conmoverse ante la pequeñez de las prendas: “¡Pero qué tiernito es, qué niño chiquito!” Todo lo salva por su condición de niño, Rosa tendría que quererlo al ver que otros se alegraban de su presencia.

Junto a lo blanco y lo azul danzaban otras imágenes: la sangre, la mancha en el piso que Mónica evitaba mirar, los cuajarones sanguinolentos envueltos en el papel periódico como las entrañas de un pollo, de una totola, de una guajalota, amarillas y verde espinaca, el cordón umbilical y la bolsa de la placenta, el cuerpo de Rosa, sus caderas, sus pechos, un niño que agita en vano una sonaja en el vientre de su madre, el cuerpo de Rosa que había contenido un niño sin que nadie se diera cuenta porque a nadie le importaba; sus paredes ensanchándose, y Rosa callada, callada: “voy a barrer la azotea”, “voy a un mandadito”, “pos a ver si me dan permiso”, “Mañana, me toca mi salida”, Rosa en el teléfono, Rosa en el corredor, Rosa con una escoba en la mano, Rosa trenzando su pelo negro en el lavadero. Rosa desfajando en la noche el vientre que se abulta. Rosa acucillada para dar paso a ese amasijo de carne: su hijo, ahora sí que el de sus entrañas porque al salir la había vaciado; allí estaba la carne en pedazos como la que el carnicero cortaba con tanto placer para los perros, “démela maciza” estipulaba Hilaria “y envuélvamelas bien para que no escurra” y el carnicero la amontonaba en varias hojas de periódico, apretándola en un tubo, así como Mónica había alisado la cobija en torno al cuerpo del niño.

- Señorita, ¿ya vio usted al inocentito?
- Sí. Está bien, ¿no?
- ¡Ay, niña! Rosa es la que está sosiega...la muy ladina.. pero el niño, ¿lo destapó usted?
- No –contestó Mónica con asombro.
- Pues venga usted a verlo, porque yo lo diviso grave.

En el cuarto de paredes vacías, salvo unos calendarios de Aspirina Bayer, la cama y el ropero de la Lagunilla que un mecapalero trajo a cuestras, la frente parida en dos por el mecate, Rosa luchaba contra el sopor. No parecía importarles que Mónica se inclinara de nuevo sobre el niño. Al bajar la cobija lo vio morado, los labios azules. ¿El milagro, dónde estaba el milagro? Su almita de educanda de monjas del Sagrado Corazón tuvo un brusco arrebató. ¿No que Dios había perdonado y se había decidido por el milagro?

- Hilaria, haz algo, Hilaria, ya se murió.
- Mónica sintió que se paralizaba. ¿Sería por el pecado mortal que había cometido Rosa? ¿Así de duro era Dios, así el juicio divino? “Jesús, Jesús intercede frente a su padre que no deje caer su mano de tres dedos, que no se vengue de esa forma.”
- Hilaria, ¿qué hacemos?

- Cállese, señorita. No está muerto. Nada más se ha puesto algo malito; está como tuturusco, chin, pinche Rosa, tenía que pasar ahorita que es hora de su comida de la señora y Rosa allí tiradota, sería bueno, ultimadamente que el doctor...

El hospital, eso era... El médico de cabecera ya no podría hacer nada porque no le importaba, pero en una institución especializada en que los doctores fueran más jóvenes, menos desencantados, sí, lo volverían a la vida, llorarían con ella, vencerían con ella...

- Vamos, Hilaria. Envuelve al niño. Voy a sacar el coche, ándale. Bajo el letrero "Urgencias", la lentitud de la atmósfera contrastaba con la premura de la gente que entraba corriendo para detenerse frente al mostrador, recobrar su compostura y su respiración. Dos enfermeras pedían nombres, consultaban pausadamente ficheros, Mónica galopó, con toda su juventud entre las piernas.
- Señorita, por favor, una emergencia.
- Tome usted asiento –dijo la recepcionista enseñándole sus encías moradas.
- Es que, señorita...
- Todos los que están aquí son casos urgentes.
- Venga usted, niña, vamos a sentarnos- dijo Hilaria tímidamente.

Mónica le hubiera pegado. Era monstruoso sentarse, el niño se estaba muriendo. Plantada frente al mostrador, decidió echar raíces., La enfermera señaló molesta:

- Está usted estorbando el paso.

Hilaria se hizo a un lado, demasiado acostumbrada a obedecer. "Se ha solidarizado con la encía morada –pensó Mónica-, ya no está contigo ni le importa la vida del niño, lo que quiere es quedar bien, toda la vida no ha tenido sino patrones."

-Dame al niño, Hilaria- ordenó Mónica. Aún más estorbosa con el envoltorio entre los brazos, la joven no dejaba de mirar hacia la puerta blanca que aventaba hacia delante y hacia atrás. En perpetua resaca, al letrero "Silencio". Se abalanzó sobre el primer doctor de pijama blanca a la vista.

- Doctor, por favor, traigo un niño que se está muriendo.

El doctor, tomado por sorpresa, miró a la catrincita a punto de llorar. "No vamos a permitir que lloren unos ojos tan azules", dijo señalándole la anhelada puerta. Por un momento, las mujeres en la sala de espera parecieron salir de su letargo pero muy pronto volvieron a la postura impasible y desganada que las asentaba en las butacas. Allá ellas. Algún día, Mónica las sacudiría. Las tomaría de los hombros, chúpense ésa, sí, ella, sí, sí, ella la jovencita primeriza, la del baño diario y las tres hileras de perlas ella picaría con sus espuelitas de oro a esa manada de vacas y se aventurarían en tropel contra Nacional; ella, sí, secundada, por supuesto, por ese doctor tan fino (que también debía ser de buena familia) que acababa de franquearle la puerta pisoteando los derechos de las demás, que se lo tenían bien merecido por dejadas, por rumiantes, por echadas cual flan de sémola, aplastadas sobre el asiento.

Dirigiendo a su ejército femenino, Mónica depositó al niño en la mesa indicada. Las superficies eran lisas muy bien cepilladas e Hilaria exclamó:

“¡Qué buena tablita para piar mi cebolla.” La nueva enfermera le preguntó a Hilaria si era la madre y sonrojada se alejó en menos que canta un gallo para evitar toda posible confusión: “Ay qué pena, qué pena que vayan a creer que yo...” Veía con desconfianza, casi con asco a las madres de otros niños que esperaban, la mente en blanco, de pie junto a las mesas. El doctor desnudó al niño en un momento y éste emitió un ruidito de la tráquea.

- ¿Cuándo nació?

Hilaria se hizo la desentendida, así es que Mónica contestó:

-Esta mañana, a lo mejor anoche.

-¿Qué le pasó?

- La madre dice que se le cayó

El médico ordenó a la enfermera:

- Que venga el doctor Vértiz.

Los dos se inclinaron sobre la mesa. Uno de ellos despechugado, enseñaba un negrear de vello crespo. Cambiaron unas cuantas frases y llamaron a Hilaria: “El niño tiene que pasar a la incubadora, le vamos a poner suero, hay que fortalecerlo. Puede usted venirlo a ver todos los días de tres a cuatro.”

- ¿Estará fuera de peligro? –preguntó ansiosa Mónica.

- Sí, señorita.

- Muchas gracias, doctor.

- Esperen un momento a que la encargada tome los datos.

- Pero si ya los dimos afuera.

- Estos son para el registro de la Cuna.

- ¿Son muchos los requisitos?

- Así es –sentenció el doctor.

Mónica no podía dejar de mirar a su alrededor. Sobre otras mesas de auscultación yacían otros niños, la mayoría más grandes que el de Rosa, pero todos con los brazos y las piernas como hilitos, el cuello de pollo desplumado unido a una gruesa cabeza que se balanceaba. Montoncitos de miseria rosa, montoncitos de miseria apiñonada, montoncitos de tristeza. Los médicos tomaban al paciente por las dos piernas para sostenerlo en alto como rata por la cola; algunos gritaban, gatos que van a ahogar en el agua ratas envenenadas, pero la mayoría no daba ni señal de vida. En muchos, el sexo era un higuillo negro, una vejiga, un hongo venenoso. Cerca de varias mesas, Mónica miró a las madres inmutables y secretas. Algunas de ellas estaban gordas, las mejillas fuertes y los cabellos entretejidos de listones solferino, amarillo, verde perico; sus aretes brillantes colgaban de sus orejas, y sus ondas grasientas se sucedían marcadas por un batallón de pasadores.

- Doctor –se aventuró a decir Mónica-, ¿qué tienen estos niños?

- La mayoría están desnutridos.

- Pero si las madres no se ven tan pobres.

- Allí está lo malo, señorita.

Sintió que una ola de rubor, de rabia, le subía desde adentro; el doctor le había lanzado una mirada penetrante, grave, no exenta de acusación. Quería emparentarla a todas estas idiotas con sus aretes de piedrecitas de colores. Mónica abrió su bolsa.

- Pague usted afuera, señorita, en el escritorio de la salida.

- Vamos a verlo en la incubadora- dijo Mónica.
- ¿Pa qué?
- Para ver cómo quedó
- Queda bien – dijo Hilaria, malhumorienta.
- No sabemos.
- Ya es muy tarde, la señora grande...
- La señora grande iría a ver al niño a la incubadora –cortó Mónica, tajante.
- No dan permiso.
- Vamos a investigar.

Hilaria parecía decir: “Los ricos pueden darse esos lujos, cerciorarse, certificar; a nosotros no nos queda más que encomendarnos a la divina providencia, y no nos andamos con tantas exigencias.”

También allí el piso era de linóleo, y relumbraban los aluminios, los canceles de vidrio de fondo de botella y las paredes blancas agresivamente brillantes; materiales que oscilaban entre el plástico deleznable y el mosaico que puede lavarse con manguera. Una enfermera gorda, tiesa de almidón y con albo bozal, les dijo que les señalaría al niño tras un ventanal de doble vidrio que exhibía una gran cantidad de peceras rectangulares, donde los niños más que pescaditos parecían embarcaciones que hacen agua, barquitos de papel a punto de irse a pique. Casi todos tenían una aguja en el brazo prolongada por un tubo de plástico. La enfermera devolvió a Hilaria la cobija de borregos pintados y una sábana:

- Aquí no le va a hacer falta a su chavalito.
- Nadie tomaba en cuenta a Mónica; simplemente no pertenecía a ese mundo.
- ¿Se pondrá bien? –preguntó Mónica.
  - Sí cómo no, se lo vamos a devolver buenito –sonrió jovial la mujer.

Mónica pensó: “Qué buena gorda, todas las gordas son buenas gentes, qué buena es esta gorda por opulenta, por rozagante, me gustaría comer con ella, estoy segura que reiría en salud, ella le va a devolver el ánimo al niño, lo va a robustecer, a regocijar con su sola piel risueña y franca.” Al bajar la escalera, en uno de los rellanos, un grupo de mujeres le hacía rueda a una de un viejo abrigo café deslavado, el pelo lacio en la nuca, las ojeras muy marcadas y dentro de ellas los ojos que miraban consternados pero sin llanto, mientras explicaba con voz opaca, mansa: “Dicen que le tocó el turno a una nueva y que se le olvidó enchufar la incubadora...”

Entonces Mónica, indignada, intervino:

- ¿Por qué no protestó usted? ¿Por qué no fueron a la dirección? ¿Por qué no protestamos todas? ¿Por qué no vamos a los periódicos?

Se le quedaron viendo, y una de ellas, tan gorda o más entrada en carnes que la enfermera, respondió:

- ¡Ay, señorita, cómo se ve que usted no sabe...
- Como era gorda, Mónica le tomó confianza...
- ¿Y qué tiene que ver la protesta con que sepa o no sepa?
  - Es que usted no sabe porque usted no es de aquí...
  - En primer lugar, sí soy y aunque no fuera, ¿eso qué tiene que ver? Yo les estoy proponiendo que hagamos algo, levantemos un acta...

La misma gorda dijo con voz fuerte:

- A los jueves, las actas les sirven de papel de excusado –e hizo un ademán

procaz, volteada hacia la pared, rechazando de plano a Mónica.

Hilaria se había separado de su patrona, esperaba con un pie en la escalera. De nuevo, como en “Urgencias”, aparentaba no escuchar pero la miraba de soslayo. La señorita era joven, no sabía nada de nada, ya encallecería.

- Si nos uniéramos –insistió Mónica-, si no nos dejáramos pisotear, si todos tuviéramos las mismas oportunidades...

Mónica, fuera de sí, habló sin respirar. Hubiera querido llamarlas compañeras o comadres o amigas, abrazarlas, pero las mujeres se cerraban sobre sí mismas; se habían apretujado en un extremo del rellano y la gorda se encargó de cortar a la novicia.

- Mira güerita, ¿eres protestante?
- No, yo no soy, pero...
- Nosotras somos católicas, así es de que pícale, vete a tu casa.

Mónica se hubiera sentado e el último peldaño para llorar hasta vaciar su cabeza, pero más que las católicas era la mirada del doctor de pelo en pecho la que la perseguía. Adivinaba su expresión irónica que de encontrarla, lo haría exclamar: “¡Qué desahogo más personal!” y recordaba la voz grosera. “Pícale, lárgate a tu casa” ¿Era *lárgate* lo que le había dicho la gorda?

Hilaria trotó tras de Mónica, antes de entrar al coche, escupió en la cuneta, un salivazo largo, cargado. Mónica jamás la había visto hacer eso. Era como si le estuviera escupiendo encima. Absolutamente ajena a la impresión causada, Hilaria siguió hablando, de cómo en la media noche oyó que alguien la nombraba quedito pero que no se dio cuenta, sino hasta después, de que era Rosa. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿quién más podría ser? ¿trabajaba otra criada en la casa? Hilaria tenía esa maldita costumbritas: “Hilaria, no limpiaste el baño.” “¿Cuál?”, como si hubiera siete baños. “Cierra la puerta.” “¿Cuál?” ¿Quién? ¿Cuál? ¿Dónde? ¿Cómo? Tras de cada orden para obligarla a repetir. Que a ella, a Hilaria, se le había revuelto el estómago, ya ve la señorita qué delicada era de su estómago, se le había revuelto, chin, y so que no se había desayunado. Rosa abiertota, allí, toda cubierta de sudor como gargajo, toda empuercada, batida en su propia sangre y que la muy rejega no le decía del niño y no le decía y dale a preguntas y nada, no le quería decir. Rejega, reteque rejega y no na más para eso, pa todo, ladina, taimada, mañosa, chiquiona, remolona como ella sola porque, por fin, había murmurado. “Es que el burrote tumbó re juerte, me vino pero macizo.” “Pos váyase al baño”, le ordenó “No, pos si acabo de ir.” “Tonces está enferma, si acaba de ir.” “Pérese, al rato vuelvo a ir, nomás que agarre juerzas!, en fin de cuentas a ella, a Hilaria, se le figuraba que Rosa quería botar al niño por ahí envuelto en los periódicos, había unas que hasta los echaban al excusado y luego jalaban la cadena... Porque si lo quisiera, le hubiera preparado por lo menos dos muditas, no que ésta pecó de noche y al que pasó a fregar fue al hijo...Hilaria seguía dándole, los labios tiesos y duros y repetía con envidia: “Es que ninguno de nosotros le maliciamos nada. Como se fajaba bien y al niño lo traía en la boca

del estómago... pero ahora que me acuerdo, si nos hubiéramos fijado de más cerquita...”

Por fin llegaron a la casa, Hilaria se fue a inspeccionar a Rosa, Mónica subió escalón por escalón, pisando hasta lo hondo de la gruesa alfombra; abrió la puerta de la recámara de su abuelita. Acostada en su cama, recibía todas las noches a sus hijas, a sus nietas, a su yerno. Se acomodaban a su alrededor en pequeños sillones, frente a las cortinas de organdí y decían cosas bonitas, blancas y leves, acerca de los sucesos del día para despedirlos entre los ramos de flores, el olor de los pétalos de rosa que la abuela ponía a secar y la colcha blanquísima tejida por manos calladas y diligentes. Hoy el tema era Rosa y el futuro del niño; ofrecían adoptarlo, mañana bien podría antojárseles engullirlo a la brocha con una manzanita en la boca o preparado en *bitoques à la russe*, a la manera de Hilaria, con crema agria y morillas. Había en ellos algo bárbaro e imprevisible que destanteaba; se enorgullecían de que los consideraran excéntricos y opinaban de los demás: “Son burgueses” o “Qué costumbres más burguesas.” “*Nous ne sommes pas comme tout le monde*”, afirmaban y, en efecto, caminaron siempre al borde del precipicio. “Es nuestra sangre rusa.” Cada semana, la abuelita sentaba a su mesa a fraulein Von Schlauss, que en los últimos años se popeaba en los calzones. “Es como mis perros”, la disculpaba. O a Guillermina Lozano, quien tocaba el arpa maravillosamente y llegaba envuelta en el hedor de los treinta y cinco perros, cuarenta gatos, y cincuenta palomas que albergaba en su casa. Tenía un largo collar de perlas que le caía en la sopa todo cubierto de cagarrutas de paloma. Con fraulein, la abuelita hablaba de Goethe; con Guillermina Lozano, de Wagner. Peor el tema profundo, la melodía central, era de los *sweet doggies*, los *poor little dogs* que las tres recogían de la calle.

- ¿Cómo estás, rebanadita de pan?
- Bien, abuelita.
- Pareces más bien una ranita verde.

Mónica relató lo que había visto y la abuelita comentó:

- Las mujeres deberían tener perros. Son más simpáticos.

Los perros, *Chocolate*, *Lobo*, *Dickie*, *Violeta*, *Kikí* y *Canela*, que se vivían pendientes de las palabras de su ama, movieron la cola aprobando.

- ¿Cómo era yo , mamá, cuando nací? –inquirió Mónica con verdadera ansia. Quería que su madre le asegurara que ella no era como aquellas ratitas rojas que había visto en el hospital.
- No sé, yo estaba ausente... Me fui de cacería.
- Dime la verdad, ¿sufriste?
- Qué gran palabra, Mónica.

Esas cosas nunca se decían, no se acostumbraban sino las cosas tiernas, fáciles, inasibles; así eran ellos, no había por donde agarrarlos y de repente se morían y uno se quedaba en ayunas, muerto de hambre, hurgando en sus papeles para descubrirlos. Sin embargo, entre tanta aparente distracción, tantas palabras a medias, el té de las cinco, el sombrero de paja, la revista boca abajo sobre el pasto, tanto jugar con el viento ny huir de los imbéciles, decían de pronto algo exacto como si un rayo los iluminara. Y por imprevisto, resultaba aún más fulgurante. Como fulgurante era la figura de la abuela cuando salía a la calle y silbaba largamente en la empuñadura de plata de su



bastón (que era un silbato), antes de dar la vuelta para espantar a los ladrones, o blandía su paraguas apuntándolo al cielo como Marcel Proust, al mismo tiempo que decía: “¡Zut! ¡zut! ¡zut! ¡zut!” porque lo único que se permitió jamás fue exclamar: “Zut et encore zut et tríos fois zut, zut, zut!” para desfogar el coraje que a veces la embargaba.

Mónica se lanzó en una atropellada perorata sobre la condición femenina, el conflicto social, la miseria, hasta que su abuelita la interrumpió:

- Te gusta parecer bolchevique, verdad?”
- No, no, es que toda esa gran injusticia...
- Ya, Mónica, no sigas hablando como si fueras un mujik... Si lo hicieras a la Tolstoi, pasaría, pero eres la más formidable fabricante de lugares comunes que he oído en mi vida. Cállate ya, pequeña idiota, pequeña creadora de rutinas.

Todos asistieron, reconciliados. Su madre le recordó:

- ¿Qué vestido te vas a poner para el coctel de los Romero de Terreros?

Creyó estallar en sollozos, allí mismo, frente a todos. ¿Cuál coctel? De nada los había convencido; al igual que las mujeres paradas en el rellano del hospital, la corrían: “Y ahora mocosa, lárgate al coctel.”

- ¿Qué te pasa, Mónica? NO debes ponerte tan nerviosa, ya la vida te enseñará...

La señora grande salió en su defensa: “Se ve cansada: no tiene bien arreglado el peinado, no es una cena formal, al contrario, un buffet con bolillos sobre la mesa; hoy se levantó muy temprano y ha sido grande la emoción: mañana enviaremos unas flores para excusarla.”

Ninguno objetó. El caso en manos de la abuela se consideraba zangado. La familia, aglomerada en torno a ella acataba la menor de sus decisiones. Mónica hubiera querido meterse en su cama, acurrucarse junto a ella como lo hacía cuando se sentía mal, pero ella mismo le ordenó:

- Ahora ve a cenar con tus papás, tienes que comer algo.

Y la besó en la frente.

En la mesa, mientras se hablaba de otra cosa (porque en la mesa se evitaban los temas desagradables), Mónica no pudo tomar su sopa.

- Come, casi hemos terminado.

Su madre la miraba con sus ojos tristes, de mujer que escucha la noche.

- Mamá ¿no podría regresar al hospital?
- ¿A qué, Mónica?
- A curar a los enfermos, sacudir a las mamás, removerlo todo, meter allí un tal torrente de vida que los niños no tengan más remedio que aliviarse...
- O salir volando, convertidos en angelitos...! ¡Pobre cretina, esá histérica! –intervino su hermana menor.
- Mónica, come por favor.

El tono era imperioso. EL líquido, ya frío, pasó con trabajo por la garganta de la joven y después de tres o cuatro cucharadas recobró el ritmo de las cenas pasadas. Qué fácil es comer, pensó, qué fácil cuando, a ocho cuerdas apenas, hay un moridero de niños. El comedor con su Boldini iluminado y sus grabados

de Swebach, sus lámparas de cristal y sus vitrinas, todos esos objetos dulces y familiares, asentía cómplice, pero con cada cucharada de sopa, se filtraba también otro líquido: el de la impotencia.

- Y ¿qué vestido piensas ponerte para la cena del sábado?

“De veras, ¿cuál? Híjole, cómo soy, híjole, qué pobre diabla”. Mónica podía pensar en el vestido del sábado, mentalmente los revisó: el de flores, el blanco, el e Lanvin, el de chiffon italiano, el rojo. El rojo, con ése, en las últimas fiestas la había sacado Javier Carral, que era guapísimo. “Y Tecu Arozarena! ¡Y Pepe del Río, que todo le festejaba!

- El rojo.

- Tienes razón, ése te queda muy bien.

#### **4. LA FUENTE DE LOS FAUNOS. Andrea Blanqué (Uruguay 1959- ). En LA PIEL DURA. (1999).**

Planeta. Booket. Montevideo, 2005 (págs. 63-77)

### 1

Eran tres niños que jugaban en el Cabildo. Rara vez cruzaban a la plaza de la Iglesia, donde allí si los niños de las pensiones corrían por los canteros de pasto ralo y se perseguían gritándose de árbol a árbol.

Gaia, Marcos y Cecilia llegaban de la mano por la peatonal a introducirse en los patios del viejo edificio de piedra. En aquellos días Gaia estaba leyendo a Flaubert. Tenía doce años y hacía exactamente uno que había abandonado a Emilio Salgari para siempre.

Las novelas del italiano suicida la habían acompañado sostenidamente desde los siete años, ocupando el grueso de las horas en que no concurría a la escuela, por mucho tiempo. Había leído varias veces *Los misterios de la jungla negra*, *Los tigres de la Malasia*, *El Capitán Tormenta*, *Cartago en llamas*, *El corsario negro* y muchos otros. Gracias a ellos, se había soñado a sí misma en infinidad de oportunidades sacerdotisa de pagoda, doncella camuflada en pirata, amada de soldado desertor.

Pero ahora las páginas de Salgari se le habían cerrado para siempre, y la biblioteca de su madre comenzaba a regalarle gruesos tomos forrados en algo similar a cuero verde. Mientras su madre trabajaba, Gaia revisaba los estantes con atención, abría y hojeaba con cuidado los larguísimos novelones de páginas amarillentas, e incluso posaba sus ojos ávidos en los destartalados diccionarios de palabras infinitas. Gaia había descubierto, por ejemplo, un vetusto diccionario "latín-español", y a veces pasaba su índice por las largas listas de **vocablos**, porque su madre le había contado en alguna ocasión que su nombre y el de sus hermanos provenían de los antiguos tiempos de Roma, y aquello no dejaba de tener para Gaia un sentido misterioso y profundo.

Más allá de la frontera de los libros, al ser Gaia la mayor de los hermanos, de algún modo debía escoger la manera de suceder el tiempo de los tres cuando el calor arreciaba en la Ciudad Vieja y su madre se hallaba en la inmensa torre del cinco estrellas encerrada en las cocinas.

Tiempo atrás la madre de Gaia había realizado durante años, tortas de cumpleaños por encargo: ello significaba que, en un pasado reciente pero ya borroso, ella había estado en casa, allí, efectivamente, cerca, con el sonido de dos batidoras superpuesto y el increíble desparramo de artefactos que se ensuciaban en la cocina durante tal gestión.

Que la madre trabajase de este modo implicaba para todos pasar períodos de extrema austeridad, pues había momentos en que parecía no festejarse un

cumpleaños en varios barrios a la redonda. En épocas de bonanza, en cambio, daba la impresión de que una década atrás todos los partos se hubiesen producido de golpe, al unísono. En esas fechas, Gaia y sus hermanos aparecían a menudo por la cocina para **rebañar** los restos de los cacharros con chocolate o chantilly. Su madre en aquellos días estaba cerca, y si bien solía ponerse de pésimo humor cuando se hallaba vecino el momento de entregar la torta, sus anchas caderas deambulaban efectivamente por allí, a poca distancia, grandes y blancas, cubiertas por delantales enharinados.

Un día había llegado para la madre una gran oportunidad: cocinar en el fabuloso hotel que se había inaugurado recientemente a dos cuadras de su casa.

Desde entonces, la madre de Gaia partía de mañana, antes del mediodía, y llegaba cuando ya hacía tiempo que se había puesto el sol. Traía consigo habitualmente un paquete con exquisiteces que muchas veces ella misma preparaba y que sobraban del restaurante. Volvía con un cansancio ancestral, de vaca mojada por la lluvia, y se sentaba en un sillón bergère mientras los tres niños se acomodaban encima y alrededor, a mirar televisión. La pequeña Cecilia se dormía en sus brazos y la madre a su vez lo hacía con la cabeza apoyada en la cabeza de la bergère. Gaia y Marcos terminaban por acostarlas a las dos, cada una en su respectiva cama del mismo compartido cuarto.

A veces Gaia intentaba hablar con su madre de aquellos amantes ingratos de *Madame Bovary*, pero a menudo su madre ya había caído dormida.

Aquel cuerpo de caderas anchas que se quedaba dormido en la bergère era sin embargo el concepto más redondo de madre que Gaia podía conjeturar. A veces Gaia recorría con un dedo los estantes con los libros de su madre y reflexionaba acerca de los tiempos en que ésta no trabajaba ni criaba niños ni había tenido un marido ni un divorcio, tiempos en los cuales simplemente aquella mujer se tumbaba a leer a la hora de la siesta mientras el mundo se desvanecía tras las letras, las palabras y el polvo del papel.

## 2

Los tres niños pasaban los veranos sin acudir a playas ni a balnearios: la madre debía hacer horas extras para poder pagar las múltiples facturas que se acumulaban en una caja de madera tallada dentro de un aparador. Solos, en trío, los hermanos recorrían la Ciudad Vieja en los eneros en que los abogados no hacían sus diligencias por allí, ni espectaculares secretarias dejaban al pasar un reguero de viento empapado de perfume.

Pero ni la Plaza Zabala, compacta de magnolios, ni la plaza España de la Rambla, frente al mar, ni la Plaza Independencia, con su enorme llanura para andar en bicicleta, podían compararse a los patios interiores del Cabildo, donde las viejas piedras irradiaban un extraño frescor y las plantas y las estatuas evocaban el claustro de un viejo templo pagano.

Cecilia, que tenía tres años de edad, amaba descalzarse e introducir sus **mullidos pies** en los chorros helados de la fuente de mármol. Marcos, que era un niño de pocas palabras, solía ensimismarse durante horas observando las destartaladas maquetas de fortalezas que en la parte posterior del Cabildo se guardaban sin señal ni cartel.

Gaia, en cambio, permanecía atenta al **devenir humano del Cabildo**. A veces, al atardecer, los patios del viejo edificio se veían cruzados por gentes que se saludaban unas a otras, y entonces una sala se llenaba de hombres y mujeres que escuchaban con gravedad la voz de alguien que leía sonoramente algunas páginas.

Hubo una ocasión –Gaia lo recordaba perfectamente- en que el patio derecho se inundó de visitantes y que durante dos o tres horas, delante de un micrófono, desfilaron poetisas: mujeres viejas, mujeres maduras, mujeres jóvenes, mujeres rubias, mujeres delgadas, mujeres gruesas. Cada una leyó aquella vez textos que Gaia escuchó con atención, en un **estado de embotamiento** similar al que la poseía cuando tenía fiebre.

Pero una de las poetisas habló con acento extraño, de ultramar, con las jotas parecidas a un susurro: su poema hablaba de una mujer pequeña encerrada en un cuarto, que esperaba a un hombre una tarde, y una noche, y una mañana.

Gaia se propuso no olvidar nunca a aquella mujer y su poema. Sentada en la piedra, contra una columna, al lado de las estatuas de los **caciques**, Gaia observó las filas de personas que aplaudían, las correctas piernas cruzadas de las mujeres que habían leído, los rostros que se cuchicheaban entre sí. Deseó entonces tomar a la mujer con acento de español caribeño de la mano y llevársela al otro patio, al de la fuente, a jugar con Cecilia en los chorros de agua, a explicarle que ella sólo tenía doce años pero que ya había leído a Balzac y a Flaubert. Pero la mujer alta y sonriente del poema de la mujer pequeñita no hacía más que firmar libros y sonreír.

En otra ocasión, una noche calurosa, Gaia advirtió que los invitados estaban muy ruidosos y que reían con facilidad. Había dos o tres **mozos** que pasaban con frecuencia. Gaia había tomado uno de los vasos que habían quedado abandonados por allí, en un banco, y se había tragado **de un tirón** su contenido. Luego había hecho lo mismo con tres o cuatro vasos más. Aquella noche Marcos, solo, había acostado a la pequeña Cecilia, a su madre y a la mismísima Gaia, que se había dormido sobre las rodillas de su madre, recostada en la bergère, con la mandíbula hincada en la carne materna de un modo global e irreversible.

### 3

Desde entonces, cada vez que un escritor compartía con sus amigos la presentación de un libro en el Cabildo, Gaia lograba deslizarse entre los

ruidosos adultos que brindaban, mientras Marcos y Cecilia eran convidados por los mozos con Coca-Cola.

Gaia observaba a menudo con sumo interés los lomos de los libros que se apilaban siempre junto a la pared, en una mesa.

Solía detenerse en el número de páginas y reflexionar acerca de lo que ellas significaban: un inmenso tiempo del escritor sobre el papel arrojado a escribir tal cantidad de palabras.

Ser mayor, reflexionaba Gaia, debía tener necesariamente una fuerza insospechada. Debía implicar, por ejemplo, la capacidad de terminar tareas titánicas, inconmensurables. Gaia hacía mentalmente listas de ellas: subir una aguda montaña en una nevada cordillera; construir –siendo un náufrago y sin herramientas- una cabaña y, más tarde, un barco de madera; quedar embarazada, parir un niño y darle de mamar; recibir un título tras años de exámenes; pintar un retrato o, finalmente, escribir un libro. Eran todas piedras del mismo lecho del mismo mar.

Gaia creía que nunca sería capaz de hacer algo grande y maravilloso, porque era impensable conjeturarse a sí misma midiendo treinta centímetros más, usando soutien, **tacos, siempre libres**, o hablando frente a un auditorio de seres atentos y **mordaces**, como todos aquellos adultos del Cabildo: hablando sin titubear ni olvidar una palabra.

Después de haber tomado tres o cuatro vasitos del **líquido colorado** que se repartía por allí, la invadía la **incertidumbre** de pensar a su madre anciana, a la pequeña Cecilia convertida en una sinuosa joven **lúbrica**, a Marcos como obrero en una fábrica.

Cuando el Cabildo cerraba sus puertas, los porteros la saludaban con una sonrisa condescendiente. El mundo no la censuraba, pero tampoco la perdonaba. **La dejaban en el zaguán de nadie.**

#### 4

Cuando Gaia descubrió al japonés, no esperaba nada de él ni hizo el menor gesto de acercarse. Aquella tarde de sábado el calor era insoportable y Cecilia y Marcos se tiraban agua mutuamente entre sí, rodeando la fuente, mientras los faunos dejaban salir sus espléndidos chorros entre las barbas. Los helechos del patio del Cabildo estaban verdes, con un verdor de sombra, casi destilaban savia.

Gaia había advertido desde hacía un rato que un hombre oscuro estaba colocando parsimoniosamente un aparato con tres patas.

En la Plaza Independencia, recordó Gaia, un anciano hacía **fotos**

**instantáneas**, con una **añejísima cámara** también sostenida en un trípode. Ella había observado con detenimiento al viejo fotógrafo en muchas ocasiones: ahora, sin embargo, aquellos artefactos del hombre oscuro tenían el brillo peculiar de las cosas nuevas e inmensamente caras.

El hombre era **oscuro** porque era de otra raza. En realidad, debía ser japonés, de aquellos japoneses que más que amarillos son cobrizos y tienen el cabello **color azabache**. Era joven y ancho de espaldas: Gaia había leído en alguna parte que ahora los japoneses eran mucho más altos que sus abuelos porque comían carne de vaca en lugar de carne de ballena, y aquel debía de haberlo hecho en buenas cantidades, por cierto. Llevaba el pelo **lacio y bruñido** atado detrás, en una coleta. Vestía de negro. El conjunto del muchacho era bellissimo.

Pronto Gaia descubrió que el japonés estaba colocando su cámara de fotografiar sobre el trípode y su tarea concienzuda terminaría en la ejecución de fotos. No tardó tampoco en darse cuenta de que, a menos que Marcos y Cecilia **se escabulleran** hacia el otro patio, saldrían **inexorablemente** en ellas.

En realidad, los niños venían a ser el objetivo de las fotos. Gaia lo pensó unos instantes con débil asombro y fijó sus ojos en las piedras grises del suelo, sin pestañear, consumida por el calor del bochorno.

El japonés se había puesto a maniobrar, delante de ellos, como si fueran los niños mismos la propia fuente, las blancas estatuas, los tupidos helechos. No les había consultado ni sonreído, simplemente se había puesto a hacer. Trabajaba serio y silencioso.

Gaia lo dejó manipular sus aparatos, observadora. Muy pronto **se percató** de que ella misma era objeto de la cámara de ojo inmenso. Sin preguntárselo, el japonés **la había emprendido** con ella, con la niña larguirucha del grupo, de doce años.

Mientras tanto, Cecilia y Marcos chapoteaban en el agua.

Gaia **titubeó** unos instantes, miró hacia el cuadrado del cielo que se elevaba sobre los muros del Cabildo, se observó una y otra vez los pies, se ató el pelo. El japonés, sin dirigirla una sola palabra, entró en **una suerte de trance** y la fotografió casi sin respirar, **fanatizado y poseído**, mientras la luz de la tarde se iba haciendo más roja y más sabia sobre cada uno de los seres y objetos dispuestos en el patio centenario.

Cecilia y Marcos salieron corriendo por detrás de improviso, hacia el otro patio. Gaia quedó sola frente al japonés: mientras éste cambiaba el rollo y plegaba sus instrumentos por primera vez, la miró sin pestañear a los ojos mientras su rostro de lejanísimas tierras esbozaba una sonrisa.

-Merci- pronunció.

Gaia iba a una escuela pública, frente al mar, azotada por los vientos, donde no se había enseñado francés jamás, pero aún así entendió perfectamente las palabras del japonés que quedaron de algún modo rebotando en los altos muros del Cabildo, hasta sus arcadas.

La niña no tardó en **animarse** y acercarse al trípode, al japonés, y a la sofisticada cámara que colgaba de su cuello. Los ojos de Gaia recorrieron despaciosos ese conjunto de inventos que durante siglos **habían devenido en aquello**. Finalmente, sus pupilas terminaron en las alturas del rostro del japonés, que se hallaba sombreado ahora por una extrañísima dulzura.

Cuando Marcos y Cecilia volvieron a buscarla, llamándola a gritos, Gaia llevaba tembladas varias veces desde las ingles hasta la garganta. Los niños la tomaron de la mano y la arrastraron lejos del japonés. Marcos no solía preguntar nada, pero casualmente, en aquella ocasión, dejó deslizar un “¿quién era?”.

Aquella noche, cuando la madre de Gaia se durmió en la bergère mirando televisión con Cecilia en brazos, Gaia tomó de su cartera aquel pequeño bolso que contenía los **artilugios** para pintarse y que su madre tan sólo le prestaba en carnaval.

Luego se dirigió a la cocina y tomó del fondo del armario una botella de licor de kiwi, que en la casa se guardaba para las grandes ocasiones.

Gaia se encerró con ella en el baño- mientras Marcos acostaba a la pequeña Cecilia- y se entretuvo largos minutos en ponerse rimel, delineador, colorete, y en pintarse de oscuro los labios. Así, delante del espejo, cerró los ojos y acercó la boca hacia su propia imagen. En sus párpados apretados se apareció entonces el rostro del japonés, bello y distinto, como en una gigantesca pantalla. Los labios de Gaia rozaron y empañaron la helada superficie del espejo.

Cuando volvió a abrir los ojos, delante de sí, el rostro existente era el de una chica flacucha de ojos grandes y ojeras fuertes, manchado por restos de rouge, que se observaba con asombro.

## 5

Diez años más tarde Gaia se hallaba trabajando en el noveno piso del inmenso hotel. La madre de Gaia había conseguido, tras esfuerzos varios, que su hija mayor trabajase en él como **mucama**, mientras Cecilia y Marcos hacían el liceo.

Gaia limpiaba habitaciones y fregaba duchas y espejos; cambiaba sábanas, llevaba las bandejas de desayunos a medio consumir, recogía ropa interior del suelo.



Con las propinas que recibía se compraba algunos libros amarillentos en el callejón de la Policía Vieja o en la pequeña librería El Aleph. Ya había leído prácticamente toda la novela francesa, rusa e inglesa del siglo pasado, así que ahora prefería consumir libros de poesía, que eran más breves y más fáciles de esconder en su bolsillo de delantal de mucama. A veces, cuando se hallaba tendiendo una cama de sábanas almidonadas y crujientes, Gaia se sentaba a leer un poema en voz baja, pero muchas veces debía interrumpir la lectura porque un sollozo se le trepaba por la garganta.

Desde las ventanas del inmenso hotel se veía, como siempre, la bahía perlada de barcos, el cerro cada día más chato, el horizonte de casuchas, la nuca de la gente. Entonces se secaba los ojos con el dorso de la mano y se proponía trabajar.

Una mañana, a Gaia le tocó limpiar la habitación 932.

La noche anterior casi no había dormido mientras escuchaba a Marcos preparando un examen de Biología, con apuntes llenos de plantas y de oscuros nombres latinos.

Gaia había ocultado el rostro en la almohada para que Marcos no percibiera el discurrir de sus lágrimas, que, cada vez más, se hacían presentes entre sus párpados en aquellos días.

La mañana siguiente a Gaia le dolían los ojos y gran parte del cerebro. Decidió cerrar la puerta de la habitación 932 con llave y echarse en la mullida cama, diez minutos. Esperaba que la quietud y el sosiego logran recuperarla.

Un hombre se había alojado aquella noche allí. Desde el armario abierto era fácil divisar los finos trajes del viajero, las camisas de seda, las corbatas de rayas amarillas.

Gaia no dudó en descalzarse y en meterse bajo las colchas de blanco algodón. Una vez adentro, se dejó estar unos instantes, acurrucándose de costado y aspirando el delicioso perfume que destilaba la hendidura de la almohada.

De costado, así, infinitamente cómoda, descubrió sobre la mesa de luz un libro. La tentación pudo más que la pereza: su mano emergió de las profundidades del lecho para tomarlo. Los clientes del hotel no solían leer y aquello era una buena oportunidad para entretenerse y olvidar el dolor del cerebro y el trabajo.

El libro era bastante voluminoso, pero Gaia sintió cierta decepción al advertir que estaba en un idioma incomprensible. Pronto, sin embargo, se llenó de entusiasmo al notar que el volumen prácticamente no tenía texto, sino que, en gran medida, era un libro de imágenes. Concretamente, era un libro de fotografías.

Gaia lo hojeó con interés: en su mayoría, eran fotos de niños sudamericanos. Había allí niños negros, niños rubios, niños pecosos, niños llenos de mocos, llorones, descalzos, gordos, ricos, felices, prófugos, abandonados, desgraciados. Las fotos eran silenciosas, turbias. Estaban densamente pobladas de soledad y mudez. Para el fotógrafo el mundo había sido un pañuelito arrugado en el bolsillo de un pequeño de diez años.

Pronto el pecho de Gaia comenzó a agitarse en un temblor irresistible. No era para menos. En una serie de cinco fotos –desde la página 41 hasta la 46– aparecían inequívocamente Cecilia, Marcos y ella misma. Alrededor de la fuente del Cabildo cuando eran niños.

El reconocimiento era indudable: debajo de las imágenes, en negrita, las palabras se dejaban leer: “Montevideo, 1998”. Allí estaban los regordetes pies de Cecilia bajo el chorro de agua de la fuente. Allí aparecía el rostro tímido de Marcos escondido detrás de una sonrisa. También estaban registrados los grandes ojos oscuros de la pequeña Gaia, inundados de curiosidad y recelo, observando el trabajo meticuloso del fotógrafo.

Con manos temblorosas, Gaia cerró el libro y miró nuevamente la tapa: aparecía allí delante suyo un nombre impronunciable y una frase misteriosa. Pero sin darse por vencida buscó más y pronto dio con la solapa: en un pequeño cuadrado, como fiel testimonio, aparecía el rostro del autor de todo aquello.

Y el autor era, en efecto, aquel fotógrafo japonés, con quien casi se había rozado en el Cabildo, diez años atrás, que ahora miraba desde la brillante solapa del libro con parsimonia; era el rostro de un viajero, de un mirón, de un degustador de otras culturas, de un sabio antiguo. Tenía sólo una década más que cuando se había hallado tan cerca de Gaia. Pero en el retrato ya no lucía una coleta ni vestía de negro: en el 2008 se había fotografiado a sí mismo con un fino traje y una corbata a rayas amarillas.

Gaia dejó a un lado el libro en el lecho y se acurrucó aún más, bajo el blanco acolchado, tapándose la cabeza con las sábanas. Los párpados hinchados de la noche en vela se apretaron y Gaia quedó sumida en sus propias sombras. El olor intenso del hueco de la almohada lo inundó todo.

## FICHA DE TRABAJO

### Pre-lectura:

*Conocimiento de la ciudad de Montevideo: búsqueda de información en Internet, presentaciones, petición de información en agencias de viaje, etc.*

*Información en clase sobre el Estatuto del Niño y el Adolescente, derecho a la educación, etc.*

Búsqueda de información sobre Sebastião Salgado y sus trabajos fotográficos.

[www.amazonasimages.com](http://www.amazonasimages.com)

[www.terra.com.br/sebastiaosalgado](http://www.terra.com.br/sebastiaosalgado)

<http://www.cuervoblanco.com/GALERIA/salgado.html>

[http://es.wikipedia.org/wiki/Sebasti%C3%A3o\\_Salgado](http://es.wikipedia.org/wiki/Sebasti%C3%A3o_Salgado)

Lectura: Se trabajará el texto por apartados.

Léxico: qué significado tienen en el texto los términos en **negrita**.

Preguntas de comprensión y actividades para la lectura de los distintos apartados

1. Significado de los nombres de los tres protagonistas.  
¿Cuántos años tenía Gaia? ¿Qué afición tenía?  
¿Qué autor estaba leyendo? Buscar información sobre este autor  
¿Qué profesión tiene la madre de Gaia? ¿Dónde trabaja?  
¿En qué trabajaba antes?  
¿Dónde está el padre de Gaia? ¿Qué relación tiene Gaia con su padre?  
¿Y con su madre?  
¿Quién mantiene la familia de Gaia?  
¿Ayuda el padre de Gaia de alguna forma a sus hijos y su exmujer?  
¿Está presente el padre en la vida de Gaia y sus hermanos?  
Hablar y/o escribir sobre la madre de Gaia ¿Cómo es su vida?
2. ¿Qué hacían los tres hermanos en verano?  
¿Dónde les gustaba jugar?  
Describir el Cabildo a partir de la información del texto  
Preparar una breve narración contando lo que sucedió una noche y cómo se sintió Gaia.  
¿A qué mujeres admiraba Gaia?
3. ¿Cómo imaginaba Gaia su vida cuando fuese mayor?  
Preparar una presentación oral y/o escrita sobre este tema: **mi vida dentro de diez/quince/veinte años....** Se puede comenzar con esta frase **CUANDO TENGA..... AÑOS....**
4. ¿Qué día de la semana era?  
¿Qué estaban haciendo Cecilia y Marcos?  
Imaginar quién era el hombre japonés, qué hacía en el Cabildo, qué pensaba hacer con las fotos, etc.  
¿Cómo se sintió Gaia? ¿Qué hizo al volver a su casa?  
Recuerda la primera vez que te sentiste atraído@ hacia otra persona.  
Prepara un texto sobre esa experiencia.
5. ¿Dónde trabaja Gaia? ¿Cómo es su vida? ¿A quién ayuda?  
¿Por qué sintió triste la noche anterior? ¿Qué le gustaría hacer?  
¿Quién es el huésped de la habitación 932?  
¿Por qué ha renunciado Gaia a sus sueños?  
¿Qué podría hacer Gaia?

Actividades de continuidad

*Recrear por grupos la historia de Gaia, incluyendo fotos o dibujos; conversaciones entre Gaia y su madre, Gaia y sus hermanos; sueños de Gaia, un final diferente, creativo, positivo pero realista. Presentación a la clase de los trabajos.*

*Trabajo individual sobre PROYECTOS DE FUTURO Y DECISIONES PARA CONSEGUIRLOS.*

*Trabajo de equipo sobre DERECHOS DE LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA: murales para exhibir en la escuela, jornadas informativas sobre los derechos de la infancia y la adolescencia, paneles sobre trabajo infantil, derecho a la educación, organizaciones e instituciones que trabajan a favor de los derechos de la infancia y la adolescencia, etc. Este trabajo puede organizarse como un proyecto interdisciplinar dentro de la escuela.*

## LA DOBLE VIOLENCIA CONTRA LA MUJER EN SITUACIONES DE GUERRA, GENOCIDIO, EXILIO...

### 1. GITANA. Sylvia Lago (Uruguay 1932) En *9 NARRADORAS URUGUAYAS*. Compilador Jorge Morón.

Ediciones La Gotera. Montevideo, 2006.

No sé bien si lo soñé yo o lo soñó ella. Puedo decir que la vi una sola vez, en un salón de peinados donde, una mañana, las dos nos atendíamos.

La anciana entró rengueando, apoya en un bastón de madera lustrada. Pidió, con acento extranjero, que le cortaran el cabello. No lo llevaba largo, pero sí desperejo, enmarañado. La ubicaron en un sillón contiguo al mío. Yo soportaba sobre la cabeza un secador que zumbaba en mis oídos. Podía ver la imagen de la vieja mujer en el amplio espejo que atravesaba la pared, frente a nosotras; hablaba, gesticulaba, sonreía y sus ojos grises, con reflejos dorados, se iluminaban de pronto, y cruzaba por ellos un fugaz resplandor de juventud.

Cuando me quitaron aquel horrible casco metálico y empezaron a peinarme, la muchacha que le cortaba el pelo a la anciana se dirigió a mí para referirse a su cliente, que buscaba, ahora, mi imagen en el espejo.

- La señora es polaca, sabe, y vivió en Europa durante las dos guerras mundiales.
- Judía polaca –aclaró ella- y volteó un poco la cabeza para observarme de perfil.
- La señora tiene más de noventa años, ¿se da cuenta? –prosiguió la peinadora.

A esa altura la viejecita sonreía ampliamente: amarillos, pequeños y parejos, conservaba aún sus dientes verdaderos.

- El mucho sufrimiento no siempre destruye –dijo, mirándome.
- La verdad es que luce muy bien. Y más ahora –dije- que le están haciendo un corte de pelo tan moderno.
- Cómodo –observó-. No vengo a menudo a la peluquería. Además, yo también soy... -vaciló- bueno, fui peluquera. Durante la guerra les cortaba el pelo a los soldados rusos, y los afeitaba. Trabajaba más de dieciséis horas por día.

Hablaba bien el español, aunque con acento extranjero. Y tenía –era evidente- muchas ganas de conversar. Dejé la revista que hojeaba mientras la

peinadora estiraba mis rulos e iba armando, con esmero, mi *look* de fin de semana,. Me dispuse a mantener una charla trivial con aquella señora de todavía hermosa sonrisa, de tez cubierta por pequeñas arrugas, de ojos que, de vez en cuando, centelleaban.

Pronuncié, en consecuencia, una frase banal que, no obstante, diera pie a la conversación.

- Cuántas experiencias difíciles habrá vivido.

Ella acomodó su pierna tesa en el tirante de hierro que oficiaba de apoyapiés. Muy seria, anunció:

- Voy a contarle sólo una. Ya no sé, ni quiero recordar, cuántos años hace que ocurrió. A veces deseo creer que lo he soñado. Pero no. Fue real. –Volvió a sonreír, ahora con tristeza.- Y agregó: Salvo que toda mi vida haya sido un sueño.

Entonces, contó:

- Fue durante la ocupación de Polonia por los nazis. Yo había vivido en Varsovia, con mi familia, por entonces mis padres habían logrado escapar de allí. Mi marido –era mi primer esposo, después murió en la guerra- estaba peleando. Yo habitaba en un barrio muy pobre, en lo suburbios. El mío era un edificio viejo, que se podía derrumbar en cualquier momento. Alquilaba un cuartucho en el tercer piso, al que se llegaba por una escalera angosta, de maderas chirriantes. Entre aquellas tablas deterioradas corrían las ratas. Muchas ratas. –Suspiró; permanecía casi inmóvil, ahora, mientras la joven peluquera le emparejaba la línea del cabello en la nuca. Luego de una pausa, continuó: - La planta baja estaba deshecha; no tenía puertas, las paredes se descascaraban en aquellos corredores oscuros, malolientes. Allí se habían refugiado unos gitanos.

Un día llegaron los soldados. Con camiones, con tanques. Frente al edificio había una plaza muy antigua. Hermosa, era una plaza hermosa, sí, con algunos árboles, con bancos de piedra. Bajaron rápidamente y se dirigieron, en grupos, hacia las distintas construcciones que rodeaban la plaza. Yo los espiaba desde mi ventanuco, oculta detrás de una cortina gris, de paño gastado, que había confeccionado con una frazada en desuso. Pensé que podrían subir por mí. Que ascenderían hasta mi piso. Y si llegaban hasta allá...Bueno, yo era bastante joven, todavía, y tenía ganas de vivir aunque muchos de mis seres queridos ya habían muerto. Pero no fue así...- La anciana dirigió hacia mí una mano larga, huesuda, de piel arrugada, con manchas. El movimiento de la mano acompañaba la negación de su voz, de su cabeza. Desvió los ojos y su mirada se perdió en el fondo del espejo. –Yo conocía a Tania. Era una gitana que no tenía más de veinte años. Morena, con unos ojos grandes, color avellana, y un lunar al costado de la boca. Estaba encinta, en los últimos días del embarazo. Vi como uno de ellos la sacó,

arrastrándola de sus largas trenzas. –Se crisparon, de pronto, los labios de la vieja judía. Y su voz se hizo opaca, distante.- Hacía pocos días que Tania me había dicho que, en cuanto naciera su hijo, iba a subir a mi pieza para que le cortara las trenzas. Otro soldado la tomó de los pies y la tiró en medio de la calle. Casi enseguida Tania se levantó las polleras –muchas polleras superpuestas, sabe, como usan las gitanas, y empezó a gritar.

Me di cuenta de lo que iba a ocurrir; allí mismo, despatarrada, estaba a punto de dar a luz. Ellos, los que la habían arrastrado desde la casa, la miraban perplejos. La criatura no demoró en nacer. Desde el tercer piso yo no veía demasiado; pronto, para mi desgracia, vería mejor. Tania logró tomar al niño en sus brazos, aunque no podía incorporarse; le limpiaba la sangre con una de sus polleras, le lamía, ansiosa, la cara, la cabecita. Entretanto vi, con extrañeza, lo que ellos hacían; sacaban, los dos, varios billetes de sus bolsillos y los ponían sobre un banco de la plaza. Después se dieron la mano. Algo así como un pacto, parecía. Entonces uno de ellos se acercó a Tania y, sin decir palabra, le arrebató al niño ¿o niña? De los brazos. Ambos sacaron sus revólveres. Ambos eran rubios y muy jóvenes. Uno lanzó al recién nacido al aire con tanta fuerza que casi alcanzó, el pequeño cuerpo, la altura de mi ventana. No sé, tal vez ahora exagero...Tantos años... La mano flaca de la anciana quiere borrar la imagen: sus dedos aprietan, temblorosos, los párpados ajados. Pero abre los ojos de inmediato –Lo que sí sé es que el bebé tenía el pelito negro y espeso, húmedo y brillante como el lomo de un pingüino. Los dos soldados dispararon a la vez. El que dio en el blanco, en pleno vuelo de la criatura, se volvió y tomó el dinero que estaba sobre el banco de piedra. Tenía más puntería y había ganado la apuesta. El otro, con gesto hosco, seguramente porque había perdido- le dio a Tania el tiro de gracia.

### FICHA DE TRABAJO

*Primera lectura: hasta - Voy a contarle sólo una...*

*Se pide primero al alumnado que imaginen una peluquería: aparatos (secadores, lavadores de cabeza, espejos, sillas, mesas, mostrador, toallas, peines, cepillos, rulos, horquillas, tijeras, etc.), productos (shampoo, acondicionador, espuma, tinte, cremas, laca, etc.), personas que están en la peluquería...*

*Lectura dialogada del texto.*

*Descripción de los personajes. La anciana polaca.*

*Dramatización del diálogo.*

*Segunda lectura: Antes de realizar la segunda lectura, se pide al alumnado que, en grupos, busquen información sobre la Segunda Guerra Mundial, la persecución nazi contra personas judías y gitanas, Polonia, Varsovia, los campos de exterminio nazi... Cada equipo busca información sobre un tema y presenta a la clase.*

*Se lee hasta Desvió los ojos y su mirada se perdió en el fondo del espejo. En parejas o grupos dibujan o describen con sus propias palabras la ciudad, la plaza y la escena de la llegada de los soldados.*

*Tercera lectura.- Hasta el final de la historia. Tras la lectura completa se pide al alumnado que la resuma con sus propias palabras y que exprese sus opiniones y sentimientos ante la historia narrada.*

*Actividades de continuación. Elaboración de trabajos (murales, exposiciones orales, periódicos murales, relatos, etc.) sobre: crueldad en la guerra, genocidio nazista, tortura...*



## **2. WALIMAI. Isabel Allende (Lima (Perú) 1942) CUENTOS DE EVA LUNA.**

Espasa. 1999. Págs. 105-112.

El nombre que me dio mi padre es Walimai, que en la lengua de nuestros hermanos del norte quiere decir viento. Puedo contártelo, porque ahora eres como mi propia hija y tienes mi permiso para nombrarme, pero solo cuando estemos en familia. Se debe tener mucho cuidado con los nombres de las personas y de los seres vivos, porque al pronunciarlos se toca su corazón y entramos dentro de su fuerza vital. Así nos saludamos como parientes de sangre. No entiendo la facilidad de los extranjeros para llamarse unos a otros sin asomo de temor, lo cual no sólo es una falta de respeto, también puede ocasionar graves peligros. He notado que esas personas hablan con la mayor liviandad, sin tener en cuenta que hablar es también ser. El gesto y la palabra son el pensamiento del hombre. No se debe hablar en vano, eso lo he enseñado a mis hijos, pero mis consejos no siempre se escuchan. Antiguamente los tabúes y las tradiciones eran respetados. Mis abuelos y los abuelos de mis abuelos recibieron de sus abuelos los conocimientos necesarios. Nada cambiaba para ellos. Un hombre con una buena enseñanza podía recordar cada una de las enseñanzas recibidas, y así sabía cómo actuar en todo momento. Pero luego vinieron los extranjeros hablando contra la sabiduría de los ancianos y empujándonos fuera de nuestra tierra. Nos internamos cada vez más adentro de la selva, pero ellos siempre nos alcanzan, a veces tardan años, pero finalmente llegan de nuevo y entonces nosotros debemos destruir los sembrados, echarnos a la espalda los niños, atar los animales y partir. Así ha sido desde que me acuerdo: dejar todo y echar a correr como ratones y no como grandes guerreros y los dioses que poblaron este territorio en la antigüedad. Algunos jóvenes tienen curiosidad por los blancos y mientras nosotros viajamos hacia lo profundo del bosque para seguir viviendo como nuestros antepasados, otros emprenden el camino contrario. Consideramos a los que se van como si estuvieran muertos, porque muy pocos regresan y quienes lo hacen han cambiado tanto que no podemos reconocerlos como parientes.

Dicen que en los años anteriores a mi venida al mundo no nacieron suficientes hembras en nuestro pueblo y por eso mi padre tuvo que recorrer largos caminos para buscar esposa en otra tribu. Viajó por los bosques, siguiendo las indicaciones de otros que recorrieron esa ruta con anterioridad por la misma razón, y que volvieron con mujeres forasteras. Después de mucho tiempo, cuando mi padre ya comenzaba a perder la esperanza de encontrar compañera, vio a una muchacha al pie de una alta cascada, un río que caía del cielo. Sin acercarse demasiado, para no espantarla, le habló en el tono que usan los cazadores para tranquilizar a su presa, y le explicó su necesidad de casarse. Ella le hizo señas para que se aproximara, lo observó sin disimulo y debió de haberle complacido el aspecto del viajero, porque decidió que la idea del matrimonio no era del todo descabellada. Mi padre tuvo que trabajar para

su suegro hasta pagarle el valor de la mujer. Después de cumplir con los ritos de la boda, los dos hicieron el viaje de regreso a nuestra aldea.

Yo crecí con mis hermanos bajo los árboles, sin ver nunca el sol. A veces caía un árbol herido y quedaba un hueco en la cúpula profunda del bosque, entonces veíamos el ojo azul del cielo. Mis padres me contaron cuentos, me cantaron canciones y me enseñaron lo que deben saber los hombres para sobrevivir sin ayuda, sólo con su arco y sus flechas. De este modo fui libre. Nosotros, los Hijos de la Luna, no podemos vivir sin libertad. Cuando nos encierran entre paredes o barrotes nos volcamos hacia adentro, nos ponemos ciegos y sordos y en pocos días el espíritu se nos despegaba de los huesos del pecho y nos abandona. A veces nos volvemos como animales miserables, pero casi siempre preferimos morir. Por eso nuestras casas no tienen muros, sólo un techo inclinado para detener el viento y desviar la lluvia, bajo el cual colgamos nuestras hamacas muy juntas, porque nos gusta escuchar los sueños de las mujeres y los niños y sentir el aliento de los monos, los perros y las lapas, que duermen bajo el mismo alero. Los primeros tiempos viví en la selva sin saber que existía mundo más allá de los acantilados y los ríos. En algunas ocasiones vinieron amigos visitantes de otras tribus y nos contaron rumores de Boa Vista y de El Pantanal, de los extranjeros y sus costumbres, pero creíamos que eran sólo cuentos para hacer reír. Me hice hombre y llegó mi turno de conseguir una esposa, pero decidí esperar porque prefería andar con los solteros, éramos alegres y nos divertíamos. Sin embargo, yo no podía dedicarme al juego y al descanso como otros, porque mi familia es numerosa: hermanos, primos, sobrinos, varias bocas que alimentar, mucho trabajo para un cazador.

Un día llegó un grupo de hombres pálidos a nuestra aldea. Cazaban con pólvora, desde lejos, sin destreza ni valor, eran incapaces de trepar a un árbol o de clavar un pez con una lanza en el agua, apenas podían moverse en la selva, siempre enredados en sus mochilas, sus armas y hasta en sus propios pies. No se vestían de aire, como nosotros, sino que tenían unas ropas empapadas y hediondas, eran sucios y no conocían las reglas de la decencia, pero estaban empeñados en hablarnos de sus conocimientos y de sus dioses. Los comparamos con lo que nos habían contado sobre los blancos y comprobamos la verdad de esos chismes. Pronto nos enteramos que éstos no eran misioneros, soldados ni recolectores de caucho, estaban locos, querían la tierra y llevarse la madera, también buscaban piedras. Les explicamos que la selva no se puede cargar a la espalda y transportar como un pájaro muerto, pero no quisieron escuchar razones. Se instalaron cerca de nuestra aldea. Cada uno de ellos era como un viento de catástrofe, destruía a su paso todo lo que tocaba, dejaba un rastro de desperdicio, molestaba a los animales y a las personas. Al principio cumplimos con las reglas de la cortesía y les dimos el gusto, porque eran nuestros huéspedes, pero ellos no estaban satisfechos con nada, siempre querían más, hasta que, cansados de esos juegos, iniciamos la guerra con todas las ceremonias habituales. No son buenos guerreros, se asustan con facilidad y tienen los huesos blandos. No resistieron los garrotazos que les dimos en la cabeza. Después de eso abandonamos la aldea y nos

fuimos hacia el este, donde el bosque es impenetrable, viajando grandes trechos por las copas de los árboles para que no nos alcanzaran sus compañeros. Nos había llegado la noticia de que son vengativos y que por cada uno de ellos que muere, aunque sea en una batalla limpia, son capaces de eliminar a toda una tribu incluyendo a los niños. Descubrimos un lugar donde establecer otra aldea. No era tan bueno, las mujeres debían caminar horas para buscar agua limpia, pero allí nos quedamos porque creímos que nadie nos buscaría tan lejos. Al cabo de un año, en una ocasión en que tuve que alejarme mucho siguiendo la pista de un puma, me acerqué demasiado a un campamento de soldados. Yo estaba fatigado y no había comido en varios días, por eso mi entendimiento estaba aturdido. En vez de dar media vuelta cuando percibí la presencia de los soldados extranjeros, me eché a descansar. Me cogieron los soldados. Sin embargo no mencionaron los garrotazos propinados a los otros, en realidad no me preguntaron nada, tal vez no conocían a esas personas o no sabían que yo soy Walimai. Me llevaron a trabajar con los caucheros, donde había muchos hombres de otras tribus, a quienes habían vestido con pantalones y obligaban a trabajar, sin considerar para nada sus deseos. El caucho requiere mucha dedicación y no había suficiente gente por esos lados, por eso debían traernos a la fuerza. Ése fue un período sin libertad y no quiero hablar de ello. Me quedé sólo para ver si aprendía algo, pero desde el principio supe que iba a regresar donde los míos. Nadie puede retener por mucho tiempo a un guerrero contra su voluntad.

Se trabajaba de sol a sol, algunos sangrando a los árboles para quitarles gota a gota la vida, otros cocinando el líquido recogido para espesarlo y convertirlo en grandes bolas. El aire libre estaba enfermo con el olor de la goma quemada y el aire en los dormitorios comunes lo estaba con el sudor de los hombres. En ese lugar nunca pude respirar a fondo. Nos daban de comer maíz, plátanos y el extraño contenido de unas latas, que jamás probé porque nada bueno para los humanos puede crecer en unos tarros. En un extremo del campamento habían instalado una choza grande donde mantenían a las mujeres. Después de dos semanas trabajando con el caucho, el capataz me entregó un trozo de papel y me mandó donde ellas. También me dio una taza de licor, que yo volqué en el suelo, porque he visto cómo esa agua destruye la prudencia. Hice la fila, con todos los demás. Yo era el último, y cuando me tocó entrar en la choza, el sol ya se había puesto y comenzaba la noche, con su estrépito de sapos y loros.

Ella era de la tribu de los Ila, los de corazón dulce, de donde vienen las muchachas más delicadas. Algunos hombres viajan durante meses para acercarse a los Ila, les llevan regalos y cazan para ellos, en la esperanza de conseguir una de sus mujeres. Yo la reconocí a pesar de su aspecto de lagarto, porque mi madre también era una Ila. Estaba desnuda sobre un petate, atada por el tobillo con una cadena fija en el suelo, aletargada, como si hubiera aspirado por la nariz el “yopo” de la acacia, tenía el olor de los perros enfermos y estaba mojada por el rocío de todos los hombres que estuvieron sobre ella antes que yo. Era del tamaño de un niño de pocos años, sus huesos sonaban como piedrecitas en el río. Las mujeres Ila se quitan todos los vellos del

cuerpo, hasta las pestañas, se adornan alas orejas con plumas y flores, se atraviesan palos pulidos en las mejillas y la nariz, se pintan dibujos en todo el cuerpo con los colores rojo del onoto, morado de la palmera y negro del carbón. Pero ella ya no tenía nada de eso. Dejé mi machete en el suelo y la saludé como hermana, imitando algunos cantos de pájaros y el ruido de los ríos. Ella no respondió. La golpeé con fuerza el pecho, para ver si su espíritu resonaba entre las costillas, pero no hubo eco, su alma estaba muy débil y no podía contestarme. En cucullas a su lado le di de beber un poco de agua y le hablé en la lengua de mi madre. Ella abrió los ojos y me miró largamente. Comprendí.

Antes que nada me lavé sin malgastar el agua limpia. Me eché un buen sorbo a la boca y lo lancé en chorros finos contra mis manos, que froté bien y luego empapé para limpiarme la cara. Hice lo mismo con ella, para quitarle el rocío de los hombres. Me saqué los pantalones que me había dado el capataz. De la cuerda que rodeaba la cintura colgaban mis palos para hacer fuego, algunas puntas de flechas, mi rollo de tabaco, mi cuchillo de madera con un diente de rata en la punta y una bolsa de cuero bien firme, donde tenía un poco de curare. Puse un poco de esa pasta en la punta de mi cuchillo, me incliné sobre la mujer y con el instrumento envenenado le abrí un corte en el cuello. La vida es un regalo de los dioses. El cazador mata para alimentar a su familia, él procura no probar la carne de su presa y prefiere la que otro cazador le ofrece. A veces, por desgracia, un hombre mata a otro en la guerra, pero jamás puede hacer daño a una mujer o a un niño. Ella me miró con grandes ojos, amarillos como la miel, y me parece que intentó sonreír agradecida. Por ella yo había violado el primer tabú de los Hijos de la Luna y tendría que pagar mi vergüenza con muchos trabajos de expiación. Acerqué mi oreja a su boca y ella murmuró su nombre. Lo repetí dos veces en mi mente para estar bien seguro pero sin pronunciarlo en alta voz, porque no se debe mentar a los muertos para no perturbar su paz, y ella ya lo estaba aunque todavía palpitara su corazón. Pronto vi que se le paralizaban los músculos del vientre, del pecho y de los miembros, perdió el aliento, cambió de color, se le escapó un suspiro y su cuerpo se murió sin luchar, como mueren las criaturas pequeñas.

De inmediato sentí que el espíritu se le salía por las narices y se introducía en mí, aferrándose a mi esternón. Todo el peso de ella cayó sobre mí y tuve que hacer un esfuerzo para ponerme de pie, me movía con torpeza, como si estuviera bajo el agua. Doblé su cuerpo en la posición del descanso último, con las rodillas tocando el mentón, la até con las cuerdas del petate, hice una pila con los restos de la paja y usé mis palos para hacer fuego. Cuando vi que la hoguera ardía segura, salí lentamente de la choza, trepé el cerco del campamento con mucha dificultad, porque ella me arrastraba hacia abajo, y me dirigí al bosque. Había alcanzado los primeros árboles cuando escuché las campanas de alarma.

Toda la primera jornada caminé sin detenerme ni un instante. Al segundo día fabriqué un arco y unas flechas y con ellos pude cazar para ella y también para mí. El guerrero que carga el peso de otra vida humana debe

ayunar por diez días, así se debilita el espíritu del difunto, que finalmente se desprende y se va al territorio de las almas. Si no lo hace, el espíritu engorda con los alimentos y crece dentro del hombre hasta sofocarlo. He visto algunos de hígado bravo morir así. Pero antes de cumplir con esos requisitos yo debía conducir el espíritu de la mujer Ila hacia la vegetación más oscura, donde nunca fuera hallado. Comí muy poco, apenas lo suficiente para no matarla por segunda vez. Cada bocado en mi boca sabía a carne podrida y cada sorbo de agua era amargo, pero me obligué a tragar para nutrirnos a los dos. Durante una vuelta completa de la luna me interné selva adentro llevando el alma de la mujer, que cada día pesaba más. Hablamos mucho. La lengua de los Ila es libre y resuena bajo los árboles con un largo eco. Nosotros nos comunicamos cantando, con todo el cuerpo, con los ojos, con la cintura, los pies. Le repetí las leyendas que aprendí de mi madre y de mi padre, le conté mi pasado y ella me contó la primera parte del suyo, cuando era una muchacha alegre que jugaba con sus hermanos a revolcarse en el barro y balancearse de las ramas más altas. Por cortesía, no mencionó su último tiempo de desdichas y humillaciones. Cacé un pájaro blanco, le arranqué las mejores plumas y le hice adornos para las orejas. Por las noches mantenía encendida una pequeña hoguera, para que ella no tuviera frío y para que los jaguares y las serpientes no molestaran su sueño. En el río la bañé con cuidado, frotándola con ceniza y flores machacadas, para quitarle los malos recuerdos.

Por fin un día llegamos al sitio preciso y ya no teníamos más pretextos para seguir andando. Allí la selva era tan densa que en algunas partes tuve que abrir paso rompiendo la vegetación con mi machete y hasta con los dientes, y debíamos hablar en voz baja, para no alterar el silencio del tiempo. Escogí un lugar cerca de un hilo de agua, levanté un techo de hojas e hice una hamaca para ella con tres trozos largos de corteza. Con mi chuchillo me afeité la cabeza y comencé mi ayuno.

Durante el tiempo que caminamos juntos la mujer y yo nos amamos tanto que ya no deseábamos separarnos, pero el hombre no es dueño de la vida, ni siquiera de la propia, de modo que tuve que cumplir con mi obligación. Por muchos días no puse nada en mi boca, sólo unos sorbos de agua. A medida que las fuerzas se debilitaban ella se iba desprendiendo de mi abrazo, y su espíritu, cada vez más etéreo, ya no me pesaba como antes. A los cinco días ella dio sus primeros pasos por los alrededores, mientras yo dormitaba, pero no estaba lista para seguir su viaje sola y volvió a mi lado. Repitió esas excursiones en varias oportunidades, alejándose cada vez un poco más. El dolor de su partida era para mí tan terrible como una quemadura y tuve que recurrir a todo el valor aprendido de mi padre para no llamarla por su nombre en voz alta atrayéndola así de vuelta conmigo para siempre. A los doce días soñé que ella volaba como un tucán por encima de las copas de los árboles y desperté con el cuerpo muy liviano y con deseos de llorar. Ella se había ido definitivamente. Cogí mis armas y caminé muchas horas hasta llegar a un brazo del río. Me sumergí en el agua hasta la cintura, ensarté un pequeño pez con un palo afilado y me lo tragué entero, con escamas y cola. De inmediato lo vomité con un poco de sangre, como debe ser. Ya no me sentí triste. Aprendí

entonces que algunas veces la muerte es más poderosa que el amor. Luego me fui a cazar para no regresar a mi aldea con las manos vacías.

### FICHA DE TRABAJO

*Este texto nos permite trabajar la múltiple explotación de la mujer, añadiéndose a los aspectos de género (explotación sexual de la mujer, doble moral sexual, etc.) los de etnia, clase social, etc. Asimismo el texto nos permite valorar los aspectos positivos de las distintas creencias de diferentes pueblos y el genocidio al que son sometidos los pueblos indígenas de América Latina.*

### 3. MUJER EN GUERRA. MÁS MASTERS DA LA VIDA. (1999). Maruja Torres.(España 1943)

Punto de lectura, 2000 (fragmento, pp. 21-23)

Al pasar junto al guardarropa, también vacío, me pareció oír un gemido. Me detuve. Más que un gemido, era una especie de arrullo. Me incliné sobre el tablero y mi linterna alumbró la presencia de tres pares de ojos aterrorizados. Era la encargada del guardarropa. Estaba tendida en el suelo, con dos criaturas fuertemente abrazadas a su cuerpo. Les canturreaba algo, en árabe; posiblemente, una nana, aunque también podía ser una oración, o ambas cosas. Vacilé. Después de varios días de bombardeos, había aprendido también que, en los momentos en que creemos tener la muerte cerca, decidimos cuáles son nuestras certezas prioritarias. La mía era, es, que no quiero morir sola. Abandoné la idea de refugiarme en el servicio y le pedí permiso a la mujer para quedarme con ella. En medio del estruendo de la batalla y sin interrumpir su propia salmodia, asintió con la cabeza. Las baldosas estaban frías, pero la calidez de aquella familia me traspasó cuando me abracé a ellos y apoyé la cabeza en un bendito amasijo de fraternidad anónima. Sin girarse, la mujer alargó el brazo y tiró de una prenda que colgaba del perchero de atrás, extendiéndola sobre mí. Apagué la linterna y, por primera vez en mucho tiempo, volví a ser la niña que escuchaba, sobrecogida, los relatos de los mayores sobre la guerra civil. Y entendí, lo entendí con los huesos y la sangre, qué se siente cuando las grandes palabras, las declaraciones pomposas y las decisiones erróneas de quienes nos manejan conducen a la aniquilación de cuanto hemos construido y amado. Por unas horas supe qué había sentido mi madre cuando, en pleno bombardeo de Barcelona por los franquistas, tuvo que saltar de un tranvía lleno de muertos y echar a correr por la Ronda, con una esquirla de metralla en la espalda y “los pelos de punta, nena, los pelos de punta”.

No era una niña. Tenía cuarenta y cinco años y más de la mitad los había vivido como periodista. En los últimos años había visto mucho, de la Sudáfrica del *apartheid* a los campos de concentración para palestinos que los israelíes mantenían en los territorios ocupados. Conocía el Chile de Pinochet y la República Dominicana de Balaguer. Había estado en la India de las fanáticas confrontaciones religiosas y en el Palermo de la mafia. Además, aquella era mi séptima visita al Líbano, en menos de dos años. Quiero decir que estaba *curtida*.

Y, pese a todo, aquella noche, abrazada a una mujer que no por desconocida dejaba de representar para mí a *todas las mujeres*, una especie de Piedad a la que nos aferrábamos con la misma fe sus hijos y yo, volvía a ser la cría del barrio chino a quien asustaba una disposición del mundo que no podía asimilar. Volvía a ser la niña que hubiera crecido sin dejar de correr: para salir del barrio, de las imposiciones familiares, del destino resignado que se me ofrecía, del matrimonio, de la conformidad. Y era también aquella que se había convertido en mujer sin dejar de querer comprender, al tiempo que huía.

Las bombas que es anoche nos ensordecieron hablaban del fracaso de la gente como yo, y por eso me abrazaba a la gran derrotada, la mujer que da vida pero es incapaz de detener el exterminio del fruto de su vientre; y que es también la gran triunfadora, porque ninguna guerra podrá evitar que ella siga pariendo y criando, cumpliendo con el ciego mandato biológico de la supervivencia de la especie. En los momentos duros se reduce uno a lo esencial, y yo en Beirut retornaba al vientre de mi madre.

Una cosa sabía. Que, así como el periodismo había dado sentido a mi huida y a mi búsqueda, lo que yo era, mi lugar de procedencia y mi lucha para salir de él, dotaron a mi periodismo de lo primero que debo poseer todo escritor, sea para perdurar en libros o para ser consumido en diarios: un punto de vista. Que es, al mismo tiempo, una actitud moral y una forma narrativa.

Abrazada a la señora del guardarropa del hotel Alexandre, en el barrio de Aschrafie, en el este cristiano de Beirut, la niña del barrio chino latía en mí, como siempre, para decirme que este jodido mundo es una mierda pero que, a lo mejor, sirve de algo poder contarlo desde el lugar de las víctimas.

#### FICHA DE TRABAJO

*En ambos relatos podemos comenzar pidiendo al alumnado que busquen información sobre la violación de derechos de las mujeres en situaciones como genocidios, guerras, etc. Pueden utilizarse películas, búsqueda en páginas de ONGs: Amnistía Internacional, Médicos Mundi, etc. prensa, reportajes de televisión...*

*En ambos textos encontramos, junto a la violencia del genocidio y la explotación sexual, en un caso, y la amenaza que representa la guerra, en el otro, dos personajes (el indígena Walimai y la periodista Maruja Torres), que toman una actitud de identificación y de acción positiva. Walimai mata a la mujer prostituida para devolverle la dignidad, Maruja Torres reafirma su compromiso de denunciar la guerra y la injusticia.*

*La lectura de estos textos puede permitir trabajar diferentes formas de respuesta la violencia: participación en campañas, recogidas de firmas, conocimiento de situaciones de explotación que se dan en el ámbito del alumnado, sentido cívico de denuncia de las injusticias, etc.*



## CUERPO DE MUJER

### 1. Y DIOS ME HIZO MUJER. Gioconda Belli (Nicaragua 1948- )

Y Dios me hizo mujer,  
de pelo largo,  
ojos,  
nariz y boca de mujer.  
Con curvas  
y pliegues  
y suaves hondonadas  
y me cavó por dentro,  
me hizo un taller de seres humanos.  
Tejió delicadamente mis nervios  
y balanceó con cuidado  
el número de mis hormonas.  
Compuso mi sangre  
y me inyectó con ella

para que irrigara  
todo mi cuerpo;  
nacieron así las ideas,  
los sueños,  
el instinto.  
Todo lo que creó suavemente  
a martillazos de soplidos  
y taladrazos de amor,  
las mil y una cosas que me hacen  
mujer todos los días  
por las que me levanto orgullosa  
todas las mañanas  
y bendigo mi sexo.

#### FICHA DE TRABAJO.

*Trabajo previo con vocabulario del cuerpo humano. Dinámica socio-afectiva: EL juego del espejo mágico. Redacciones (prosa, poema, canción...) sobre el propio cuerpo. Elaboración de textos similares en grupos siendo protagonistas personas de diferente sexo, edad, etnia, etc., etc.*

**EL ESPEJO MÁGICO** (Guía para audición) (Todos los materiales deberán adaptarse al nivel y situación del grupo-clase. Si el grupo está acostumbrado a actividades de relajación, imaginación, visualización, se les pide que cierren los ojos durante la actividad. También se puede activar la concentración con un fondo musical suave o la visualización previa de imágenes relacionadas con la audición)

*Esta tarde sentí el deseo de conocer un poco más este viejo caserón del Albaicín. Subí a la última planta, donde nunca había subido hasta ahora. Al fondo del pasillo había una puerta pintada de blanco. La abrí. Entré en una habitación grande, suavemente bañada por la luz dorada del atardecer. La habitación estaba vacía, bueno, casi vacía. A la derecha, dos balcones dejaban entrar un viento suave que llegaba de la Sierra. Junto a la pared de la izquierda había una cómoda antigua. Y sobre la pared del fondo, un enorme espejo dentro de un marco dorado. Caminé hacia el espejo, que me atraía como un imán. Al llegar delante del espejo, cerré los ojos un momento. Y al abrirlos de nuevo, vi mi cuerpo reflejado en el espejo. Pero, ¿sabéis qué? Era un espejo mágico, que reflejaba todo mi cuerpo con belleza. Un espejo que hacía ver lo bello, lo bueno, lo mejor de mí misma. Y, bañada en esa luz dorada del*

*atardecer granadino, contemplé mi cuerpo, mi rostro, mi cabello, en el ESPEJO MÁGICO.*

(Cerramos los ojos e imaginamos nuestro cuerpo, viéndolo de una forma positiva, aceptándolo positivamente, pensando como podemos describir nuestro cuerpo, nuestro rostro, nuestro cabello, nuestras manos, para darnos a conocer a las demás personas, resaltando lo mejor de cada uno de nosotros. Al cabo de unos minutos, abrimos los ojos y escribimos en silencio un corto borrador, recordando nuestra visión en el Espejo Mágico y lo que queremos ahora contar de nuestro cuerpo, nuestro rostro, nuestra sonrisa... a las demás personas.)

**EL ESPEJO ESCONDIDO** (guía para la audición) (Es preciso tener en cuenta las mismas indicaciones que se ofrecen en la tarea anterior)

*Al tocar el marco del Espejo Mágico, descubrí que era realmente una puerta. El Espejo se abrió y entré en otra habitación. Esta era más bonita que la anterior. Las paredes estaban cubiertas con una seda de color (imaginad el color). Caminaba sobre una alfombra muy suave, que cubría todo el suelo de la habitación. A la derecha, una gran ventana, con cortinas blancas muy limpias y bonitas, se abría sobre un patio lleno de árboles y flores. Sólo se escuchaba el canto de los pájaros. Sobre la pared del fondo había un mueble antiguo y encima de este mueble un bellissimo espejo con un marco de madera tallada. Me acerqué a este Espejo y al mirarme en él descubrí su secreto. Este Espejo no reflejaba sólo mi rostro y mi cuerpo, sino mi interior, mi personalidad, mis sentimientos, mis emociones, mis ilusiones, mis sueños... Y permanecí allí, en paz, contemplándome en ese Espejo Escondido en aquella casa del Albaicín.*

(De nuevo, permanecemos unos minutos con los ojos cerrados, pensando en qué aspectos de nuestra personalidad, nuestros sentimientos, nuestras ilusiones, deseáramos ver reflejados en el Espejo. Al abrir los ojos, nos ayudamos de la hoja de adjetivos y expresiones, para escribir algunas frases que definan aspectos de nuestra personalidad, resaltando lo positivo).

**2. INMENSAMENTE EUNICE.- Andrea Blanqué. Uruguay. ESAS MALDITAS MUJERES. CUENTOS DE ESCRITORAS LATINOAMERICANAS CONTEMPORÁNEAS. Selección, prólogo y notas de Angélica Gorodischer.**

Edit, Ameghino. Argentina, 1998.

La lectura del texto de Andrea Blanqué permite plantear con el alumnado los siguientes proyectos de trabajo:

- 1) conocimiento de la ciudad de Montevideo (Uruguay);
- 2) literatura uruguaya;
- 3) la aceptación del propio cuerpo, los trastornos de alimentación...

**1**

Eunice tenía veintisiete años y pesaba ciento catorce kilos. Apenas un siglo atrás un pintor la hubiese contratado como modelo y podría haberse ganado la vida de ese modo. Ella en cambio había estado buscando trabajo durante largos e inútiles meses, en los cuales sin duda había abierto la vieja heladera con más frecuencia.

Es habitual creer que un gordo ve un promedio de once horas de televisión por la tarde. A las gordas se les atribuye también la lectura copiosa de revistas del corazón, pero Eunice jamás las hojeaba siquiera. Rara vez probaba las famosas papas chips, y menos aún con los ojos fijos en una brillante pantalla.

En los tiempos en los que buscó trabajo ningún comercio de comestibles quiso contratarla por temo a que comiese clandestinamente todo aquello que estuviera en unos metros a la redonda. Finalmente Eunice había conseguido un puesto en una tienda de plantas. Sin duda nadie podía imaginarla probando los helechos o los geranios, ni saboreando las rosas amarillas. En cambio ella conocía sobradamente los nombres de las flores y del redondo rostro de Eunice se respiraba un aura de candor. EL dueño de la tienda conjeturó que su enorme presencia en el lugar podía resultar adecuada.

Pasaba entonces Eunice allí horas, sentada en un taburete de madera. En el grabador sonaba una y otra vez el mismo cassette de música new age. A veces Eunice extendía su hinchada mano y acariciaba las hojas de una cretona, suavemente, sintiendo las rugosidades de su superficie en la punta de los dedos. El tiempo se deslizaba, inmenso.

**2**

La casa de Eunice era un viejo apartamento interior de la calle San José. Los fines de semana Eunice se echaba en la cama con todas sus carnes distribuidas al costado, a la derecha y a la izquierda, y en compacta relación con el colchón se dejaba llevar por los sonidos que provenían del gris pozo de aire. Eran sonidos como surgidos de una gran boca de dios cartaginés: llantos de niños, mujeres acuciadas por la hora del almuerzo, disparos de serial norteamericana, radios mal sintonizadas, hombres protestando.

Pese a sus ciento catorce kilos Eunice nunca cocinaba. Cada sábado, luego de cerrar la tienda, se dirigía a una populosa feria que hormigueaba en el costado del barrio. Allí se detenía, provista de grandes bolsas, básicamente frente a dos puestos clásicos. Uno era el camión de chacinados, que se elevaba con su conglomerado de productos sobre las cabezas de los que esperaban. Colgaban delante de los ojos expectantes de la gente racimos sonrosados de chorizos, rondas infinitas de morcillas con el color de un africano, salamines de piel añeja, butifarras de grasa translúcida, el costillar de algún animal perdido para siempre, y, a veces, el rostro adormecido de un lechón de orejas tristísimos.

Eunice aguardaba su turno y recorría con la mirada la gran acumulación de carne porcina cuyo destino era convertirse en carne humana. Compraba luego un buen surtido de mortadela, bondiola, cabeza de cerdo, paleta y longaniza, y habitualmente –cuando lo había- un espléndido y aromático paté.

Luego, con una de las bolsas ya completa, Eunice se dirigía al puesto de quesos y allí, mientras los números transcurrían, quedaba ensimismada en los agujeros del laberíntico gruyère, en el aspecto lúdico del putrefacto roquefort, en las tonalidades que iban del amarillo al naranja de la sucesión de quesos colonia, que evocaban con sus nombres un campo verde con la familia de un granjero levantándose al alba. Eunice pedía un kilo de manteca, un kilo de dulce de leche, un kilo de mermelada de ciruelas. Observaba cómo los contenedores de los grandes tarros se iban vaciando de sus sustancia pegajosa, cómo los dulces restos pugnaban por adherirse a todo.

Después de la visita de estos puestos a Eunice sólo le restaba la rutina de la panadería. Allí compraba varias piezas de pan casero humeante aún, con forma de cuerno mitológico, y unas cuantas bolsas de leche.

Formidablemente cargada, Eunice retornaba a su casa despaciosamente. Delante de ella se alzaban las altas figuras del sábado a la tarde y del domingo.

En su mesa de luz, junto a la maciza cama, siempre se hallaba reposando alguna biografía, de un mártir o de un héroe, de un músico o un viajante, a medio leer.

### 3

Había dos clases de clientes en la tienda: los que amaban las plantas y los que amaban a otro. Entre estos últimos la gama era grande y nunca perdían tiempo: novios, amantes, amigas íntimas, hijos de madres solas. Los que venían en busca de su propia planta, en cambio, eran morosos. Observaban con sagacidad científica el verdor de las hojas, la humedad de la tierra, el olor.

Entre ellos se destacaba un ciego. Llevaba un par de lentes oscuros que jamás se quitaba. Por lo que Eunice presentía que había algo tremendo e improfanable detrás de esos cristales. Era un gran conocedor del reino vegetal, y antes de llevar una planta sopesaba cuidadosamente las cuestiones de la luz,

el regado, la maceta, la poda. No hablaba demasiado pero Eunice lo veía hacer, recorrer sin preguntar la tienda identificando los dedos cada hoja, o con la palma de la mano extendida la altura del arbusto.

Eunice se debatía interiormente entre su deseo de preguntarle al ciego si lograba suponer además el color de las plantas –imaginarlo o recordarlo de otros tiempos, antes de que la noche lo hubiera inundado todo- y su silencio respetuoso de gorda que prefería respirar despacio a hablar solícita con los clientes.

El ciego siempre olía las flores que se hallaban en exposición y aventuraba su nombre. Jamás fallaba.

Eunice sonreía ante los aciertos del ciego sin dejar jamás escapar una risa, por temor a que éste percibiera el jadeo característico de la gordura. Cada vez que atisbaba al ciego, a través del cristal de la vidriera, a punto de entrar a la tienda, Eunice inmediatamente sacaba de un cajón un frasco de colonia y se refrescaba el cuello y los brazos. Un hombre con un olfato tan acuciante podía entrever a pesar de la pulcritud el dejo aromático de 114 kilos.

#### 4

Un día el ciego le propuso a Eunice un trabajo a realizar un domingo. Se trataba de podar las trepadoras de las paredes de su jardín, que amenazaban irrumpir en las ventanas de la casa del vecino. El ciego prometió a Eunice una escalera para subirse allí. El amaba los trabajos de jardinería pero aquello estaba fuera de sus posibilidades.

Eunice accedió, aunque aterrorizada: temió sentir su propio cuerpo desplomándose haciendo astillas la escalera ante el ciego alelado, intentando levantar del suelo aquella inmensa mole malherida.

El domingo entonces se encaminó llena de desasosiego hacia la casa del ciego: era ésta una bella y pequeña construcción de Bello y Reborati contigua al Parque Rodó. Adentro, al costado de la entrada, había una hermosa y retorcida escalera de madera que llevaba a la segunda planta. Eunice suspiró de alivio cuando el ciego le propuso ir al jardín por el costado contrario. Felizmente, la vieja escalera de roble no crujiría con Eunice.

En el jardín, el diligente ciego lo había preparado todo: allí se encontraban las podadoras, los guantes de trabajo, las mangueras y demás implementos de jardinería. Reposaban junto a una moderna escalerilla de metal, fuerte y resistente, de las que venden en ferreterías y bazares. Aquello llenó de alegría a Eunice que se puso a trabajar con ahínco.

#### 5

Hasta el atardecer, Eunice y el ciego organizaron las enormes enredaderas y los racimos de Santa Ritas. Era agosto pero casualmente aquel

año se vivía un tibio veranillo y Eunice acabó la jornada llena de tierra y polvo estampados en el sudor. Ya llegaba el crepúsculo.

El ciego propuso a la acalorada Eunice que se duchara en el baño de la planta baja, contiguo a la cocina. Trajo, presto y comedido, grandes toallas blancas bordadas con unas cursivas iniciales. Eunice estaba agotada, aunque se sentía liviana y contenta, y sin pensarlo demasiado, accedió. Cerró la puerta con tranca, se quitó la ropa de trabajo, y luego de observarse un tiempo en el espejo, abrió la humeante ducha y se metió.

Eunice se hallaba de alguna medida colmada de una tibia dicha, y bajo el estruendo de la gruesa ducha, comenzó a tararear una canción. Pronto cerró los ojos bajo el agua, que caía a chorros sobre su ancha nuca. La fuerza de la ducha caía con ímpetu sobre la vieja bañera de porcelana, produciendo cierto estruendo.

Súbitamente, el tarareo se convirtió en alarido. Dos manos extrañas, tenaces y voluntariosas, se hallaba palpando intrusas el enorme cuerpo de Eunice bajo el agua. Eunice temblando comprendió en un instante confuso: el baño, según la arquitectura de las viejas casas, tenía dos puertas. Una de ellas había quedado sin su correspondiente tranca.

El terror de Eunice la inmovilizó. Aquel hombre ciego que se empapaba las ropas bajo la ducha y que estaba recorriendo con ambas manos la gran extensión de carne del cuerpo de Eunice, compuesta por sus muslos, su vientre prominente, sus rollos bajo las axilas, sus senos sobrenaturales, estaba descubriendo asombrado que ella era poseedora de una inmensa gordura.

El agua chorreaba por los lentes oscuros del ciego, pero este no interrumpió su sagrada labor: sabio, realizó un reconocimiento minucioso del cuerpo de Eunice, mientras afuera la noche se ganaba definitivamente al crepúsculo.

## 6

Durante seis meses Eunice concurre cada domingo a realizar trabajos de jardinería a la casa del ciego. Llegó el verano y los jazmines explotaron de aromas, los rosales trepados a la pared estaban más rojos que nunca y el viejo magnolio del centro del jardín parecía dominar el aire de toda la ciudad.

Eunice ya no temía el crujido de la vieja escalera de roble. Luego de llenar la casa de perfumados ramos, el ciego y Eunice se dirigían al gran dormitorio de la planta superior, que tenía en su centro una cama con una cabecera compacta de oscuro cedro, sobre la cual se apoyaban los simétricos rollos de la espalda de Eunice cuando el ciego reposaba con el rostro casi escondido entre los gigantescos senos.

A las cinco de la tarde sonaba el timbre y llegaba el pedido de la confitería Esmeralda que ahora el ciego realizaba cada domingo. Traía el cadete un surtido de sandwiches olímpicos, saladitos de palmita con roquefort y

nuez, bocaditos de queso y guinda, cestitas de palmitos con salsa golf, canastas de mayonesa de aceituna, rollitos de jamón con cabellos de ángel, pequeñas croquetas aún calientes de jamón y queso, empanadillas de hojaldre rellenas de atún y , luego , una magnífica bandeja de masitas compuesta por bombitas de chocolate, de sambayón y de crema, tartas de frutilla, de ananá y de kiwi, trufas, milhojas, cañones de dulce de leche y gelatinas.

Eunice comía y acariciaba la frente del ciego, que ya no usaba sus oscuros lentes y dejaba al aire libre la imagen de sus pupilas desvaídas y asimétricas. No hablaban demasiado.

## 7

Un domingo al atardecer, cuando Eunice ya estaba dispuesta a movilizar su enorme cuerpo de la cama para vestirse, el ciego le comunicó que en quince días partiría para Cuba. El grueso pecho de Eunice quedó petrificado, sin emitir palabra.

El ciego llenó el silencio explicando a Eunice que allí sería sometido a un tratamiento y a sucesivas operaciones, durante cuatro meses, que posiblemente hicieran que recuperara la vista. Existía un sesenta por ciento de posibilidades de que ello fuera así y, lleno de esperanzas, el ciego hablaba a la vez que sonreía.

Eunice alabó el proyecto, llenó de elogios el entusiasmo del ciego, lo alentó y rodeó con sus espléndidos brazos, pero adentro de su cuerpo, bajo las diversas capas de grasa, su corazón se encogió como el de un pollito.

Al despedirse de Eunice, en el morisco zaguán de la casa Bello y Reborati, el ciego no logró percibir las lágrimas que por el rostro de ella bajaban. Cuando se cerró la puerta con un grave chirrido Eunice odió al destino que estaba siéndole, una vez más, tan cruel. Se encaminó a su casa por el costado del lago del Parque Rodó, lenta como una centenaria tortuga.

En unos pocos meses, pensaba apesadumbrada, el hombre que acababa de abrazarla podría verla, tal como era, grotescamente gorda. Aquel cuerpo deforme y gigantesco abarcaría el espectro de sus redivivos ojos.

## 8

Al día siguiente de marchar el ciego hacia Cuba, acompañado por una anciana tía, los 114 kilos de Eunice se dirigieron a una clínica para adelgazar. Todos los ahorros que había acumulado en una cuenta desde que trabajaba en la tienda de plantas se fueron en pagar el tratamiento. Allí le aseguraron que no tardaría en bajar diez kilos por mes. Además de los rigores de una dieta inenarrable, Eunice debía pasar el día bebiendo sorbos de agua y caminar varios kilómetros desde la madrugada hasta el momento de abrir la tienda. Por las noches, debía concurrir a un gimnasio donde se erigían aglomerados de aparatos que seres ensimismados y sudorosos se empeñaban en mover y mover. Tenía además que envolver sus grandes muslos, caderas y vientre en

unos nylons, debajo del equipo de lycra, para transpirar aún más sin alivio alguno.

La clínica de adelgazamiento le enviaba dos veces por día las viandas empaquetadas con las calorías cuidadosamente calculadas: habían eliminado de las comidas todo rastro de sal, de aceite, de harina.

Un médico con rostro de hamster inspeccionaba a Eunice cada semana, la auscultaba, le miraba los ojos y le hacía unas preguntas rutinarias. Aunque todos los clientes de la tienda le preguntaban atemorizados si no se sentía bien, el médico con cara de hamster le aseguraba que los resultados del tratamiento estaban desarrollándose en forma excelente.

Los sábados y domingos Eunice hacía gimnasia frente a la luna del ropero. Cada media hora descansaba quince minutos echada en su vieja cama. En bombacha y soutien, se atisbaba el cuerpo, se lo palpaba, abría las palmas de las manos en toda su extensión sobre sus nalgas y abdomen, y percibía, silenciosamente, secretamente, la metamorfosis, el devenir, la huída de su cuerpo hacia regiones del pasado perdido.

A los tres meses y medio Eunice se acostaba en la cama, de costado, y podía divisar ya el hueso de la cadera, allí, prominente, luego de tantos años de haberlo perdido de vista entre capas soterradas de grasa.

De pronto descubrió que por la calle ya nadie la miraba con asombro. Un día, fue una boutique y se compró un par de pantalones de una talla normal. Al correr un ómnibus, consiguió detenerlo, llegar a tiempo antes de que arrancara. Los pasajeros podían sentarse al lado de ella sin que se hallaran perturbadoramente incómodos.

## 9

Un atardecer sonó el teléfono de la tienda y al atender Eunice reconoció la voz del ciego diciéndole que ya no era ciego. Hecha un solo temblor, Eunice combinó con él una visita a la casa Bello y Reborati, como antes. El le dijo que en todos estos meses las hierbas del jardín habían crecido desmesuradamente y que era necesario fertilizar las flores y quitar malezas.

Era otoño y aquel domingo Eunice no llevó ropa de trabajo sino un ligero vestido de algodón blanco que apenas le tapaba las rodillas. Cuando alzó la mano menuda para apretar el timbre de bronce, cruzó como alada por su memoria la imagen de sus dedos rollizos realizando ese mismo gesto, apenas un año atrás.

Él abrió la puerta, y en su rostro lucían unas pupilas castañas fijas y penetrantes. Durante un tiempo nada dijo, esperando que fuera aquella mujer la que se diera a conocer.

Ella sonrió, temblorosa y pálida: tardó algunos instantes en explicar que era Eunice, que era la mismísima Eunice, que había aprovechado la ausencia y



la espera para decidirse a adelgazar. Su voz había perdido el característico jadeo de la presión de las capas de grasa y ahora fluía, contra el sonido de los pájaros del Parque Rodó.

En el rostro escrutador de aquel hombre que durante dieciséis años había sido ciego, se perfiló una sombra de desánimo. Rígido, parecía no decidirse a invitarla a pasar. Finalmente lo hizo, pero aquello no fue más que una fórmula de simple cortesía.

## FICHA DE TRABAJO

Actividades de pre-lectura: Búsqueda de información sobre la ciudad de Montevideo (si es posible mediante la localización de los lugares mencionados en el texto: calle San José, Parque Rodó, ferias y mercadillos, etc.

*Recopilación de noticias e información sobre trastornos de alimentación: anorexia, bulimia, dietas de adelgazamiento sin control médico. Pueden utilizarse las siguientes preguntas de reflexión: ¿conoces alguna persona que sufra o haya sufrido anorexia? ¿has visto algún programa en la televisión sobre este tema? ¿sabes qué significa "bulimia"? ¿conoces alguna persona que coma en exceso? ¿conoces alguna persona que siga o haya seguido alguna dieta para adelgazar sin control médico? ¿conoces personas que están descontentas con su propio cuerpo?*

Lectura del texto: La división en pequeños capítulos permite realizar la lectura trabajando sobre cada uno de ellos. Facilitar preguntas previas al alumnado para que busque la respuesta y elabore su propia reflexión en grupos de trabajo. Trabajar el vocabulario de cada capítulo: nombres de alimentos, plantas, adjetivos que nos ayudan a visualizar las personas, los objetos y las situaciones. Trabajar los diferentes tiempos verbales de pasado.

Cap. 1. Descripción de Eunice, edad, aspecto, problemas para encontrar trabajo, su vida en la floristería.

Cap. 2. ¿Cómo era la casa de Eunice? ¿Qué hacía los fines de semana? Descripción del mercadillo: productos, olores, colores, sabores, ambiente...

Cap. 3. EL hombre ciego. Su interés por las plantas. Reacciones y temores de Eunice.

Cap. 4. Descripción de la casa del hombre ciego. Propuesta de trabajo para Eunice. Cap. 5. ¿Qué sucedió aquella tarde? ¿Qué temía Eunice?

Cap. 6. ¿Cómo era la relación de Eunice y el hombre ciego? ¿En tu opinión, cuáles eran sus sentimientos? Cap. 7. ¿Qué decisión había tomado el hombre ciego? En tu opinión ¿por qué la tomó? ¿Cómo se sintió Eunice? ¿Por qué?

Cap. 8. ¿Qué hizo Eunice entonces?

Cap. 9. ¿Cómo termina la historia? ¿Qué siente cada personaje?

Actividades de continuidad: Elaboración de resumen y comentario de la historia, modificando el final, o el desarrollo de los acontecimientos. Elaboración de trabajos escritos, murales, dramatizaciones, presentaciones orales, etc. sobre temas relacionados con la historia: trastornos de la alimentación; aceptación del propio cuerpo, aceptación de las enfermedades,

*trastornos, limitaciones físicas o psíquicas; el cuidado de la salud y la alimentación equilibrada y saludable; la comunicación en la pareja: ¿expresaron y entendieron sus sentimientos y necesidades mutuas?*

## MUJER Y LIBERTAD

### 1. EL CASTILLO DE TRES MURALLAS (fragmento). Carmen Martín Gaité (España, 1925-2000). Lumen. Barcelona, 1981. Tomado de *LA MUJER EN LOS TEXTOS LITERARIOS* (págs.174-177)

- Pero yo la quiero ver a ella- dijo la niña. Quiero que me oiga tocar el violín

Altalé tenía una manera tan firme de decir lo que quería que lograba imponer su voluntad. Así que Lucandro no tuvo más remedio que subir a ver a Serena, aunque de mala gana, y le transmitió el recado de su hija.

¿Seguro que te ha dicho que puedo salir de este cuarto? – le preguntó Serena, con ojos asustados.

- Dice que quiere que la oigas tocar el violín.
- ¿No querrá venir ella aquí?

A Lucandro le impresionó la mirada hundida de Serena y su extrema delgadez,. Y sintió algo parecido al remordimiento. Pero no quería que Altalé se aficionara a visitar a su madre en aquel refugio del cuarto de costura para que le llenara la cabeza de ideas locas.

- No, no. Ha dicho que quiere que asistas tú a sus clases. Lo hace muy bien. Verás cómo te gusta.

Hubo una pausa. Un pájaro negro vino a posarse sobre los hierros del balcón. Serena se estremeció.

- ¿Y el profesor? – preguntó de repente, mirando a Lucandro con inquietud.
- Te gustará también- dijo él.

Cuando se quedó sola, Serena sacó el cuaderno donde había apuntado el sueño, porque ya no se acordaba de los detalles. La chica vestida de blanco le había pedido que permaneciera encerrada en el cuarto de costura hasta nuevo aviso. Sin duda éste era el nuevo aviso.

Llamó a Luva para que la ayudara a peinarse y a vestirse, y lo hizo despacio, con mucho esmero, notando un placer desconocido al mirarse al espejo. Se veía mucho más delgada, pero los ojos le brillaban como si fueran de oro. Y parecía una niña convaleciente. Se probó varios vestidos, y por fin eligió uno de color malva. En el pelo, prendidas a las trenzas, se puso unas flores del mismo color. Y se calzó con chinelas de plata.

Y cuando iba andando hacia el aposento de su hija, el corazón le latía muy fuertemente. Iba despacio, cruzando largos corredores, doblando esquinas y subiendo escaleras. Como si no quisiera llegar nunca y le bastara con saborear el camino.

Altalé estaba sola en su cuarto con el maestro de música. Serena se paró en el umbral a escuchar cómo tocaban. Entraba una luz suave de primavera que hacía brillar los instrumentos. El maestro estaba de espaldas, vestido con una chaqueta de paño verde. De pronto, Altalé levantó los ojos, y al ver a Serena allí de pie, sonrió, dejó de tocar y agitó el arco del violín a manera de saludo. En ese momento, el maestro de música se volvió y se quedó mirando a Serena con los ojos muy abiertos, como si se tratara de una aparición mágica. A Serena se le vino a la cara una oleada de rubor. No había visto en toda su vida ni en ninguno de sus sueños a un joven más hermoso. Tenía el pelo castaño un poco rizado y los ojos verdes. Pero lo que más conmovió a Serena fue la seriedad y la dulzura con que la miraba. Le pareció que hasta aquel momento no la había mirado nadie en toda su vida. No era capaz de articular una sola palabra ni de apartar los ojos de él. Su hija era como si hubiera desaparecido. Y el castillo. Y las brumas. Y las murallas. Y todo. Se estaban mirando a los ojos en un campo lleno de flores y de caminos para correr por ellos.

- ¿Nos hemos conocido antes?- oyó que le preguntaba él.
- Es mi madre- dijo Altalé.

El maestro de música se levantó y se acercó para besarle la mano.

- Me llamo Gisel- dijo. Y desde hoy mi vida no tiene más razón que la de servirlos.

Serena entró y se sentó junto a Altalé, cerró los ojos y todo le daba vueltas. A petición suya, continuaron la clase interrumpida. Luego Gisel, acompañado al violín por Altalé, se puso a cantar una canción muy triste donde se contaba la historia de un prisionero que oía cantar a los pájaros a través de las rejas de la cárcel.

- ¿Qué es una cárcel?- interrumpió Altalé.
- Un sitio del que no se puede salir- dijo Gisel, haciendo un alto en la canción.

Y a Serena le pareció terrible que hubiera dejado de cantar, no podía soportarlo.

- Entonces esto es una cárcel- dijo la niña. ¿O no?

Gisel miró a Serena y ninguno de los dos dijo nada. Lucandro había prohibido a todos los habitantes del castillo que le hablaran a Altalé de muerte ni de ladrones.

- ¿Quieres dejarle seguir?- dijo Serena impaciente.

Siguieron. Desde la cárcel, el prisionero de la canción miraba los campos verdes y soñaba con escapar llevando a su amada de la mano por una vereda en flor. Y ella le decía :”Dime, si tú lo sabes, ¿por dónde, amor, se va hacia la libertad?”

Serena escuchaba con las manos cruzadas sobre el regazo, el pulso agitado y los ojos bajos. Pero cada vez que los alzaba, se encontraba con los de Gisel, verdes como uvas mojadas de rocío. Y era igual que sentir el sol metiéndose a raudales por dentro de su cuerpo.

“Que no me deje de mirar nunca –rezaba-. Que no me deje de mirar nunca. Nunca. Nunca. Nunca.”

Al cabo de una semana, la noticia se extendió por todo el pueblo de Belfondo como un reguero de pólvora: la mujer de Lucandro y el maestro de música se habían escapado juntos del castillo de las tres murallas, nadie sabía por dónde ni hacia dónde.

## 2. LA MANCHA DE LA MORA. Dolores Soler-Espiauba (España 1935- )\_Ediciones B. Ficciones. Barcelona, 1997 (Fragmentos)

Dominique la vio llegar un día, cuando ya estaban todos cantando, con aquella melena negrísima y alborotada que la denunciaba inmediatamente como extranjera. Pero no le extrañó, pues extranjeros eran la mayoría de los que cantaban en aquel coro. Ella era simplemente diferente. A aquellas horas de la noche, al final de la jornada, todos parecían cansados y como grises, esforzándose en seguir las indicaciones de Willy, descifrando las partituras. Ella, sin embargo, parecía salir de una ducha refrescante. Hasta su pelo brillaba húmedo, como recién lavado. Se sentó en las filas de las contraltos, abrió la carpeta de las partituras e inmediatamente captó la sonrisa que le llegaba de la zona de las sopranos.

Dominique continuó observándola de lejos varios jueves seguidos: su melena enloquecida y viva, sus chaquetas de seda, sus zapatos planos, el brillo de sus dientes al sonreír...Un jueves por fin se atrevió a colocarse en la frontera entre las dos voces y por fin pudo escuchar de cerca la voz de Mariana, que era grave y sensual, de fumadora seguramente. Hasta creyó detectar huellas de nicotina en el índice de su mano derecha. Notó también que su proximidad la desazonaba, que estaba fallando en algunas notas y que hasta se había equivocado de línea. (pag. 18-19)

---

Una de las primeras tareas de Marina va a ser luchar contra los tópicos, tan incrustados, tan inamovibles. Interesarles en temas diferentes de la corrida, la Guerra Civil y los gitanos de verde luna. Olvidar un poco a Lorca, aunque le pese, para hablar de autores modernos y negar el protagonismo al cante flamenco para otorgárselo a los cambios políticos, al desempleo, a la endémica falta de agua, a la masificación en la universidad. La van a mirar con desconfianza al principio. ¿Qué nos cuenta esta chica, tan diferente del profesor del año pasado, con sus diapositivas de pueblos andaluces y asnos trepando por cuevas empinadas? Pero se irá haciendo con ellos poco a poco, les va a interesar en sus recortes de la prensa del día, en sus vídeos de programas recientes, en sus discusiones sobre la vida del país y casi van a olvidarse de la gramática y de sus dificultades, atrapados en el fuego de la discusión y en la fascinación del choque de culturas. (pag. 115-116)

### FICHA DE TRABAJO

*Estos textos de Carmen Martín Gaité y Dolores Soler-Espiauba nos presentan mujeres que buscan su realización personal en relaciones afectivo-sexuales que deciden libremente: Serena deja un matrimonio en el que vive prisionera, para entablar una relación con el profesor de música de su hija, Dominique busca el amor en la relación homosexual con Marina. También en su vida profesional, Marina, romperá moldes, aportará una mirada fresca a la realidad.*

### 3. LA TÍA CRISTINA, Ángeles Mastretta (México 1949) *MUJERES DE OJOS GRANDES*. (1991)

Seix & Barral. 2007

No era bonita la tía Cristina Martínez, pero algo tenía en sus piernas flacas y su voz atropellada que la hacía interesante. Por desgracia, los hombres de Puebla no andaban buscando mujeres interesantes para casarse con ellas y la tía Cristina cumplió veinte años sin que nadie le hubiera propuesto ni siquiera un noviazgo de buen nivel. Cuando cumplió veintiuno, sus cuatro hermanas estaban casadas para bien o para mal y ella pasaba el día entero con la humillación de estarse quedando para vestir santos. En poco tiempo, sus sobrinos la llamarían quedada y ella no estaba segura de poder soportar ese golpe. Fue después de aquel cumpleaños, que terminó con las lágrimas de su madre a la hora en que ella sopló las velas del pastel, cuando apareció en el horizonte el señor Arqueros.

Cristina volvió una mañana del centro, a donde fue para comprar unos botones de concha y un metro de encaje, contando que había conocido a un español de buena clase en la joyería *La Princesa*. Los brillantes del aparador la habían hecho entrar para saber cuánto costaba un anillo de compromiso que era la ilusión de su vida. Cuando le dijeron el precio le pareció correcto y lamentó no ser un hombre para comprarlo en ese instante con el propósito de ponérselo algún día.

- Ellos pueden tener el anillo antes que la novia, hasta pueden elegir una novia que le haga juego al anillo. En cambio, nosotras sólo tenemos que esperar. Hay quienes esperan durante toda su vida, y quienes cargan para siempre con un anillo que les disgusta, ¿no crees?- le preguntó a su madre durante la comida.
- Ya no te pelees con los hombres, Cristina- dijo su madre-. ¿Quién va a ver por ti cuando me muera?
- Yo, mamá, no te preocupes. Yo voy a ver por mí.

En la tarde, un mensajero de la joyería se presentó en la casa con el anillo que la tía Cristina se había probado extendiendo la mano para mirarlo por todos lados, mientras decía un montón de cosas parecidas a las que le repitió a su madre en el comedor. Llevaba también un sobre lacrado con el nombre y los apellidos de Cristina.

Ambas cosas las enviaba el señor Arqueros, con su devoción, sus respetos y la pena de no llevarlos él mismo porque su barco salía a Veracruz al día siguiente y él viajó parte de ese día y toda la noche para llegar a tiempo. El mensaje le proponía matrimonio: "Sus conceptos sobre la vida, las mujeres y los hombres, su deliciosa voz y la libertad con que camina me deslumbraron. No volveré a México en varios años, pero le propongo que me alcance en España. Mi amigo Emilio Suárez se presentará ante sus padres dentro de poco. Dejo en él mi confianza y en usted mi esperanza."

Emilio Suárez era el hombre de los sueños adolescentes de Cristina. Le llevaba doce años y seguía soltero cuando ella tenía veintiuno. Era rico como la selva en las lluvias y arisco como los montes en enero. Le habían hecho la búsqueda todas las mujeres de la ciudad y las más afortunadas sólo obtuvieron el trofeo de una nieve en los portales. Sin embargo, se presentó en casa de Cristina para pedir, en nombre de su amigo, un matrimonio por poder en el que con mucho gusto sería su representante.

La mamá de la tía Cristina se negaba a creerle que sólo una vez hubiera visto al español, y en cuanto Suárez desapareció con la respuesta de que iban a pensarlo, la acusó de mil pirujerías. Pero era tal el gesto de asombro de su hija, que terminó pidiéndole perdón a ella y permiso al cielo en que estaba su marido para cometer la barbaridad de casarla con un extraño.

Cuando salió de la angustia propia de las sorpresas, la tía Cristina miró su anillo y empezó a llorar por sus hermanas, por su madre, por sus amigas, por su barrio, por la catedral, por el zócalo, por los volcanes, por el cielo, por el mole, por las chalupas, por el himno nacional, por la carretera a México, por Cholula, por Coetzalán, por los aromados huesos de su papá, por las cazuelas, por los chocolates rasposos, por la música, por el olor de las tortillas, por el río San Francisco, por el rancho de su amiga Elena y los potreros de su tío Abelardo, por la luna de octubre y la de marzo, por el sol de febrero, por su arrogante soltería, por Emilio Suárez que en toda la vida de mirarla nunca oyó su voz ni se fijó en cómo carambas caminaba.

Al día siguiente salió a la calle con la noticia y su anillo brillándole. Seis meses después se casó con el señor Arqueros frente a un cura, un notario y los ojos de Suárez. Hubo misa, banquete, baile y despedidas. Todo con el mismo entusiasmo que si el novio estuviera de este lado del mar. Dicen que no se vio novia más radiante en mucho tiempo.

Dos días después Cristina salió de Veracruz hacia el puerto donde el señor Arqueros con toda su caballerosidad la recogería para llevarla a vivir entre sus tías de Valladolid.

De ahí mandó su primera carta diciendo cuánto extrañaba y cuán feliz era. Dedicaba poco espacio a describir el paisaje apretujado de casitas y sembradíos, pero le mandaba a su mamá la receta de una carne con vino tinto que era el platillo de la región, y a sus hermanas dos poemas de un señor García Lorca que la habían vuelto del revés. Su marido resultó un hombre cuidadoso y trabajador, que vivía riéndose con el modo de hablar español y las historias de aparecidos de su mujer, con su ruborizarse cada vez que oía un “coño” y su terror porque ahí todo el mundo se cagaba en Dios por cualquier motivo y juraba por la hostia sin ningún miramiento.

Un año de cartas fue y vino antes de aquella en que la tía Cristina refirió a sus papás la muerte inesperada del señor Arqueros. Era una carta breve que parecía no tener sentimientos. “Así de mal estará la pobre”, dijo su hermana, la segunda, que sabía de sus veleidades sentimentales y sus desafortunadas



pasiones. Todas quedaron con la pena de su pena y esperando que en cuanto se recuperara de la conmoción les escribiera con un poco más de claridad sobre su futuro. De eso hablaban un domingo después de la comida cuando la vieron aparecer en la sala.

Llevaba regalos para todos y los sobrinos no la soltaron hasta que terminó de repartirlos. Las piernas le habían engordado y las tenía subidas en unos tacones altísimos, negros como las medias, la falda, la blusa, el saco, el sombrero y el velo que no tuvo tiempo de quitarse de la cara. Cuando acabó la repartición se lo arrancó junto con el sombrero y sonrió.

- Pues ya regresé- dijo.

Desde entonces fue la viuda de Arqueros. No cayeron sobre ella las penas de ser una solterona y espantó las otras con su piano desafinado y su voz ardiente. No había que rogarle para que fuera hasta el piano y se acompañara cualquier canción. Tenía en su repertorio toda clase de valeses, polcas, corridos, arias y pasodobles. Les puso letra a unos preludios de Chopin y los cantaba evocando romances que nunca se le conocieron. Al terminar su concierto dejaba que todos le aplaudieran y tras levantarse del banquito para hacer una profunda caravana, extendía los brazos, mostraba su anillo y luego, señalándose a sí misma con sus manos envejecidas y hermosas, decía contundente: “Y enterrada en Puebla”.

Cuentan las malas lenguas que el señor Arqueros no existió nunca. Que Emilio Suárez dijo la única mentira de su vida, convencido por quién sabe cuál arte de la tía Cristina. Y que el dinero que llamaba su herencia, lo había sacado de un contrabando cargado en las maletas del ajuar nupcial.

Quien sabe. Lo cierto es que Emilio Suárez y Cristina fueron amigos hasta el último de sus días. Cosa que nadie les perdonó jamás, porque la amistad entre hombres y mujeres es un bien imperdonable.

#### FICHA DE TRABAJO

##### Previas a la lectura

*En equipos, buscar información sobre la autora y su obra y crear murales informativos.*

*(Posibilidad de buscar información sobre otras autoras mexicanas y/o latinoamericanas.)*

*Construir un mapa de México, localizando la ciudad de Puebla.*

*Buscar información sobre Puebla y crear murales.*

[http://www.ixeh.net/travel/puebla/puebla\\_sp.html#geninf](http://www.ixeh.net/travel/puebla/puebla_sp.html#geninf)

*Localizar la ciudad de Valladolid en un mapa de España.*

<http://www.asomateavalladolid.org/>

*Buscar información sobre Castilla-León y, concretamente sobre Valladolid: clima, monumentos, etc.*

*Buscar fotos de hace cuarenta o cincuenta años (fotos familiares, de revistas, libros, etc.) Comentar en equipo formas de vestir, costumbres, etc.*

*¿Quién es “ese señor García Lorca”?*

Actividades durante la lectura:

Preguntas de comprensión para responder durante la lectura

- ¿Cómo era Cristina?                      ¿Cuántas hermanas tenía?
- ¿Por qué lloraba su madre el día de su cumpleaños?
- ¿Quién era el Sr. Arqueros?                      ¿Dónde lo conoció?
- ¿Qué había en el sobre?                      ¿Dónde vivía el Sr. Arqueros?
- ¿Por qué lloraba Cristina después de recibir el sobre?
- ¿Cómo fue la boda de Cristina?      ¿Quién era Emilio Suárez?
- ¿Dónde vivió Cristina después de su boda?
- ¿Qué contaba en sus cartas?
- ¿Cuándo volvió Cristina a Puebla?                      ¿Qué traía?
- ¿Por qué volvió?
- ¿Qué le gustaba hacer?                      ¿Quién era su mejor amigo?

Preguntas para presuponer la continuidad de la historia

Tras el párrafo: "En la tarde... los nombres y apellidos de Cristina".

- ¿Qué hay en el sobre?
- ¿Es una carta?
- ¿Quién la escribe?
- ¿Qué va a suceder ahora?

Tras el párrafo: "Dos días después... Valladolid"

- ¿Cómo es el Sr. Arqueros en la vida real?
- ¿Cómo es su familia?

Imaginad la vida de Cristina con su marido.

¿Qué diferencias existirán entre la vida de Cristina en Puebla y en Valladolid.

Interpretación de diálogos del texto y/o lectura dramatizada

Actividades de vocabulario.

Explica el significado:

sus sobrinos la llamarían quedada

quedarse para vestir santos.

apareció en el horizonte

yo voy a ver por mí

era rico como la selva en las lluvias

arisco como los montes en enero

pirujerías

el mole

las chalupas

el zócalo

las cazuelas

matrimonio por poder

le habían hecho la búsqueda todas las mujeres de la ciudad

el platillo

*hacer una profunda caravana*

Actividades gramaticales: estudio de la referencia (uso de pronombres personales); tiempos verbales (uso del imperfecto y el pretérito indefinido en el texto;

Actividades a realizar tras la lectura

*Habla la joven Cristina: construcción de monólogos, diarios, cartas a una amiga, etc., en que Cristina nos cuenta su vida a los veintiún años. ¿Cómo se siente? ¿Qué hace? ¿Cómo es su vida? ¿De qué se queja? ¿Qué amistades tiene? ¿Cómo es su familia?...*

*Habla la tía Cristina: carta de Cristina a una amiga íntima treinta años más tarde. ¿Qué pasó? ¿En qué ha cambiado su vida? ¿Cómo vive ahora? ¿Cómo se siente?*

*En equipos comparar la vida de tía Cristina y la de una chica joven en la actualidad: cambios, situaciones similares. Las conclusiones pueden presentarse en forma de murales, presentaciones orales, diálogos, etc.*

*En equipos, preparar un texto sobre el tema de la amistad entre chicos y chicas.*

*En equipos, explicar lo que el grupo cree que sucedió realmente a tía Cristina.*

*En equipos, construir historias basadas en la lectura.*

#### 4. LA TIA CHARO. Ángeles Mastretta (México 1949) En *MUJERES DE OJOS GRANDES* (1991),

Seix & Barral. 2007. (págs. 25-29)

Tenía la espalda inquieta y la nuca de porcelana. Tenía un pelo castaño y subversivo, y una lengua despiadada y alegre con la que recorría la vida y milagros de quien se ofreciera.

A la gente le gustaba hablar con ella, porque su voz era como lumbre y sus ojos convertían en palabras precisas los gestos más insignificantes y las historias menos obvias.

No era que inventara maldades sobre los otros ni que supiera con más precisión los detalles de un chisme. Era sobre todo que descubría la punta de cada maraña, el exacto descuido de Dios que coronaba la fealdad de alguien, la pequeña imprecisión verbal que volvía desagradable un alma cándida.

A la tía Charo le gustaba estar en el mundo, recorrerlo con sus ojos inclementes y **afilarlo con su voz apresurada**. No perdía el tiempo. Mientras hablaba, cosía la ropa de sus hijos, bordaba iniciales en los pañuelos de su marido, tejía chalecos para todo el que tuviera frío en el invierno, jugaba frontón con su hermana, hacía la más deliciosa torta de **elote**, moldeaba **buñuelos** sobre sus rodillas y discernía la tarea que sus hijos no entendían.

Nunca la hubiera avergonzado su pasión por las palabras si una tarde de junio no hubiese aceptado ir a unos ejercicios espirituales en los que el padre dedicó su plática al mandamiento “No levantarás falsos testimonios ni mentirás”. Durante un rato el padre habló de los grandes falsos testimonios, pero cuando vio que con eso no aterrorizaba a su adormilada clientela, se redujo a satanizar la pequeña serie de pecados veniales que se originan en una conversación sobre los demás y que sumados dan gigantescos pecados mortales.

La tía Charo salió de la iglesia con un remordimiento en la boca del estómago. ¿Estaría ella repleta de pecados mortales, producto de la suma de todas las veces en que había dicho que la nariz de una señora y los pies de otra, que el saco de un señor y la joroba de otro, que el dinero de un rico repentino y los ojos inquietos de una mujer casada? ¿Podría tener el corazón podrido de pecados por su conocimiento de todo lo que pasaba entre las faldas y los pantalones de la ciudad, de todas las necesidades que impedían la dicha ajena y de tanta dicha ajena que no era sino necesidad? Le fue creciendo el horror. Antes de ir a su casa pasó a confesarse con el padre español recién llegado, un hombre pequeño y manso que recorría la parroquia de San Javier en busca de fieles capaces de tenerle confianza.

En Puebla la gente puede llegar a querer con más fuerza que en otras partes, sólo que se toma su tiempo. No es cosa de ver al primer desconocido y entregarse como si se le conociera de toda la vida. Sin embargo, en eso la tía no era poblana. Fue una de las primeras clientas del párroco español. El viejo cura que le había dado la primera comunión murió dejándola sin nadie con

quien hacer sus más secretos comentarios, los que ella y su conciencia destilaban a solas, los que tenían que ver con sus pequeños extravíos, con las dudas de sus privadísimas faldas, con las burbujas de su cuerpo y los cristales oscuros de su corazón.

- Ave María Purísima- dijo el padre español en su **lengua apretujada**, más parecida a la de un cantante de **gitanerías** que a la de un cura educado en Madrid.
- Sin pecado concebida- dijo la tía, sonriendo en la oscuridad del confesionario, como era su costumbre cada vez que afirmaba tal cosa.
- ¿Usted se ríe?- preguntó el español adivinándola, como si fuera un brujo.
- No padre- dijo la tía Charo remiendo los resabios de la Inquisición.
- Yo sí- dijo el hombrecito- Y usted puede hacerlo con mi permiso. No creo que haya un saludo más ridículo. Pero dígame, ¿Cómo está? ¿Qué le pasa hoy tan tarde?
- Me pregunto, padre- dijo la tía Charo-, si es pecado hablar de los otros. Usted sabe, contar lo que les pasa, saber lo que sienten, estar en desacuerdo con lo que dicen, notar que es **bizco** el bizco y **renga** la renga, despeinado el **pachón**, y presumida **la tipa** que sólo habla de los millones de su marido. Saber de dónde sacó el marido los millones y con quién más se los gasta. ¿Es pecado, padre?- preguntó la tía.
- No hija- dijo el padre español-. Eso es afán por la vida. ¿Qué ha de hacer aquí la gente? ¿Trabajar y decir rezos? Obra mucho día. Ver no es pecado, y comentar tampoco. Vete en paz. Duerme tranquila.
- Gracias, padre- dijo la tía Charo y salió corriendo a contárselo todo a su hermana.

Libre de culpa desde entonces, siguió viviendo con avidez **la novela que la ciudad le regalaba**. Tenía la cabeza llena con el ir y venir de los demás, y era una clara garantía de entretenimiento. Por eso la invitaban a tejer para todos los **bazares de caridad**, y se peleaban más de diez por tenerla en su mesa el día en que se **jugaba canasta**. Quienes no podían verla de ese modo, la invitaban a su casa o iban a visitarla. Nadie se decepcionaba jamás de oírla, y **nadie tuvo nunca una primicia que no viniera de su boca**.

Así corrió la vida hasta un anochecer en el bazar de Guadalupe. La tía Charo había pasado la tarde lidiando con las **chaquiras** de un cinturón y como no tenía nada nuevo que contar se limitó a oír.

- Charo, ¿tú conoces al padre español de la iglesia de San Javier?- le preguntó una señora, mientras terminaba el dobladillo de una servilleta.
- Por qué?- dijo la tía Charo, acostumbrada a no soltar prenda con facilidad.
- Porque dicen que no es padre, que es un republicano mentirosos que llegó con los asilados por Cárdenas y como no encontró trabajo de poeta, inventó que era padre y que sus papeles se habían quemado, junto con la iglesia de su pueblo, cuando llegaron los comunistas.
- Cómo es disciola alguna gente- dijo la tía Charo y agregó con toda la autoridad de su prestigio:- El padre español es un hombre devoto, gran

católico, incapaz de mentir. Yo vi la carta con que el Vaticano lo envió al párroco de San Javier. Que el pobre viejito se haya estado muriendo cuando llegó, no es culpa suya, no le dio tiempo de presentarlo. Pero de que lo mandaron, lo mandaron. No iba yo a hacer mi confesor a un farsante.

- ¿Es tu confesor?- preguntó alguna en el coro de curiosas.
- Tengo ese orgullo- dijo la tía Charo, poniendo la mirada sobre la flor de chaquiras que bordaba, y dando por terminada la conversación.

A la mañana siguiente se internó en el confesionario del padre español.

- Padre, dije mentiras- contó la tía.
- ¿Mentiras blancas?- preguntó el padre.
- Mentiras necesarias- contestó la tía.
- ¿Necesarias para el bien de quién?- volvió a preguntar el padre.
- De una honra, padre- dijo la tía.
- ¿La persona auxiliada es inocente?
- No lo sé, padre- contestó la tía.
- Doble mérito el tuyo- dijo el español. Dios te conserve la lucidez y la buena leche. Ve con él.
- Gracias, padre- dijo la tía.
- A ti-, le contestó el extraño sacerdote, poniéndola a temblar.

#### FICHA DE TRABAJO

##### Pre-lectura:

*En equipos preparar presentaciones en el aula sobre **el exilio** en diferentes pueblos y épocas: exilio de personas brasileñas, argentinas, uruguayas, chilenas, paraguayas... durante las dictaduras latinoamericanas; guerra civil españolas y exilio a países de Europa y América Latina; exiliad@s español@s en México, Argentina, Brasil...y su importancia en la literatura en lengua española. Páginas de Internet donde pueden conseguir información en español:*

- <http://www.guerracivil.org/>
- <http://www.historiasiglo20.org/enlaces/gceindex.htm>
- <http://www.historiasiglo20.org/>
- <http://usuarios.lycos.es/guerracivil/>
- [http://es.wikipedia.org/wiki/Rep%C3%ABlica\\_espa%C3%B1ola\\_en\\_el\\_exilio](http://es.wikipedia.org/wiki/Rep%C3%ABlica_espa%C3%B1ola_en_el_exilio)
- <http://www.exiliados.org/entrada/default.htm>
- <http://www.revistas culturales.com/articulos/72/revista-abaco/259/1/el-exilio-cientifico-espanol.html>
- [http://cepam.cesga.es/article.php3?id\\_article=247](http://cepam.cesga.es/article.php3?id_article=247)
- <http://www.insula.es/Articulos/INSULA%20627.htm>
- [http://www.universia.net.mx/index.php/news\\_user/content/view/full/45571/](http://www.universia.net.mx/index.php/news_user/content/view/full/45571/)
- <http://www.artehistoria.jcyl.es/historia/contextos/3327.htm>

##### Lectura:

¿Qué significan las palabras y expresiones en negrita?

*Descripción de los personajes principales del relato: la tía Charo, el cura español.*

*Forma de vida, costumbres, forma de ser de la población, etc., de Puebla.*

*¿Cómo es la tía Charo? ¿ Con qué adjetivos la podríamos describir?*

*¿Qué actitudes positivas encontramos en la tía Charo?*

*Actividades de continuidad:*

*En equipos preparar dramatizaciones: las conversaciones de la tía Charo con sus amigas; las confesiones de la tía Charo...*

*Elaborar hipótesis: ¿Quién era realmente el cura español?*

*En equipos, redactar una carta dirigida por el cura español a la tía Charo.*

## POEMAS. ¿QUÉ SIENTEN LAS MUJERES?

### 1. NO QUIERO. ÁNGELA FIGUERA (España 1902-1984)

No quiero  
que los besos se paguen  
ni la sangre se venda  
ni se compre la brisa  
ni se alquile el aliento  
que haya frío en las casas  
que haya miedo en las calles  
que haya rabia en los ojos.

No quiero  
que en los labios se encierren  
mentiras,  
que en las arcas se encierren  
millones,  
que en la cárcel se encierre a los  
buenos,  
que el labriego trabaje sin agua,  
que el marino navegue sin brújula,  
que en la fábrica no haya azucenas,  
que en la mina no vean la aurora,  
que en la escuela no ría el maestro.

No quiero  
que las madres no tengan  
perfumes,  
que las mozas no tengan amores  
que los padres no tengan tabaco,  
que a los niños les pongan los  
Reyes  
camisetas de punto y cuadernos.

No quiero  
que la tierra se parta en porciones,  
que en el mar se establezcan  
dominios,  
que en el aire se agiten banderas,  
que en los trajes se pongan  
señales,

que mi hijo desfile, que los hijos de  
madre desfilen  
con fusil y con muerte en el hombro;  
que jamás se disparen fusiles

que jamás se fabriquen misiles.

No quiero  
que me manden Fulano y Mengano,  
que me fisgue el vecino de enfrente,  
que me pongan carteles y sellos,  
que decreten lo que es poesía.

No quiero amar en secreto,  
no quiero llorar en secreto,  
no quiero cantar en secreto,  
no quiero que me tapen la boca  
cuando digo NO QUIERO.



## 2. MARÍA ENCADENADA, Juana Castro (España 1945- ) de la antología *ALADA MÍA* (1995)

Diputación Provincial, Córdoba, 1995. Incluido en *LA MUJER EN LOS TEXTOS LITERARIOS*

(A una niña, mientras  
le taladran los oídos.)

Llora, pequeña.  
te están circuncidando en la belleza,  
llora,  
tus tenues agujeros de esclava  
pregonarán tu ser desde la sangre.  
Te están atando al oro  
para que no recuerdes  
ni voluntad ni inteligencia,  
para que seas eternamente la muñeca  
presa de adornos y miradas.  
Tus dos pétalos de rosa taladrados  
son el primer dolor de tu recuerdo,  
llora,  
te espera una isla de vestidos  
donde cada deseo te mojará las alas.  
Un paraíso de espejos,  
de tules y de encajes  
te da la bienvenida:  
tu mañana  
tendrá el color del maquillaje.  
Por los focos, las joyas y las fiestas,  
millares de tentáculos  
te apresarán el tiempo, atenazada.  
Sonreirás  
la sumisión estándar que te marquen  
en un mundo de estrellas y de fábulas.

### 3. MADRUGADA Juana de Ibarborou (Uruguay 1895-1979)

He pasado la noche inquieta y  
desvelada  
aclara el día y me escurro de la  
cama, aburrida  
hoy yo sola paseo por esta calle  
extrema  
de portones cerrados y de casas  
dormidas.

Amanecer como de humo  
parece que el sol, malhumorado,  
con leña verde preparara el fuego  
para cocer su desayuno.

El viento es húmedo como recién  
salido  
de un baño. En el cielo pálido,  
las estrellas descoloridas  
poco a poco se van borrando.

Pasa un lechero con boina roja  
desde lo alto de un viejo muro  
me tienta un gajo curvo y felposo  
lleno de nísperos maduros.

Ando, ando, ando, ando  
cuando retorne y hacia él me incline  
con un beso, para despertarlo,  
él pensará también, con gozo ávido,  
que acabo de salir del baño.

#### 4. YO NO QUIERO QUE A MI NIÑA. Gabriela Mistral (Chile 1889- Nueva Cork 1957)

Yo no quiero que a mi niña  
golondrina me la vuelvan,  
se hunde volando en el Cielo  
y no baja hasta mi estera;  
en el alero hace el nido  
y mis manos no la peinan  
Yo no quiero que a mi niña  
golondrina me la vuelvan.

Yo no quiero que a mi niña  
la vayan a hacer princesa.  
Con zapatitos de oro  
¿cómo juega en las praderas?

Y cuando llegue la noche  
a mi lado no se acuesta...  
Yo no quiero que a mi niña  
la vayan a hacer princesa.

Y menos quiero que un día  
me la vayan a hacer reina.  
La pondrían en un trono  
a donde mis pies no llegan.  
Cuando viniese la noche  
yo no podría mecerla...  
Yo no quiero que a mi niña  
me la vayan a hacer reina!

## 5. O ESTRENA PATINES CONTRA EL VIENTO. Anabel Torres (Colombia 1948)

En algún lugar del mundo  
a esta hora se colocará un suéter.  
Quizás piense en sus padres que están por divorciarse.

Mientras ve caer el otoño,  
lluvia de hojas desde la ventana.

O estrena patines contra el viento,  
va al cine. Tal vez ríe.  
O estrena patines contra el viento,  
Quizá solloce.

En algún lugar del mundo a esta hora, amigo,  
amiga con la cual no he compartido un café  
ni aún el lazo fino de tu mirada  
está tu hija creciendo  
que será compañera de mi hijo.  
Está tu hijo creciendo  
que será compañero de mi hija.

En algún lugar del mundo a esta hora  
dadle amor.  
Hazlo amoroso, amorosa.

### FICHA DE TRABAJO

*¿Cómo se siente la “protagonista” de Madrugada?*

*¿Qué desean para sus hijas, para las futuras mujeres, Gabriela Mistral y Juana Castro?*

*¿Qué es lo que **no quieren** para esas futuras mujeres?*

*¿Cómo imagina el futuro de hombres y mujeres Anabel Torres?*



Título: MUJERES VISTAS POR MUJERES

Textos literarios de autoras de habla hispana para trabajar la coeducación, la igualdad y la prevención de toda forma de discriminación y violencia contra las mujeres, en el aula

Autora: Pilar Iglesias Aparicio

Edición digital: Ciudad de Mujeres

Cuadro de la portada: Retrato de Mme Lucien Guitry (Louise Abbéma 1858-1927)